COLECCIÓN CICLO BÁSICO

La Historia del Tiempo Presente:

historiografía, problemas y métodos

Hugo Fazio Vengoa



La historia del tiempo presente

COLECCIÓN CICLO BÁSICO

El Ciclo Básico de la Universidad de los Andes está conformado por una amplia oferta de asignaturas que representan el conocimiento fundamental de las diversas disciplinas que se cultivan en la Universidad. Esta colección pretende guardar la memoria de ese vasto campo de problemas, de temas y de enfoques, así como de su historia. Los autores de los libros que la conforman son los propios profesores, quienes ponen la experiencia de sus clases a disposición del público lector.

La historia del tiempo presente:

historiografía, problemas y métodos

Hugo Fazio



Fazio Vengoa, Hugo Antonio, 1956-
La historia del tiempo presente: historiografía, problemas y métodos / Hugo Fazio.
– Bogotá: Universidad de los Andes, Ediciones Uniandes, 2010.
178 p. ; 15 x 21,5 cm. – (Colección CBU)

ISBN 978-958-695-546-1

1. Historiografía 2. Historia moderna – Metodología 3. Historia moderna - Investigaciones I. Universidad de los Andes. Ediciones Uniandes II. Tít.

CDD 907.2 SBUA

Primera edición: septiembre de 2010

Ediciones Uniandes
Carrera 1ra núm. 19-27, edificio AU 6, piso 2
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfonos: 339 49 49 / 339 49 99, ext. 2133
http://ediciones.uniandes.edu.co
infeduni@uniandes.edu.co

ISBN: 978-958-695-546-1

Corrección de estilo: Marcela Garzón
Cubierta, diseño y diagramación: Paula Iriarte
Impresión: Nomos Impresores
Diagonal 18 Bis núm. 41-17
Teléfono: 208 65 00
Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

El texto que tiene el lector en sus manos es un trabajo que tiene como propósito fundamental ofrecer una visión de conjunto sobre un nuevo campo en el que se ha venido desarrollando la disciplina de la historia a lo largo de las últimas décadas: el de una historia que se interesa por el estudio del presente.

La proyección que en la actualidad se advierte en dirección de este nuevo campo del conocimiento, no constituye una cuestión baladí ni para la historia ni para las ciencias sociales en general, porque desde aquellas coyunturas decimonónicas en las que se dio inicio al proceso de profesionalización de la disciplina en el Viejo Continente, al estudio del presente, en general, le fue asignado un lugar bastante marginal en los programas académicos, con lo cual este campo quedó principalmente en manos de otras disciplinas y, desde ese entonces, fuerte y persistente ha sido la desaprobación cuando los nóveles historiadores han querido incursionar en las vicisitudes de los problemas referidos a este marco temporal.

Todavía hoy en día sigue siendo bastante reducido el número de colegas que conoce o se interesa por los entretelones de las propuestas que en torno al presente se han ido tejiendo. Dentro del gremio todavía es usual encontrar historiadores que expresan extrañeza e incluso cierto desconcierto o malestar cuando escuchan hablar de una historia enfocada a comprender y a explicar el presente, circunstancia que demuestra que todavía sigue siendo estrecha la filiación que se establece entre este tipo de saber y el estudio del pasado.

En lo personal, varias veces he experimentado cierta incomprensión o descalificación de mi trabajo por parte de algunos colegas, cuando estiman que mi abordaje de los temas contemporáneos no

se diferencia del de los politólogos. Lo más simpático resulta ser que tampoco los científicos políticos me consideran un par suyo, porque juzgan, con cierto aire de superioridad, eso sí, que mi trabajo no es equivalente al de ellos, porque es básicamente histórico.

Debo reconocer que esta ambigüedad me divierte y ha sido un estímulo que me ha motivado a seguir adelante, porque la historia del tiempo presente que profeso la he ido concibiendo como una empresa que se ubica deliberadamente en un pliegue transdisciplinar, pues incluye numerosos elementos y experiencias provenientes de distintos saberes sociales. Sin embargo, es un enfoque histórico en su esencia misma, debido al lugar central que ocupa la comprensión de la condición temporal de los fenómenos bajo observación.

No está de más subrayar, empero, desde el comienzo mismo de este escrito, que es bastante equivocado considerar esta preocupación histórica por el presente como el esfuerzo por constituir un nuevo campo dentro de los marcos de la disciplina, pues, en realidad las historias referidas al estudio de fenómenos coetáneos tienen una antigüedad tan extendida que se remontan a los orígenes mismos de este campo del saber y que, desde ese entonces, nunca han dejado de practicarse. Lo que en realidad ha ocurrido y que nos permite hablar en la actualidad de un nuevo reverdecimiento de los estudios históricos sobre el presente, es que en un momento trascendental en el desarrollo de la disciplina, en medio de aquella coyuntura durante la cual sobrevino la profesionalización de este campo del conocimiento, la historia se preterizó, empezó a ser entendida como un tipo de saber que se refería al estudio del pasado, pero no es en absoluto cierto que siempre haya estado referida de manera exclusiva a los sucesos, circunstancias y coyunturas ya consumados.

Lo que comienza a ser hoy en día innegable es que en los últimos tiempos ha ido germinando un conjunto de factores que le han dado mayor viscosidad al presente y que este cúmulo de circunstancias ha empujado a que el interés por abrir las fronteras temporales habituales de la disciplina en dirección de los años más recientes esté experimentando un inusitado crecimiento. Desde un punto de vista de la historiografía, se puede afirmar que esta nueva disposición por abrir un campo

al presente dentro de los marcos de la historia comenzó a materializarse a partir de la segunda mitad de la década de los sesenta, momento durante el cual se empezó a imponer un nuevo *régimen de historicidad*.

Uno de los testimonios más preclaros de tal interés dentro de la producción disciplinar, tuvo lugar con la publicación del libro de Geoffrey Barraclough, *Introducción a la historia contemporánea*, cuya primera edición en inglés data de 1967. Este texto, no obstante su título, que aparentemente sugiere semejanzas con narrativas bastante convencionales dentro de los marcos de la disciplina, en realidad, era una empresa intelectual muy innovadora para su época, porque no constituía sólo una presentación de sucesos y situaciones cercanas temporalmente al observador, sino que representaba el primer esfuerzo serio, sistemático y sólido del que tenga conocimiento, en el que un historiador se dedicó a reflexionar sobre la contemporaneidad desde y en función del *presente vivido*. El texto tuvo una muy buena acogida por parte de los lectores, pero, lastimosamente, fue valorado primordialmente como un libro sobre la historia internacional de los siglos XIX y XX, pasándose por alto su propuesta de análisis histórico del presente.

Al mismo tiempo, y sin que esto fuera un simple fruto del azar, la principal compilación que buscaba retratar los contornos que estaba adoptando la disciplina en la década de los setenta del siglo pasado en torno a aquella corriente que en su momento se conoció como la *Nueva Historia*, incluyó un par de sugestivos artículos, el primero del historiador Pierre Nora, el cual estaba dedicado a explorar la validez histórica del presente, y el otro, de Jacques Julliard, sobre la significación histórica que comporta el acontecimiento, texto que ofrecía también importantes indicaciones referidas al estudio de fenómenos de la actualidad.[1]

Desde ese entonces hasta la fecha, esta disposición por abrir las fronteras de la disciplina para incluir el presente ha ido en constante aumento. El volumen de trabajos de reflexión sobre este tópico es considerable en la actualidad y es llamativo también el hecho de que

1. Jacques Le Goff y Pierre Nora (comps.), *Faire l'histoire*, París, Gallimard, 1974, tres volúmenes.

en los albores del nuevo siglo se ha convertido en una preocupación histórica que ha trascendido las escuelas nacionales de origen. En los distintos continentes se pueden encontrar grupos de trabajo interesados en esta historia. En América Latina se ha ido consolidando una red latinoamericana que ha tenido como epicentro a docentes de la Universidad de la República (Montevideo), y en Colombia un cierto liderazgo le ha correspondido al Departamento de Historia de la Universidad de los Andes, donde tempranamente se consolidó un grupo de investigación, inscrito en Colciencias (A-1), cuya denominación es Historia del Tiempo Presente.

Debe reconocerse igualmente que esta propuesta constituye un ámbito de la disciplina histórica que a la fecha, y no obstante el interés en aumento, no ha sido explorado de manera suficiente. Sobre sus presupuestos epistemológicos, sus métodos y sus fronteras temporales todavía se discute con gran entusiasmo. Incluso sobre su denominación no existe el más mínimo consenso: algunos la denominan historia del presente, otros prefieren el término de historia inmediata, historia vivida, historia actual, historia reciente, e incluso todavía se sigue empleando la noción más convencional de historia contemporánea.

En lo que a mí corresponde, desde hace ya unos buenos años, me he sentido más identificado con el rótulo que le dio cierta historiografía francesa, surgida a finales de los años setenta del siglo pasado, aunque difiera de modo sustancial en cuanto a su contenido. Las razones que me han llevado a preferir este título y no otro, así como el sentido específico que le asigno a esta expresión y a su temporalidad, constituye el gran tema al que está dedicado este escrito. El lector tendrá oportunidad de comprender sus coordenadas fundamentales un poco más adelante. Por el momento, y para no dejar flotando en la atmósfera una idea sin mayor contenido, puedo decir simplemente que la fascinación por el estudio histórico actual sobre el presente constituye una demostración palmaria de que el mundo de ahora se encuentra frente a lo que podría denominarse *una experimentación moderna y contemporánea de la historicidad,* cuyo centro nodal se sitúa en una pluralización de los registros espaciotemporales y que, dentro de estas coordenadas, el presente interviene como un puente que enlaza a todos ellos.

Si bien el interés inmediato que puede despertar la lectura de este trabajo es más próximo a las preocupaciones intelectuales y profesionales de todas aquellas personas que se interesan por entender los problemas de la contemporaneidad (los comunicadores, los politólogos, los sociólogos, el público en general, etcétera), el texto ha sido diseñado pensando en ellos obviamente, pero sobre todo en los historiadores, porque creo firmemente que éste es un tema fundamental para todos los profesionales de la disciplina, con total independencia del período en que concentren su trabajo, y porque representa un tipo de reflexión muy útil para las reformas curriculares que se emprendan en el futuro.

El valor que encierra el estudio histórico del presente para la disciplina en su conjunto obedece a que esta vertiente de la historia se ha convertido en uno de los campos más dinámicos e innovadores en la materia, puesto que ha tenido que producir una reflexión madura, particularmente en lo que respecta a la renovación en la producción de las fuentes e imágenes, en el entendimiento del lugar del tiempo y del espacio en la historia, además de ser una perspectiva que ha ensanchado el campo disciplinar a nuevas temáticas y preocupaciones sociales.[2] También es un área cuyo conocimiento es fundamental porque la comprensión de su contenido lleva a replantear muchos de los supuestos básicos en los cuales ha descansado habitualmente la disciplina, además del hecho de contener interesantes indicaciones sobre cómo llevar a cabo la interpenetración o, mejor dicho, la compenetración entre la historia y las demás ciencias sociales.

Otra preocupación intelectual, que se encuentra en el trasfondo de este texto y que constituye otro motivo más que me ha impulsado a escribirlo, puede ser resumida en los siguientes términos: no me cansaré de insistir en la sorprendente dificultad que experimentan muchos analistas especializados en los temas contemporáneos (sociólogos, politólogos, economistas, comunicadores, historiadores, expertos en relaciones internacionales, etcétera) cuando tratan de exponer y explicar las coordenadas fundamentales de la contemporaneidad que nos ha

2. Krzysztof Pomian, *Sur l'histoire*, París, Galliard, 1999, p. 378.

correspondido vivir e incluso cuando tienen que analizar un problema específico en particular.

Es tal la desazón y tantas las dificultades que continuamente experimentan, que se ha vuelto un lugar común toparse con expresiones tales como "el nuevo desorden mundial"[3] o con la insinuación de que se viven tiempos borrascosos, tormentosos, indescifrables o simplemente inasibles. Otros no se cansan en buscar en muchos acontecimientos actuales el inicio de una "nueva época", aun cuando siempre sean bastante endebles las bases sobre las que se pretenden construir dichos supuestos. Esta tesis se pregonó hasta la saciedad cuando sobrevinieron los ataques a las Torres Gemelas y al edificio del Pentágono en septiembre de 2001[4] y nuevamente volvió a ser repetida en un tono menor cuando el candidato Barak Obama llegó a la Presidencia de los Estados Unidos, para sólo citar un par de ejemplos recientes que todo lector seguramente recuerda. Sin embargo, los años pasan, la historia profunda sigue su inminente cauce y se observa que las fosforescencias de estos eventos tempranamente comenzaron a extinguirse.

El problema de fondo pareciera consistir en que, desde el momento en que se desvanecieron los rígidos guiones que gobernaban la época de la Guerra Fría, los cuales eran fáciles de comprender y permitían, además, validar los respectivos puntos de vista en referentes "seguros", sencillos y precisos, la vida internacional se encontrara navegando sin rumbo o hubiera quedado "privada de sentido", tal como ha argumentado de manera brillante el politólogo Zaki Laïdi.[5] Ha llegado a ser tan habitual este desconcierto que en esta turbación parece haber caído Eric Hobsbawm, un historiador muy sereno, ecuánime y bastante esperanzador y seguro en muchas de sus observaciones, quien, en

3. Tzvetan Todorov, *El nuevo desorden mundial*, Barcelona, Península, 2003.

4. A título de ejemplo, puede verse el texto de James T. Patterson, que retoma un editorial de *The New York Times* en el que se afirmaba que esa fecha constituía "uno de esos momentos en los que la historia se desgarra y permite definir el mundo según un antes y un después". James T. Patterson, *El gigante inquieto. Estados Unidos de Nixon a G. W. Bush*, Barcelona, Crítica, 2006, p. 27.

5. Zaki Laïdi, *El mundo sin sentido*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

su espléndida *Historia del siglo XX*, hizo notar esta misma pesadumbre, cuando sostuvo:

> En las postrimerías de esta centuria ha sido posible, por primera vez, vislumbrar cómo puede ser un mundo en el que el pasado ha perdido su función, incluido el pasado en el presente, en el que los viejos mapas que guiaban a los seres humanos, individual y colectivamente, por el trayecto de la vida ya no reproducen el paisaje en el que nos desplazamos y el océano por el que navegamos.[6]

Quizá sea este tipo de angustias y de desconciertos que produce la falta de comprensión del mundo en el que la población actual vive, uno de los factores que ayuda a entender el éxito y la notoriedad que han alcanzado algunos sencillos textos, salpicados de errores, distorsiones y de simplificaciones, como los de Samuel Huntington[7] y de Francis Fukuyama,[8] los cuales, debe reconocerse eso sí, han tenido la enorme virtud de saber ofrecer unas visiones aparentemente claras y afirmativas sobre el mundo globalizado contemporáneo.

Todo parece indicar que, cuando los viejos referentes empiezan a desvanecerse, se requiere de nuevos asideros que eviten el vértigo y la desorientación que produce el voraginoso e incomprendido presente. Tal vez esta necesidad de seguridad sea lo que explique por qué estos textos se vuelven tan populares y sus ideas terminan nucleando las orientaciones políticas de muchos Estados, inclusive varios de los altamente desarrollados, tal como se impuso después del 11 de septiembre de 2001, cuando no faltaron importantes voces públicas que declararon a los cuatro vientos que se estaba asistiendo a un "choque de civilizaciones".

Lo que más sorprende es que el éxito no se fundamenta en la contundencia y en la veracidad de sus afirmaciones, sino en la superficialidad de sus enunciados, puesto que no requieren de mucha

6. Eric Hobabawm, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1997, p. 26.
7. Samuel Huntington, *El choque de las civilizaciones*, Barcelona, Paidós, 1996.
8. Francis Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre*, Bogotá, Planeta, 1992.

reflexión para convertirse en nuevos orientadores de las opiniones y de las acciones. Como, con gran acierto, ha escrito un historiador italiano, "la búsqueda de simplificaciones extremas constituye una reacción a la desorientación epistemológica producida por la cultura de la diferencia que se ha difundido progresivamente a partir de los años sesenta".[9]

En este sentido, considero que, si se ofrecen algunas herramientas conceptuales y analíticas que permitan convertir a la historia en una propuesta de interpretación y de explicación de la contemporaneidad, un procedimiento tal puede servir para corregir este exceso de confusión que reina en la actualidad; para atacar la superficialidad argumentativa; hacer posible mirar al futuro con optimismo; y, más importante aún, desbloquear las compuertas del presente para su posible historización. Esto último reviste, a mi modo de ver, la mayor importancia porque, si la vida internacional contemporánea es imaginada como "sin sentido" o "borrascosa", no es porque lo sea, sino porque es tan bajo el nivel de historización del presente que no ha podido ser decodificado como un proceso ni han podido identificarse sus rasgos más inmanentes.

Ambos temas (la historia del tiempo presente y la historización del mundo que nos ha correspondido vivir, con su correspondiente genealogía), han sido un par de preocupaciones intelectuales que me han servido de compañeros de ruta por más de una década. La primera vez que en mí afloró esta inquietud intelectual ocurrió de manera bastante indirecta. Trabajando sobre la transición en los países de la Europa centro-oriental, me sorprendió la frivolidad con la cual los politólogos, sociólogos, economistas, etcétera, analizaban el fin del comunismo y el establecimiento de la nueva sociedad.

Una tesis que gozaba de gran unanimidad arrancaba del supuesto de que el proceso era el mismo por doquier, razón por la cual se presuponía que las mismas recetas tenían que producir idénticos resultados. Una observación rápida, pero fundamentada en un conocimiento histórico, sin embargo, demostraba que el Estado de derecho, la economía de mercado, la privatización o cualquier otra política con

9. Agostino Giovagnoli, *Storia e globalizazzione*, Bari, Laterza, 2005, p. VII.

carácter global que se aplicara en estos países, producía resultados muy distintos en cada una de estas naciones.

El entendimiento de este problema me llevó a desarrollar una aproximación histórica que tomara en cuenta las particularidades del sistema anterior y las peculiaridades de la transición en cada caso en particular. A partir de estos lineamientos concluía, en dicha oportunidad, que, cuando el problema era visualizado desde este ángulo, se podía comprender con facilidad porque en algunas experiencias la reorganización social se realizaba a través de un descentralizado mercado (la República Checa), en otras el eje central gravitaba en torno al Estado (Hungría), etcétera, e incluso esta perspectiva permitía comprender por qué algunos Estados experimentaban transiciones pacíficas mientras otros explotaban y se desangraban, tal como ocurrió con Yugoslavia y la antigua Unión Soviética.[10]

Posteriormente, hace poco más de diez años, tuve la oportunidad de publicar en la revista *Historia Crítica* un artículo que llevaba por título "La historia del tiempo presente: una historia en construcción". Ésa fue la primera vez que intenté exponer de manera más o menos sistemática algunas ideas, vagas todavía, diría hoy, sobre el significado que comportaba esta historia. Por esos mismos años, inauguré una cátedra en el pregrado de Historia de la Universidad de los Andes que portaba el mismo encabezado y ofrecía un vistazo histórico a un buen número de asuntos contemporáneos de alto interés para el público estudiantil. Después, esta práctica docente fue presentada para los programas de posgrados de la Facultad de Ciencias Sociales de la mencionada universidad. Paralelamente, con unos cuantos colegas en el Departamento de Historia nos pusimos en la tarea de crear un grupo de investigación sobre la historia del tiempo presente, y ese semillero de reflexión e investigación perdura hasta el día de hoy. Con estos apoyos institucionales y académicos, las ideas que a continuación se exponen sobre el presente pudieron seguirse desarrollando.

10. Hugo Fazio Vengoa, "¿Hacia dónde va la Europa centro-oriental? Análisis comparativo de la transición en la República Checa, Polonia y Hungría", en *Análisis Político,* núm. 25, Santafé de Bogotá, mayo-agosto de 1995.

Si bien desde hace ya un par de lustros no he vuelto a publicar ningún escrito cuyo título se le asemeje, el interés por esta historia nunca ha menguado. En investigaciones posteriores que tuve la fortuna de realizar sobre temas de la actualidad internacional me vi en la necesidad de volver recurrentemente sobre algunos de los elementos de esta historia. Tal como fue expuesto anteriormente, tal interés por seguir trabajando en la historia del tiempo presente se alimentaba de la preocupación por acometer investigaciones no desde la perspectiva habitual de las relaciones internacionales o la politología, sino desde un entendimiento histórico, debido al convencimiento de que la falta de historicidad del presente, de la cual los historiadores seguramente eran sus principales responsables, se había alzado en uno de los principales escollos que entorpecían la comprensión de los fenómenos que se desarrollan delante de nosotros. Así ocurrió, por ejemplo, cuando trabajé sobre ciertos acontecimientos contemporáneos que me enfrentaron con la tarea de tener que reflexionar sobre el significado de estas situaciones para la comprensión de la contemporaneidad, o cuando quise definir los contornos temporales del presente que nos ha correspondido vivir o precisar los caracteres fundamentales del mundo contemporáneo.

Ahora bien. Que el diálogo se realice básicamente con los historiadores no significa que éste sea un texto dedicado sólo al gremio de profesionales de la disciplina. A mi modo de ver, si bien la historiografía expresa fundamentalmente la gama de desarrollos que tienen lugar dentro la disciplina histórica, constituye también un reflejo fiel de los grandes cambios sociales, así como de las transformaciones que en la actualidad se experimenta en la percepción del tiempo, del espacio, de las coyunturas y de los acontecimientos. Desde este ángulo, se puede sostener que el análisis historiográfico puede ser utilizado como uno de los tantos recursos posibles para analizar el presente. Puede decirse también que, en esta oportunidad, haré uso de la historia con el fin de delinear los contornos de un enfoque trasdisciplinario para el estudio de la contemporaneidad, perspectiva en la que concurre el acerbo construido por varias disciplinas sociales contemporáneas.

Con la experiencia que he podido acumular sobre diferentes tópicos de esta peculiar manera de historiar, es que en el momento actual creo disponer de elementos relativamente sólidos que permiten abordar de manera integral el sentido que comporta la historia del tiempo presente. Indudablemente, y que me disculpe el lector, en la elaboración de este escrito he tenido que apoyarme en resultados parciales alcanzados en varias investigaciones previas, pero he procurado reducir al mínimo necesario las referencias a mi misma producción.

Ésta es, por tanto, una primera síntesis que sirve de medio de aproximación para el estudio del presente. Sin embargo, por ser este un tema que despierta tantas resistencias, suspicacias y debates y, además, dado que no son todavía muy sólidos los desarrollos que a la fecha se han producido sobre este enfoque, debo reconocer que este texto no es otra cosa que una propuesta o una invitación para avanzar en la vía de la construcción de este campo, y de ninguna manera aspira a convertirse en un trabajo final que pretenda dar por cerrado este tema.

El carácter todavía germinal que le asigno a esta empresa obedece también al convencimiento de que, para conformar este campo, dos grandes problemas deben ser resueltos: el primero consiste en que se tiene que demostrar que la historia del tiempo presente es una actividad sostenible desde un punto de vista historiográfico, y el segundo radica en la necesidad de comprobar que el presente pueda ser un objeto historizable. Los capítulos que siguen a continuación demostrarán al lector si estos problemas fueron resueltos de manera satisfactoria.

Este escrito consta de cuatro partes: el primer capítulo, que lleva por título "Los contornos de la historia del tiempo presente", está encaminado a ofrecer una presentación bastante sucinta sobre los contenidos que comportan otras nociones similares al de historia del tiempo presente y a discutir sobre el lugar que ocupa el tiempo y el presente en la producción histórica. A través del contraste entre esta variabilidad de propuestas se irá empezando a construir el enfoque que se ofrecerá más adelante.

El segundo capítulo, intitulado "La contemporaneidad y su relación con el tiempo", se preocupa en lo fundamental por aquellas circunstancias de orden global que han participado en el nacimiento

de esta historia y que han volcado a las sociedades contemporáneas en dirección de una nueva sensibilidad hacia el tiempo, en general, y, al presente, en particular.

El tercero, que lleva por título "Construyendo una historia del tiempo presente", constituye una síntesis sobre cómo se fue moldeando esta preocupación por el presente entre los historiadores y ofrece, además, la concepción que he desarrollado sobre esta historia con algunos de sus antecedentes, propuestas, desarrollos historiográficos y reflexiones metodológicas.

La principal razón que me llevó a emprender este recorrido y a ubicar el enfoque dentro de las discusiones historiográficas, consiste en que en el texto desarrollo una concepción particular sobre esta historia, que en ningún caso es la única, pues sobre el particular se han elaborado otros tratamientos posibles. Un procedimiento tal sirve para que el lector pueda comprender los elementos novedosos que comporta esta propuesta, lo que le permitirá evaluar la pertinencia de ella o fundamentar su preferencia por alguna otra.

En la última parte se ofrece un prototipo de trabajo en historia del tiempo presente. El tema escogido consiste en esbozar un bosquejo que permita valorar el impacto que puedan contener ciertos fenómenos históricos actuales en la determinación de nuestra contemporaneidad. El ejemplo que en esta ocasión se ha querido ofrecer es el de la caída del Muro de Berlín. La inclusión de este ejercicio obedece, además, a que el tratamiento de esta problemática ofrece ciertas herramientas que permiten situar los contornos temporales en los que trascurre este tipo de historia, aparte de precisar elementos que se deben tener en cuenta cuando se trabaja a partir de esta perspectiva. Aprovecho la oportunidad para señalar que tal ejercicio explicativo incluye muchas reflexiones que desarrollaré en los capítulos previos de este libro. Deliberadamente algunas de esas consideraciones no fueron omitidas y se tomó la decisión de no remitir con múltiples referencias a los capítulos anteriores, porque un proceder tal habría invalidado la posibilidad de entender este ejercicio como una unidad, no podría comprenderse por sí solo y obligaría al lector a estar recurrentemente volviendo la vista atrás.

Para concluir esta introducción quiero expresar los correspondientes agradecimientos a todas aquellas personas e instituciones que hicieron posible la realización de esta tarea. Mi primer reconocimiento es a la Universidad de los Andes, centro universitario donde reina un inigualable clima intelectual para adelantar las labores intelectuales e investigativas, y a Carl Langebaek y Álvaro Camacho, quienes, de múltiples maneras, siempre han confiado en mi trabajo investigativo. Mis colegas y el personal administrativo del Departamento de Historia ocupan un lugar especial en mis agradecimientos, porque en conjunto hemos podido crear un clima muy sano y fecundo para el trabajo intelectual. Sin sus apoyos y comprensiones, me encontraría en serias dificultades a la hora de tener que armonizar las labores administrativas, las docentes y las investigativas. No puedo dejar de mencionar a mis estudiantes, quienes, en más de una ocasión tuvieron que padecer mis reflexiones, mientras iba madurando y ordenando mis ideas. También me encuentro en una deuda muy grande con todos aquellos historiadores y científicos sociales, a quienes no tuve la oportunidad de conocer personalmente, pero de los cuales tanto he aprendido a través de sus escritos. Sin este contacto ni una línea hubiera podido ser escrita. Dedico este libro a mi familia (mi esposa Julieta y mis hijas Antonella, Luciana y Daniela), porque este libro fue escrito durante nuestra estadía en la *bella Florencia* y, sin duda, el hecho de poder estar todos nuevamente juntos, en una ciudad que invita a la contemplación y que es una poderosa fuente de inspiración, creó un inusual clima de paz, armonía y alegría cuando me sentaba a escribir. De más está decir que las omisiones, errores o equivocaciones son únicamente mías y a nadie más comprometen.

Florencia, diciembre del 2009 y enero del 2010

1

LOS CONTORNOS DE LA HISTORIA DEL TIEMPO PRESENTE

A primera vista podría parecer que con la historia del tiempo presente se podría estar repitiendo el mismo error en el que han incurrido otras tendencias historiográficas o corrientes intelectuales en las ciencias sociales durante las últimas décadas: el gusto por la moda. Ocurre tantas veces en la academia que una idea o una perspectiva son exaltadas como elementos de novedad con el único fin de suscitar la adhesión entusiasta de los demás profesionales. Si bien conductas de este tipo rápidamente dejan de despertar simpatías, el momento de fulgor queda presente.

Sobre el particular puede ser recordado un interesante libro escrito hace ya un par de décadas por Hervé Coutau-Bégarie,[11] en el cual el entonces joven politólogo realizaba una valoración de la "escuela" de los *Annales* en términos de *estrategia*, procedimiento que lo llevó a concluir que esta importante corriente historiográfica no había planteado nada nuevo, que no había entrañado ninguna revolución en el conocimiento histórico; en realidad, el gran mérito de los precursores fue haber sabido disponer de una adecuada estrategia programática en el momento apropiado.

Ocurre también de modo habitual que muchas de las propuestas presuntamente novedosas terminan por ser tan volátiles como efímeras. Una vez pasada la euforia inicial, sus rastros se esfuman con la misma celeridad, sus fosforescencias se extinguen sin dejar rastro

11. Hervé Coutau-Bégarie, *Le phénomène nouvelle histoire: grandeur et décadence de l'école des Annales*, París, Económica, 1989.

alguno. Claro está que el mentor seguirá reservándose para sí la consiguiente notoriedad y su nombre aparecerá citado por mucho tiempo, aunque sólo sea para ser criticado.

De acuerdo con este parecer, y con el conocimiento que se ha acopiado sobre la perspectiva histórica que aquí nos interesa, así como de las otras propuestas afines, se puede afirmar que con la historia del tiempo presente no se ha caído en una situación de este género. No representa una moda ni constituye el capricho intelectual de un puñado de historiadores en busca de reconocimiento. Sus ya treinta largos años de existencia institucional en Francia, sus numerosas publicaciones y debates en diferentes países, así lo acreditan. Ha logrado sobrevivir a todo tipo de embates y, con el correr del tiempo, ha ido afinando de manera pausada sus propuestas metodológicas y epistemológicas.

Su éxito, perdurabilidad y madurez obedecen, además, a que representa una corriente intelectual que ha logrado convertirse en una propuesta historiográfica que, sin duda, gracias a los modernos medios tecnológicos y al despliegue de la globalización intensificada actual, ha podido trascender los marcos nacionales de origen y tornarse una corriente de pensamiento con gravitación mundial, con aceptación y con desarrollos en los diferentes confines del planeta. Su reputación, por último, obedece también a que el interés por el estudio histórico del presente ha encontrado su razón de ser en esa doble hermenéutica, de la que tanto ha hablado Anthony Giddens en alusión al conjunto de las ciencias sociales, es decir, aquel proceso complementario de traducción y de interpretación que le asigna una preponderancia al presente, con lo cual este último ha terminado por convertirse en un registro que predomina en las experiencias e impone una relectura del pasado y determina el tipo de expectativas que despierta el futuro.[12]

La expansión de la historia del tiempo presente a partir de su núcleo en dirección de países en los más distintos continentes, confirma una de las tesis que subyace a este escrito: la historización del presente se ha convertido en una necesidad social de primer orden, porque, tal

12. Anthony Giddens, *Social Theory and Modern Sociology*, Stanford, Stanford University Press, 1987.

como se sostenía en las páginas introductorias de este ensayo investigativo, se ha vuelto una tarea prioritaria entender el presente como un proceso, porque sólo una perspectiva histórica permite discernir los caracteres fundamentales de la contemporaneidad y, a partir de las herramientas que facilita esta comprensión, pueden ser reconstruidos los puntos de referencia que le restituyan su inteligibilidad al mundo que nos ha correspondido vivir.

De esta manera, la necesidad de explicar el presente representa una muestra bastante concluyente de la *condición de contemporaneidad* por la que atraviesan en la actualidad los más variados pueblos del mundo. A esta mencionada necesidad de entendimiento del hoy se le puede sacar también otra arista: la historia del tiempo presente constituye a su manera un intento de trascendencia de dicha condición porque representa una manera global de afrontar el estudio de la contemporaneidad, enfoque en torno al cual se puede reunir todo el acervo que en esta temática ha construido el conjunto de las ciencias sociales.

Pero ni siquiera en estos problemas, que se ubican en la esfera del conocimiento social, se agota el asunto: la accesibilidad al entendimiento de la densidad histórica del presente se ha vuelto una tarea de primer orden porque la aún fragmentaria información disponible sugiere que las sociedades contemporáneas, independientemente de sus niveles u opciones de desarrollo, han venido reconfigurando su relación con el tiempo, se han adentrado en otro *régimen de historicidad*, al decir de François Hartog, el cual se caracteriza, en sus rasgos fundamentales, por una mayor ascendencia y densidad del presente por sobre los otros registros temporales.

Este asunto se encuentra bastante bien documentado en el caso de los países occidentales. Importantes intelectuales contemporáneos han venido sugiriendo sólidas indicaciones en este sentido y sobre varios de ellos, y sus respectivas proposiciones, se tendrá ocasión de hacer referencia en las páginas siguientes. Lo llamativo, sin embargo, es que el conocimiento que se tiene de lo que está ocurriendo en otras latitudes parece acreditar la misma idea. A título de ejemplo, se puede recordar al sinólogo Jean Chesneaux, quien ha sostenido que, a diferencia del período comunista cuando las autoridades chinas

manejaban una concepción de tiempo en forma de espiral, cuya dialéctica determinaba la "direccionalidad" del movimiento, desde que se dio inicio a las reformas de Deng Xiaoping, a finales de los años setenta, se ha ido imponiendo un proyecto de sociedad que reposa en el tiempo corto del beneficio y en la celeridad de la circulación de la mercancía, con lo cual la construcción de futuro tiende a retrotraerse a un dilatado presente, desprovisto de cualquier sentido distinto del que le imprime el ritmo con que funciona el mercado.[13]

Según tales presupuestos y antecedentes, en éste y en el siguiente capítulo se realizará una digresión preliminar sobre el sentido que encierra el concepto de 'historia del tiempo presente' y sobre la estrecha relación que mantiene con ese tipo de transformaciones que experimentan las sociedades contemporáneas, con total independencia de sus niveles u opciones de desarrollo, aun cuando, desde luego, en unas de ellas esta tendencia se exprese de modo más contundente que en otras. La mundialidad de estas transformaciones obedece a que la experimentación del presente es consecuencia del advenimiento de un nuevo tipo de modernidad la cual, a diferencia de la anterior, no ha quedado inicialmente confinada a una región en particular, pues sólo se puede realizar en el teatro de la globalidad.

De acuerdo con la experiencia que sobre el particular se dispone, se reconoce que tres procedimientos pueden ser utilizados con el fin de acometer una aproximación al significado más profundo que comporta la noción de 'historia del tiempo presente'. El primero es mediante un ejercicio relacional, que sea comparativo, es decir que opere un contraste que revele las similitudes y las diferencias que guarda esta historia con otros términos similares, y que a su manera sea *croisée*,[14] es decir, que permita determinar ciertas características que se desprenden de los puntos de encuentro entre los enfoques subyacentes a esta variedad de historias. El segundo se lleva a cabo por medio de la descomposición analítica del concepto en sus tres palabras constitutivas —la historia,

13. Jean Chesneaux, *Habiter le temps*, París, Bayard, 1996, p. 108.

14. Michael Werner y Bénedicte Zimmermann, "Penser l'histoire croisée: entre empirie et réflexivité", en *Annales. Histoire et Sciences Sociales,* núm. 1, 2003.

el tiempo y el presente— y la explicación oportuna de sus contenidos y de sus imprescindibles relaciones. El tercero y último consiste en establecer la correlación que existe, o que puede hallarse, entre esta novedosa preocupación historiográfica con ciertas propiedades que caracterizan a todas las sociedades en los inicios de este nuevo siglo. De modo particular, en este capítulo se expondrán los dos primeros procedimientos, con sus consabidos resultados, y se diferirá en lo fundamental la explicación del tercero para el capítulo siguiente.

LA HISTORIA DEL TIEMPO PRESENTE A LA LUZ DE OTRAS NOCIONES SIMILARES

A primera vista, el ejercicio que se realizará a continuación puede parecer un típico pasatiempo intelectual bastante estéril, ya que el procedimiento consistirá en pasar revista sobre el contenido que encierran aquellos conceptos, que, a veces, son identificados con el de la historia del tiempo presente, que pueden ser entendidos como sinónimos o como variaciones en una menor o mayor escala de un mismo registro. No creo, sin embargo, que esta labor sea un ejercicio improductivo.

Por lo general, el adjetivo que acompaña a estos distintos enfoques históricos no es un asunto inocente, no está exento de valoraciones, concepciones o de propósitos.[15] Que recuerde el lector la inmensa carga de sentido que comporta la noción de Edad Media o la centralidad del cálculo internacional cristiano que se utiliza habitualmente como fundamento organizador de la cronología, para sólo citar un par de casos. En efecto, el título que se le otorgue a un período brinda mucha información sobre el tipo de historia que se quiere confeccionar, sobre sus contenidos, sus fronteras temporales, de los elementos que quieren ser destacados, así como de las concepciones que a ellos subyacen; en fin, una periodización dice mucho sobre el significado que se le asigna a la historia, en su doble acepción, como proceso y como conocimiento.

15. Véase, Jack Goody, *Il furto della storia*, Milán, Feltrinelli, 2008.

No cabe duda de que, a más de uno, la primera noción que se le viene a la mente cuando escucha hablar de historia del tiempo presente es el de 'historia contemporánea', toda vez que éste es un término de uso muy extendido, con un largo historial por fuera de las fronteras de la disciplina. Con seguridad, no es ninguna exageración sostener que a lo largo de su vida, toda persona, en más de una ocasión, se ha topado con esta expresión. Se puede recordar simplemente el hecho de que el término es de uso habitual en los programas escolares y universitarios y es empleado, por lo general, para designar la etapa última, la más actual, de la historia universal.

En la tradición histórica que se ha heredado de la experiencia europea, la gran historia universal ha sido dividida de modo general en tres grandes períodos: el antiguo, el medieval y el moderno; empero, desde el siglo XIX, por factores muy particulares, que serán comentados en su oportunidad, de lo moderno se fue desligando un subperíodo (el contemporáneo), el cual, a veces, ha tenido vida propia, pero, las más de las veces ha seguido asociado a la anterior, bajo la fórmula convencional en los currículos académicos de la historia moderna y contemporánea.

Aun cuando en la actualidad estamos muy acostumbrados a esta periodización, conviene recordar que el último de estos subperíodos, el referido a la etapa contemporánea, si bien era reconocido como tal, de hecho, fue incorporado en los programas académicos en una fecha muy posterior. La primera cátedra de historia contemporánea fue introducida en la universidad italiana a inicio de los años sesenta,[16] y años similares se manejan para otros países. En Francia, sólo a partir de 1962 los programas de enseñanza de la historia comenzaron a abordar el período de la Segunda Guerra Mundial. En España, la situación en ese entonces, era, obviamente, mucho peor. El franquismo hizo valer todo el peso de su autoridad, autoexcluyó su régimen del estudio histórico y sólo a partir de 1967 permitió que la historia contemporánea se extendiera hasta la Guerra Civil española, conflicto que, como bien se sabe, tuvo lugar en el segundo lustro de la década

16. Claudio Pavone, *Prima lezione di storia contemporanea*, Bari, Laterza, 2008, p. 8.

de los treinta. O sea, en la España franquista lo contemporáneo se entendía como un período que se clausuraba antes del advenimiento del prolongado régimen político entonces en curso. ¿Qué podía saber un joven español sobre la historia nacional en los últimos cuarenta años? Probablemente nada distinto al discurso que el mismo régimen quería producir sobre sí mismo.

Merece una mención especial el caso soviético, porque a primera vista podría parecer que la antigua Unión Soviética era un país donde se presumía otra periodización de la historia, a partir de las formaciones sociales, que desde la primitiva avanzaría hasta el comunismo a través de una serie de etapas, y que la historia se extendía hasta la actualidad más contigua. Es decir, era una historia que se prolongaba desde el pasado más remoto hasta la inmediatez más cercana. Varios factores participaban de este particular entendimiento de la historia. Por una parte, en ello intervenía el papel que el ideal comunista desempeñaba en la concepción predominante. De acuerdo con la presunción de que la soviética era una sociedad que en la década de los años setenta había alcanzado el socialismo desarrollado, representaba el cometido más logrado del "socialismo real" y estaba iniciando el tránsito hacia el comunismo, los contemporaneístas se encontraban en la obligación de documentar el proceso de creación del nuevo orden social y trabajaban, de esa manera, sobre la inmediatez, e incluso sobre la proyección de ésta hacia el porvenir.

Por otra parte, en la apertura histórica en dirección del presente intervenía el monopolio que ejercía aquella particular concepción oficial del marxismo, que arrancaba del supuesto de que este pensamiento representaba un saber científico que había descubierto las leyes fundamentales del desarrollo social. Como este materialismo histórico era una ciencia que se había construido sobre la base de una argumentación histórica, se infería entonces que la historia era la única ciencia social posible. La sociología, la politología, e incluso muchas áreas de la antropología, no existían por sí solas, sino que eran subcampos de la ciencia histórica "marxistizada". De ahí, entonces, que la historia última tuviera que ocuparse también del estudio de los fenómenos de la contemporaneidad.

Existía, empero, un importante matiz que a su manera terminaba relativizando la proyección de la historia en dirección del presente. Desde la década de los veinte se impuso la idea de que lo contemporáneo era equivalente a la actuación del Partido Comunista. Esta circunstancia lleva a sostener que, más allá del discurso, en la práctica, el análisis histórico en cuanto tal tenía una frontera de finalización: el año 1917. A partir de ese momento en adelante, el desarrollo social era la historia del partido gobernante, con sus congresos, resoluciones, etcétera. O sea, la contemporaneidad terminaba siendo un campo vedado para la investigación y aquellos científicos sociales que quisieran aventurarse en sus meandros, tenían que basar sus análisis en los lineamientos políticos fundamentales que emanaban de la organización gobernante. En síntesis, más allá de la apariencia, en los hechos, tampoco en este caso existía una genuina historia sobre el presente.

De modo habitual se reconoce el inicio de la historia contemporánea en un acontecimiento al cual se le asigna el rango de evento fundador o fundamentador de la respectiva contemporaneidad. En lo que atañe a las fronteras temporales que de manera usual establecen los especialistas, se pueden distinguir dos tipos de aproximaciones básicas: unos entienden la etapa contemporánea en un sentido extenso y otros en uno estrecho.[17] En el primer caso, esta historia representa un período que se extiende a lo largo de los dos últimos siglos.[18] En el segundo, se le reconoce una temporalidad más acotada y se identifica preferentemente con el último siglo, pero se observan casos en que dichas fronteras se acortan aún más.[19] A la sazón sobre el particular no existe el más mínimo consenso. Aún se observan casos en los que el origen de la historia contemporánea mundial es retrotraído hasta la Revolución Francesa de 1789 o hasta los sucesos de 1815, aun cuando cada vez es más habitual encontrar que otros acontecimientos ocurridos

17. Scipione Guarracino, *Le età della Storia. I concetti di Antico, Medievale, Monderno e Contemporaneo*, Milán, Bruno Mondadori, 2001, pp. 257-289.

18. Véase, Asa Briggs y Patricia Clavin, *Historia contemporánea de Europa 1789-1989*, Barcelona, Crítica, 2000.

19. Mauriccia Salvati, "Il novecento", en Claudio Pavone, *Novecento. I tempi della storia*, Roma, Donzelli, 2008.

con posterioridad (v. gr., la Primera Guerra Mundial) a los primeros son elevados al rango de eventos germinales del respectivo período.

Si, como puede observarse, la periodización de la historia contemporánea mundial es un asunto complicado, el problema se torna aún más enredado cuando se tiene en cuenta que las escuelas históricas nacionales generalmente no se interesan mucho en discutir las fronteras cronológicas de los períodos antiguos, pero que otra es la actitud predominante cuando el asunto consiste en determinar los orígenes de la respectiva contemporaneidad nacional. En estos casos, la regla general es que el origen de este período proceda de un acontecimiento nacional, al cual se le asigna una alta significación. Tal fue el caso de la revolución rusa de octubre de 1917 en la historia soviética, la conformación de los Estados nacionales hacia 1880 en varios países de América Latina o la unificación nacional en los casos italiano y alemán.

Si el origen es, por tanto, un fenómeno muy volátil y variable, el momento de finalización de la historia contemporánea es aún más caprichoso, tal como se ha podido observar en los casos citados de Italia, Francia y España. Sin embargo, se puede afirmar que, por lo general, tiende a predominar la tendencia de prolongar esta historia hasta un pasado no muy reciente, como, por ejemplo, la Segunda Guerra Mundial. Así ocurre con aquellos autores que tienen una concepción amplia de la historia contemporánea, tal como lo ha expuesto Scipione Garracino en el libro antes citado sobre los períodos en la historia. Ahora bien, cuando la contemporaneidad se define en un sentido estrecho, con un origen más tardío, entonces, lo habitual es que se prolongue hasta un acontecimiento que pueda simbolizar la representación de finalización del respectivo período, como, en efecto, ha ocurrido con la mayor parte de las síntesis históricas sobre el siglo XX, que le han asignado esta función a la caída del Muro de Berlín en 1989.

De lo anterior se puede inferir que es muy poco habitual que los historiadores reconozcan que la historia contemporánea pueda prolongarse hasta la actualidad más inmediata. Es decir, un rasgo consustancial a la mayor parte de las historias contemporáneas, independientemente de si son nacionales, continentales o mundiales,

extensas o estrechas, es que no se estiran hasta la coyuntura más actual. Pareciera que la contemporaneidad sólo puede tener sentido en la historia universal si se le reconoce un final, y ése nunca puede ubicarse en la inmediatez del observador.

Seguramente esta proclividad por admitir la existencia de un momento de finalización en la historia contemporánea obedece a dos tipos de factores: por una parte, a la suposición de que el papel del acontecimiento en la historia consiste en su capacidad para cerrar un determinado capítulo. De ahí que ningún período en la historia pueda quedar a la deriva y que no pueda haber ningún intervalo que no se encuentre mediado por un par de grandes acontecimientos, que precisen su origen y su final, respectivamente. Por otra, en esta actitud interviene también el hecho de que todavía es fuerte la presunción de que la historia trata sobre el pasado y que es competencia de otras disciplinas sociales ocuparse de los temas relativos al presente.

Tal costumbre es muy curiosa porque se quebranta el significado más profundo del término *contemporáneo* que es el de referirse a un momento durante el cual coexisten el observador con aquello que se encuentra en observación. Es decir, tal como se entiende en la literatura especializada, la historia contemporánea no es una historia coetánea, no es simultánea, sincrónica y compartida por el observador. En realidad, en cualquiera de sus acepciones, la contemporánea es una historia que se refiere a un pasado más o menos reciente, en cuanto versa sobre el postrer período de la historia universal, y tiene como característica adicional el hecho de encontrarse cancelado.

Es extraño el entendimiento de esta historia, porque se contraviene un principio fundamental del concepto como es el hecho de que la característica intrínseca de lo contemporáneo consiste en ser un término relacional cuyo sentido siempre tiene que comportar una referencia a una temporalidad sincrónica. Ese algo relacional, en este caso, no debería ser nada distinto a la contemporaneidad misma del observador, pero, como se advierte, ello es precisamente lo que se encuentra ausente. La contravención de este principio fundamental de lo contemporáneo lleva a que se presuponga algo que puede sonar tan extraño como es el hecho de que personajes como Napoleón

Bonaparte o Lenin terminen siendo *contemporáneos* de quienes vivimos en los inicios del siglo XXI.

De esta manera, se puede sostener que la historia contemporánea indica de modo usual un período que cubre aquellas décadas que se proyectan desde un determinado momento —no muy lejano en el tiempo anterior dentro del gran curso de la historia universal— hasta un pasado relativamente reciente. Como no es coetánea, es decir, como no se desenvuelve hasta la actualidad misma del observador o de una sociedad que reconoce en ella una parte sustancial de su desarrollo, se puede inferir que la principal particularidad que singulariza a esta historia no es ninguna propiedad intrínseca que se desprenda de su misma naturaleza ni de su relación con el observador, si no que es el simple hecho de aludir a la fase más reciente de un desarrollo histórico-plurisecular. Es, por tanto, una noción que se utiliza para designar un período histórico que se encuentra en proximidad con el presente, pero que, de ningún modo, es presente.

El significado habitual que se le da a este término proviene del hecho de que el elemento relacional de la contemporaneidad no deriva de la experiencia de sincronía sino de la diacronía, es decir, es un período que se encuentra inscrito dentro de una prolongada secuencia que del pasado se prolonga hacia el presente, y, en ese sentido, su dimensión temporal sigue inserta dentro de una perspectiva secuencial de un progreso lineal que proviene de un pasado (de la antigüedad), más o menos lejano, que se va aproximando a nuestra realidad más cercana (pasando por el Medievo y la época moderna), pero sin presuponer ninguna forma nueva ni ningún contenido novedoso para la interpretación de la historia. Su contenido relacional se desprende del vínculo que mantiene con períodos precedentes, pero no del hecho de aludir a la simultaneidad con respecto al observador.

De tal modo que, si se procediera de manera analítica a desvincular la historia contemporánea de la historia universal, lugar donde parece encontrar su verdadera razón de ser, se obtendría un fragmento de historia carente por completo de significado o de valor. Esta indeterminación es lo que explica que, a diferencia de los otros períodos de la historia universal, para los cuales existen relativos consensos

sobre las fronteras cronológicas y sobre sus contenidos mínimos, en la historia contemporánea estos límites sean variables, que se correlacionen directamente con el tipo de historia que se quiera destacar o con el lugar desde el cual se organiza la respectiva narrativa, y que esté desprovisto de sentido intrínseco.

El carácter indeterminado que comporta este concepto puede ser observado también desde otro ángulo. El contenido básico que encierra esta historia sólo es entendible como la etapa última dentro de una secuencia de períodos, porque la misma idea de 'contemporaneidad' no es un tipo de concepto que se refiera exclusivamente a una determinada actualidad, puesto que su propiedad o su identidad de tiempo puede ser identificada en distintas coyunturas presentes o pasadas.

Conforme a lo anterior, se puede señalar que, a lo largo del desarrollo histórico, han existido contemporaneidades o simultaneidades históricas que no compartían un mismo registro de tiempo, pero que se expresaban simultáneamente. Eran experiencias contemporáneas en el sentido de que coexistían desde un punto de vista cronológico, aun cuando no compartieran el mismo itinerario ni hubiera conciencia de coetaneidad. El sentido intrínseco de la historia contemporánea, de este modo, no procede de su naturaleza misma y, desde este ángulo, no brinda ningún tipo de detalle específico sobre el período que presuntamente recubre.

O para decirlo en otros términos, la historia contemporánea se utiliza para designar un período histórico, pero que, como carece de características que le confieran un valor intrínseco, se ha convertido en una expresión que ha ido perdiendo la cualidad de coetaneidad y de contemporaneidad y ha terminado por limitarse a consistir en la etapa más actualizada de la historia moderna o del largo desarrollo de la humanidad. Por este motivo, es usual encontrar en los programas académicos expresiones que reúnen en un mismo paquete a la historia moderna con la contemporánea, donde la segunda no es más que la prolongación más actualizada de la primera.

Veamos a continuación otro concepto que también, a su manera, guarda cierta relación con la condición presente: 'la historia moderna'. En la concepción predominante de historia universal, la historia referida

al período moderno ocupa un lugar mucho más concreto y específico que la anterior. De acuerdo con la tradición interpretativa que se ha forjado a partir de la experiencia histórica europea, el término es empleado usualmente para designar aquel período que sobrevino luego del fin del Medievo y que se habría iniciado con el Renacimiento italiano o los "descubrimientos" geográficos. Aunque suene a tautología, la historia moderna se refiere en sí a aquellos siglos durante los cuales se fueron forjando los fundamentos que hicieron posible el surgimiento de las sociedades modernas, es decir, cuando comenzó a adquirir consistencia la modernidad, a través de variados impulsos y procesos de modernización económica, política y social, etcétera.

Es esta correlación que se establece entre el período en cuestión con la idea de modernidad lo que convierte a la historia moderna en un momento muy particular en el desarrollo histórico. Se refiere a un período histórico con fronteras más o menos establecidas y comporta, además, un contenido preciso que no es otro que el surgimiento y la consolidación de los ambientes institucionales modernos.

Hasta aquí la argumentación va bien, pero más de uno tendrá en la mente la siguiente pregunta: pero ¿dónde está el vínculo entre esta historia y el presente? Pues bien, se puede responder a este interrogante de la siguiente manera: como la modernidad representa un proceso con vocación universal que aún no ha decantado, puesto que, según varias concepciones que mantienen latentes la inspiración en las legendarias teorías de la modernización,[20] todavía buena parte de la humanidad se encontraría frente al desafío de asumir la realización de los ambientes institucionales modernos, se puede inferir de ello que la moderna sería una historia que se prolongaría hasta la contemporaneidad más inmediata. Al constituir un proceso en desarrollo, es decir, como su contenido aún no ha concluido, esta historia comporta, entonces, un contenido de presente y puede ser utilizada como sinónimo de la historia del tiempo presente, o de cualquier otro concepto análogo que aluda a la actualidad.

20. Jean Philippe Peemans, *Le développement des peuples face à la modernisation du monde. Les théories du développement face aux histoires du développement "réel" dans la seconde moitié du XXème siècle*, Louvain La Neuve, Academia Bruylant, 2002.

Además de lo anterior, otro argumento refuerza la correlación entre la historia moderna con la condición presente: de acuerdo con su etimología, constituye un concepto que puede ser identificado con el estudio del presente, dado que moderno "es un adjetivo que deriva del adverbio latino *modo*, que significa ahora e indica el tiempo presente. Historia moderna significa literalmente historia del ahora".[21]

Si bien cuando se le analiza desde este ángulo es una noción que se refiere al presente y podría ser intercambiable con historia del tiempo presente, la pertinencia de su utilización se ve malograda porque, como sostiene el recién citado historiador, *moderno* es un término que comporta una alta carga valorativa. A diferencia de la historia contemporánea, cuya utilidad consiste en que constata una identidad de tiempo a la que supuestamente alude —la época contemporánea— (aunque, en realidad, como se tuvo ocasión de señalar, ése no ha sido el caso), lo moderno es un concepto que comporta un valor, porque se refiere al desarrollo de la modernidad y ello presupone que todo colectivo que pretenda ser merecedor de dicho título debe abocarse a la construcción de un determinado tipo de sociedad.

De la premisa anterior se desprende un problema que encierra una gran ambigüedad, cuya solución se ha vuelto prácticamente un imposible: si cierta literatura sociológica, antropológica y económica ha venido insistiendo en que lo moderno es un estadio que ha comenzado a ser superado por parte de las naciones más avanzadas, razón por la cual se ha vuelto usual que se les defina con nuevos calificativos muy variados, todos los cuales comportan la idea de una trascendencia de lo moderno (v. gr., posmodernas, posindustriales, posnacionales, etcétera), en otras sociedades, que son la mayoría y que, hoy por hoy, siguen representando a la mayor parte de la población del planeta, la condición de lo moderno todavía se mantiene como una posibilidad en el horizonte.

Conforme a lo anterior, es bien curioso cómo han cambiado los términos que usualmente se emplean para designar a estos países. Antes se les calificaba como subdesarrollados, en razón del atraso y

21. Giuseppe Galasso, *Prima lezione di storia moderna*, Bari, Laterza, 2008, p. 4.

de su "incapacidad" para superar las malformaciones de su desarrollo. Hoy por hoy se popularizan eufemismos de gran belleza retórica, aunque de escasa utilidad analítica: se les distingue como *países emergentes*, es decir, serían sociedades que, por fin, se encontrarían en proceso de estar accediendo a la condición de lo moderno. Es pocas palabras, la literatura especializada tiende a destacar que estas últimas son sociedades en vías de modernizarse, de lo cual se puede concluir que en este caso siguen inscritas dentro de los marcos de una historia moderna. Pero entonces dónde se ubican las primeras que serían tan modernas que ya habrían dejado atrás ese ciclo.

En torno a este punto se encuentra una divergencia de fondo entre la idea de lo contemporáneo y de lo moderno, y sus respectivas historias. A diferencia del primero, que es un intervalo de tiempo que más que bien representa a toda la humanidad, el segundo carece de ese grado de universalidad, pues sería un período histórico cuya validez para unos se realizaría en una época, para otros en otros siglos y, quizá, no faltarán países a los que nunca se les pueda llegar a caracterizar en esos términos.

Equivocado sería pretender hacer extensible la condición de moderno de una experiencia histórica particular a todo el planeta, más aún cuando importantes pensadores contemporáneos han venido insistiendo, con justa razón, en que Occidente se ha apropiado de la riqueza y de la diversidad histórica del mundo y que no se puede extrapolar mecánicamente su itinerario a los demás.[22] En síntesis, se puede concluir que ni la historia moderna ni la contemporánea son en los hechos equiparables al estudio de la actualidad y, como tendré ocasión de precisar, muy distantes se encuentran del sentido que le asignaré al concepto de la historia del tiempo presente.

La historia inmediata representa otro registro de historia que comporta ciertas similitudes y semblanzas con la del tiempo presente. Como lo indica su misma denominación, es una historia referida al estudio de fenómenos muy próximos al tiempo en el que tiene lugar la observación. Desde que se popularizara este término, hacia la década de

22. Jack Goody, óp. cit.

los setenta del siglo pasado,[23] la historia inmediata fue pensada como una construcción que guarda muchas similitudes y comparte varios presupuestos con el periodismo investigativo. En Francia, uno de sus grandes impulsores fue Jean Lacouture, quien inauguró una colección de libros en una importante casa editorial de ese país, bajo la rúbrica de la historia inmediata. Esta serie estaba conformada por una colección de textos que se ocupaba de acontecimientos muy recientes, de la biografía de grandes personajes que aún se encontraban con vida y de estudios de temas internacionales de gran actualidad, entre los que se destacan trabajos, de alta factura, como el de André Fontaine[24] sobre la Guerra Fría y el de François Fejtö sobre las "democracias populares" en la Europa centro-oriental.[25] Al igual que el periodismo investigativo, a la historia inmediata se le asignaba como función el desarrollo de grandes destrezas y habilidades en la reconstrucción del entramado de aquellos grandes acontecimientos que se sucedían en presencia directa o mediata del observador.

De modo más reciente, esta historia ha recibido nuevos impulsos académicos luego de que conformara un grupo de investigación en historia inmediata en la Universidad de Toulouse-Le Mirail, bajo la dirección de Jean-François Soulet, grupo que se ha encargado de la publicación de una revista y de varios textos,[26] en los cuales sus autores utilizan indistintamente el concepto de historia inmediata, reciente, actual y del tiempo presente, llegando, incluso, a presentar a esta última como un componente o como una actividad equivalente a las anteriores.

Sin pretender entrar en la polémica de si la historia inmediata es un tipo de análisis idéntico, semejante o distinto de la historia del tiempo presente, puedo decir que, según mi parecer, la inmediata, por su misma definición, se ubica en un registro diferente, porque se

23. Jean Lacouture, "L'histoire immédiate", en Jacques Le Goff, *La nouvelle histoire*, Bruselas, Editions Complexes, 1988.

24. André Fontaine, *Histoire de la guerre froide*, París, Fayard, 1967.

25. François Fejtö, *Histoire des démocraties populaires*, París, Seuil, 1968.

26. Jean-François Soulet, *L'histoire immédiate. Historiographie, sources et méthodes* París, Armand Colin, 2009.

ocupa del estudio de eventos y situaciones que ocurren en completa sincronía con el observador. Por su naturaleza, es un tipo de enfoque que queda parcialmente privado de densidad o de profundidad temporal y tiende a disociar la actualidad más inmediata de la cadencia temporal de los fenómenos bajo observación. Tampoco parece apropiada porque desde su denominación misma no añade nada de especial significación al estudio de la contemporaneidad, que ya no esté presente en el periodismo investigativo. Los principales exponentes de esta corriente, además, ayudan a confundir aún más las cosas cuando identifican la historia inmediata con el estudio del "pasado cercano". En síntesis, se puede sostener que muchos análisis politológicos, antropológicos o periodísticos pueden concordar perfectamente con esta pretensión y no por ello se les va a calificar como estudios históricos sobre el presente.

A *la historia reciente* haré simplemente una breve mención, pero no me explayaré mayormente sobre su contenido, porque, si bien se encuentra en proximidad temporal con la historia del tiempo presente, en cuanto se interesa por situaciones ocurridas hace muy poco tiempo, mantiene diferencias tan de fondo con la anterior, que la similitud no es más que una simple apariencia: la reciente se preocupa por fenómenos concluidos hace poco y deja en suspenso a la actualidad más inmediata; tampoco proporciona detalles sobre las particularidades de su propuesta; descuida una reflexión fundamental como es la delimitación de la frontera que distingue lo reciente de lo inmediato y el presente del pasado, incluido el reciente; por último, no presupone ninguna indicación sobre el significado temporal de los fenómenos estudiados.

La historia del presente es otro término que se ha utilizado de modo bastante corriente para referirse a los estudios históricos que se interesan por la contemporaneidad. La reconstrucción de las claves básicas de esta historia es un asunto un poco más complicado, porque sobre ella ha corrido mucha tinta, y porque un buen número de autores se refieren a ella, pero difieren en cuanto al significado que le atribuyen. En una perspectiva de mediana duración, se observa que algunos especialistas han asociado esta historia con la proyección más actualizada de la historia contemporánea; otros, como es el caso de Pierre Chaunu,

la han querido encuadrar a partir de sus fronteras cronológicas, que se extenderían, más o menos, a lo largo de los últimos cincuenta años,[27] mientras que un tercer grupo ha preferido vincularla con la historia que se desarrolla en el lapso de una vida humana.

Ninguna de estas definiciones usuales puede ser valorada como satisfactoria: la primera, por las ambigüedades ya señaladas que comporta la noción de 'historia contemporánea': ¿cómo puede ser su etapa más actualizada cuando a la historia contemporánea se le ha impuesto un acontecimiento que marca su respectivo final?, o ¿cuándo la historia contemporánea se refiere a un pasado cercano?; la segunda tampoco es pertinente, porque es completamente arbitraria y convencional la atribución de una extensión de medio siglo. La tercera, que alude a la duración de la vida humana, es igualmente ambigua porque deja en la indefinición el período al cual se refiere, más aún en tiempos como los que actualmente corren, cuando la expectativa de la vida humana ronda los ochenta años. Si se define por la extensión de la vida humana, entonces la historia del siglo XX de Eric Hobsbawm que atraviesa buena parte de la vida del autor, tendría que ser concebida como una historia del presente, lo que indudablemente no es. Su carácter ambiguo puede ser observado si nos preguntamos cuáles serían las fronteras cronológicas de un joven historiador que se interese por el presente, ¿veinte o veinticinco años? En este caso, un acontecimiento como la caída del Muro de Berlín, ocurrida hace poco más de veinte años, que es un elemento fundamental en el presente vivido por Eric Hobsbawm, sería un suceso pasado para el novel aprendiz. Difícil es entender el sentido de la historia del presente cuando uno se mete en semejante embrollo.

Si las formas tradicionales son poco adecuadas, no se puede decir lo mismo de importantes reflexiones que han aparecido en la última década o década y media. Hace ya un par de lustros, el historiador británico Timothy Garton Ash publicó un interesante libro bajo el rótulo de historia del presente. Sostenía en esa oportunidad, que esta

27. Pierre Chaunu, *El rechazo de la vida. Análisis histórico del presente*, Madrid, Espasa-Calpe, 1978, p. 34.

historia está constituida por términos contradictorios, porque, por definición, éste es un tipo de conocimiento que trata del pasado. Sin embargo, se arriesgaba a emplear la expresión de historia del presente porque consideraba que "ha aumentado lo que es posible saber poco después de los hechos y ha disminuido lo que se puede saber mucho después". De acuerdo con su parecer, la historia del presente es una práctica donde convergen el periodismo, la historia y la literatura y es una historia que se define por la subjetividad del historiador y por su implicación directa en los eventos históricos contemporáneos.[28] En un trabajo, publicado un lustro después, el mencionado analista brindó una interesante observación sobre el carácter inconcluso que comporta este tipo de historia y las interactividades que se establecen entre el autor, la obra y el lector en el desarrollo de ella, cuando sostuvo:

> Cualquiera que escriba "historia del presente" sabe que ésta deberá ser revisada a la luz de los acontecimientos. Dado que las cosas cambian constantemente, la experiencia de leer un libro de este tipo puede resultar menos satisfactoria que, pongamos por caso, ponerse cómodo y leer unos anales de la Roma clásica, pero también puede ser más interesante, puesto que aún es posible cambiar las cosas. Cuando usted lea el libro, sabrá más elementos de esta historia que yo en el momento de escribirla, ya sea porque tiene un conocimiento particular de alguna de las múltiples áreas de la política mundial en torno a las que hablo, ya sea por el mero hecho de conocer lo que haya pasado entre un momento y otro. Y, vitalmente, su propia voz política será parte de la historia que se está desarrollando. Usted influirá en el resultado, y por tanto en el modo en que los historiadores del futuro escriban sobre nuestro tiempo. Cuando lee detenidamente los anales de Roma clásica, está leyendo historia; aquí, está también escribiéndola.[29]

28. Timothy Garton Ash, *Historia del presente. Ensayos, retratos y crónicas de la Europa de los 90*, Barcelona, Tusquets, 2000, p. 14 y 16.

29. Timothy Garton Ash, *Mundo libre. Europa y Estados Unidos ante la crisis de Occidente*, Barcelona, Tusquets, 2005, p. 14.

Otro historiador que, en los inicios del nuevo siglo, también ha mostrado interés por reflexionar sobre este tipo de historia es Julio Aróstegui, quien, en el 2004, publicó un valioso ensayo conceptual y teórico sobre la naturaleza y el desarrollo de la historia del presente. El título mismo del libro comporta, de entrada, uno de sus principales aportes porque considera que hablar de la historia vivida no es un mero recurso literario; es un reclamo frente a la historia heredada, es decir, es la historia de la conciencia "formada a partir de la experiencia de nuestro propio actuar". Páginas más adelante ofrece las claves de su concepción sobre esta historia, cuando afirma:

> La historia del presente es primordialmente la *historia* experimentada frente a la tradicional historia recibida [...] los límites temporales de la historia del presente son el resultado de una *decisión social*, materializada por un proyecto intelectual concreto, ligada al fenómeno generacional y a la delimitación de la *coetaneidad* y, en su aspecto más técnico, a la posibilidad de captar un tiempo histórico homogéneo a partir de un cambio significativo [cursivas en el original].[30]

Vale la pena retomar esta argumentación puesto que el hecho de razonar en términos de *historia vivida* constituye una premisa importante en la comprensión de la contemporaneidad, porque implica dar un paso en la dirección de la antropologización de la noción de 'tiempo', pues, desde este punto de vista, no se está presuponiendo que el presente sea un intervalo temporal que se despliegue linealmente a lo largo de una cronología, sino que constituye una invitación a pensar el presente como un movimiento simétrico, coetáneo (temporal) y sincrónico (espaciotemporal) en la vida de los individuos y de las sociedades.

Con las tesis propuestas por este par de historiadores, se puede asegurar que la reflexión sobre el contenido de la historia referida al estudio de la actualidad ha alcanzado un grado elevado de sofisticación y, como se verá, en varios aspectos sus planteamientos se encuentran

30. Julio Aróstegui, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Madrid, Alianza, 2004, p. 12 y 27.

en proximidad con la concepción que sobre la historia del tiempo presente se desarrollará más adelante.

Como corolario de esta apretada síntesis sobre las similitudes y diferencias que encierra esta pluralidad de enfoques sobre la historia que, de manera directa o indirecta, procuran explicar el presente y la actualidad, me detendré brevemente en el término y en los orígenes institucionales de aquella corriente que ha entrado en la historiografía mundial contemporánea bajo el rótulo de *historia del tiempo presente*.

A diferencia de las propuestas anteriores, las cuales, en su mayoría, fueron el fruto de los intereses, las preferencias temáticas y las preocupaciones académicas e intelectuales de historiadores y científicos sociales individuales, la historia del tiempo presente nació como una empresa académica institucional, que porta además un indistinguible sello francés, aun cuando debe reconocerse que contemporáneamente se expresaba un interés similar por sentar bases para el estudio del presente en otros países europeos. Así, por ejemplo, en 1986 se creó el Institut of Contemporary British History en Londres[31] y pocos años antes se estableció el Institut für Zeitgeschichte, con sede en Múnich.[32] En ninguno de estos dos últimos casos, empero, las iniciativas institucionales alcanzaron la visibilidad y repercusión que cosecharon los primeros.

Quizá un elemento que ayuda a entender el débil desarrollo alcanzado por la historia del tiempo presente en este par de países, obedezca a circunstancias nacionales bien específicas y al lugar particular que le ha correspondido a la historia. Uno de estos factores guarda relación con el tipo de conciencia histórica que ha germinado en los tiempos modernos. En el caso británico se observa que la historia de este país ha carecido en épocas recientes de algún tipo de acontecimiento con una magnitud de impacto capaz de promover la emergencia de una conciencia de que a partir de ese momento se estaba ingresando en un registro de tiempo completamente nuevo.

31. Mireille Gaüzere, "Une histoire du temps présent en Grande-Bretagne", en *Vingtième Siècle*, vol. 18, núm. 1, 1988, pp. 131-132.

32. Miguel G. de Capellán, "Orígenes y significado de la Zeitgeschichte: concepto, institucionalización y fuente", en C. Navajas Zubeldía (dir.), *Actas del II Simposio de Historia Actual*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2000.

Incluso, situaciones trascendentales como el declive del imperio fue un proceso tan lento, que, aunque traumático, no tuvo la capacidad de engendrar una conciencia de que se estaba entrando en un período nuevo. Además, una breve revisión de la historiografía británica demuestra que ni siquiera un fenómeno tan vasto como la ilustración se tradujo en el desarrollo de un imaginario sobre la contemporaneidad como el inicio de un tiempo inédito.

Este tiempo nuevo, el famoso *Zeitgeist*, fue, por el contrario, un fenómeno bien acendrado en la Alemania decimonónica, que se expresó en un marcado interés y en una preocupación deliberada por entender la contemporaneidad, tal como ha quedado patentemente expresado en sus variados desarrollos historiográficos. Sin embargo, la convulsionada historia nacional durante la primera mitad del siglo XX se convirtió en un tipo de situación que inhibió subsiguientemente la posibilidad de mantener el desarrollo de historias referidas al presente, las cuales quedaron, por lo demás, encapsuladas dentro del problema nacionalsocialista. Una situación similar a la alemana tuvo lugar en Italia, país donde también hubo un marcada devoción por comprender la contemporaneidad decimonónica y de inicios del siglo XX, tendencia de la cual Benedetto Croce[33] fue uno de sus principales exponentes y divulgadores, pero que, en la segunda mitad del pasado siglo, quedó circunscrita al problema fascista.

La situación historiográfica de estos dos países demuestra que las traumáticas experiencias nacionales, pueden intervenir como factores inhibidores que durante largo tiempo aleja a los historiadores del estudio de la contemporaneidad y los lleva a que prefirieran sumergirse en las tranquilas aguas del pasado. Sólo cuando los historiadores y otros científicos sociales decidieron afrontar ese pasado,[34] el presente pudo volver a ocupar su sitial anterior.

33. Benedetto Croce, *Historia de Europa en el siglo XIX*, Barcelona, Ariel, 1996.

34. François Furet, *Fascismo y comunismo*, Madrid, Alianza, 1999; Ernst Nolte, *Después del comunismo: aportaciones a la interpretación de la historia del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1995; Luis Eduardo Bosemberg, Ralpf Leiteriz y Tatiana Louis, *Alemania en el siglo XX (historia, política y sociedad)*, Bogotá, Ediciones Uniandes, 2009; Giuseppe Mammarella, *L'Italia contemporanea (1943-1998)*, Boloña, Il Mulino, 2000.

En esta preocupación intelectual y académica francesa por una historia referida al tiempo presente, intervinieron varios elementos. Por una parte, esta predisposición se alimentó de una cierta tradición historiográfica que había mostrado una alta sensibilidad por comprender las coordenadas fundamentales del presente. Su primera expresión se produjo luego de la derrota militar nacional en 1870 a manos de los prusianos y como tendencia tal predisposición fue mantenida por la escuela de los Annales, en la medida en que uno de los rasgos distintivos de este enfoque presuponía que la historia se realiza en la intermediación entre el pasado y el presente.

Por otra parte, y de modo más circunstancial, la adopción del término de historia del tiempo presente se produjo como resultado de la necesidad de establecer un perfil particular que diferenciara esta naciente empresa de otros organismos e iniciativas que en aquel entonces se dedicaban al estudio de los acontecimientos contemporáneos, entre los cuales un lugar destacado le correspondía a la Segunda Guerra Mundial. Conveniente con lo anterior, el origen del Instituto de Historia del Tiempo Presente se remontó a 1978 cuando se creó dentro del Consejo Nacional de la Investigación Científica (CNRS),[35] un laboratorio que recibió tal denominación y que funcionó como relevo del Comité de Historia de la Segunda Guerra Mundial, disuelto finalmente en 1980.

En un comienzo, el encabezamiento con el cual se dio a conocer tal instituto no fue producto de ninguna reflexión académica, ni de un enunciado preciso, ni derivó en una manera especial por entender aquella historia que se quería practicar sobre la actualidad. Obedeció, en lo fundamental, a circunstancias institucionales, como fue la necesidad de procurar un claro distanciamiento con su directa antecesora, y también para guardar la debida distancia con otra institución que había sido creada de manera simultánea, la cual había recibido por nombre el de Institut d'histoire moderne et contémporaine. Con toda probabilidad, cuando sus fundadores se encontraban en la búsqueda de un nombre que distinguiera a este instituto de otros similares, se

35. Centre national de la recherche scientifique.

quiso hacer hincapié en el presente, debido a que en la tradición historiográfica francesa la contemporaneidad es entendida en un sentido extenso, con un origen que se remonta a 1789, y, por ello, era menester encontrar un título que tuviera una extensión temporal mucho más reducida.

La indicación de un contenido que hizo que esta historia se presentara como una iniciativa particular, se produjo bastante tiempo después. En la determinación de los lineamientos básicos de lo que tenía que ser la historia del tiempo presente, un papel importante le correspondió a su primer director François Bédarida.[36] A partir de junio de 1980 el Instituto de Historia del Tiempo Presente comenzó a publicar un boletín periódico que constituye un adecuado reflejo de los intereses y las preocupaciones intelectuales e investigativas de sus miembros.

No obstante esta indefinición de origen, el nuevo instituto tenía propósitos bien establecidos: el principal consistía en la ampliación del espectro de temas contemporáneos a ser objetos de la historia, más allá de los convencionales que se remitían a la guerra.[37] Valga recordar, sin embargo, que no se fue muy consecuente con este propósito y que, de hecho, este cordón umbilical nunca fue completamente roto: el tema de la contienda bélica y el referente mismo del conflicto siempre ha gozado de una alta preeminencia, tal como se concluye cuando se repasa el contenido de los boletines. Esta tensa equidistancia con la contienda bélica explica con seguridad que un objetivo subyacente del nuevo instituto consistía en tomar distancia frente a las versiones "oficiales" de los comités de la guerra e inducir, de este modo, a un deslizamiento de la valoración misma de este conflicto hacia los profesionales de la disciplina. Empero, se observa que la filiación con los temas relativos a la guerra se mantuvo hasta bien entrada la década de los años noventa, tal como ha quedado consignada patentemente en la principal publicación "oficial" dedicada

36. François Bédarida, *Histoire, critique et responsabilité*, Bruselas, Éditions Complexes, 2003.

37. Una rápida lectura en Internet de la página oficial del boletín muestra la diversidad temática de sus propuestas.

a esta actividad historiográfica, en la cual se argumentaba, incluso en una coyuntura posterior a la finalización de la Guerra Fría, que la Segunda Guerra Mundial constituía la "matriz" de la historia del tiempo presente.[38]

Esta vaguedad y esta indeterminación temática y temporal que, como se ve, se remonta a los orígenes mismos de la creación del instituto, produjo otra gran falencia: la imprecisión epistemológica y conceptual. Con el tiempo, esta deficiencia original no ha podido ser subsanada, debido a que los miembros del instituto se han preocupado más por las cuestiones de método que por las fundamentaciones de orden epistemológico.[39]

También valdría la pena señalar que otra ambigüedad de esta historia consiste en que siempre ha mantenido una relación complicada con la demanda social. Éste ha sido uno de los cuestionamientos que ha expuesto Gérard Noiriel, debido a cierta pretensión de verdad de la que se harían portadores los miembros del instituto. En concreto, Noiriel ha sostenido que la idea de que el historiador es un experto o un juez tiende a difundirse, y una parte de los historiadores del tiempo presente se ha confortado con esta imagen de juez supremo.[40]

En resumidas cuentas, el desarrollo de esta empresa intelectual ha producido una gran paradoja: es una corriente que ha acuñado un título muy sugestivo y su denominación deja gravitando en la atmósfera intelectual una propuesta historiográfica aparentemente muy interesante (la historia del tiempo presente), pero que, a la fecha, dispone de un contenido precario.

Como demostración de esta ligereza argumentativa, se puede tomar un ejemplo al azar: veamos la definición que de la historia del tiempo presente ha propuesto Henry Rousso, importante historiador que, durante varios años, ejerció la dirección del instituto. Sobre el particular, ha expresado: "La historia del tiempo presente concierne

38. Jean-Pierre Azéma, "La Seconde Guerre Mondiale matrice du temps présent", en Institut d'histoire du temps présent, *Écrire l'histoire du temps présent*, París, CNRS, 1993.

39. Véase, por ejemplo, Henry Rousso, "L'histoire du temps présent, vingt ans après", en *Bulletin de l'IHTP*, núm. 75.

40. Gérard Noiriel, *Les origines républicaines de Vichy*, París, Hachette, 1999, p. 10.

el pasado próximo, para el cual existen todavía actores vivos".[41] En cuanto explicación sólo se puede decir que representa un enunciado curioso por no decir que es bastante impreciso. Curioso porque relaciona esta historia no con un presente, sino con un pasado reciente; fenómeno, de hecho, bien distinto al primero. Uno no puede menos que preguntarse si no se presumía que esta era una historia referida al estudio del presente. La segunda parte de la definición es aún más vaga, porque, cuando se asegura que es una historia de la cual todavía existen personas vivas, deja a esta historia simplemente sin un objeto determinado, sin ninguna precisión sobre sus procedimientos, sin estatus, sin una temporalidad que le sea inherente y sin definición posible. ¿Por qué y para qué hablar de tiempo presente si los dos conceptos centrales (el presente y el tiempo) brillan por su ausencia?

Si la valoración en términos de contenido deja bastante que desear, es menester reconocer que mejor suerte corre esta propuesta histórica cuando se estima su eventual aporte e impacto en el desarrollo historiográfico francés e internacional. Cuando se observa el problema desde este ángulo, su trascendencia y repercusiones han sido bastante más evidentes. En los siguientes términos sintetiza este problema el historiador Patrick Garcia, cuando sostiene:

> La elección de esta designación marca [...] un desplazamiento del centro de gravedad de las investigaciones históricas de la búsqueda del origen, condición de la elaboración de una narración continuista, uno de cuyos objetivos consiste en naturalizar la nación, hacia la "actualidad" y la voluntad de hacer inteligible el presente [...] La integración de la categoría presente en el campo histórico que se expresa en la denominación del nuevo laboratorio no es simplemente incluir una secuencia temporal, hasta entonces menospreciada por los historiadores, sino que es también la afirmación de una nueva mirada de la operación histórica que llega a la madurez a finales de los años ochenta.[42]

41. Henry Rousso, *La hantisse du passé*, París, Textuel, p. 50.

42. Patrick Garcia, "Essor et enjeux de l'histoire du temps présent au CNRS", *La Revue pour l'histoire du CNRS*, núm. 9, noviembre de 2003, http:/histoirecnrs.revues.org/doxcument562.html.

Más allá de la pretensión que hayan querido asignarle sus principales mentores a esta empresa historiográfica y, no obstante las flaquezas epistemológicas, la historia del tiempo presente se ha constituido en una corriente académica e intelectual que ha trascendido las fronteras del hexágono. Con el pasar de los años, la preocupación por el presente dejó de comportar el sello francés original y, hoy por hoy, constituye una propuesta historiográfica que no es monopolio de ninguna escuela nacional en particular. Seguramente, tal como ha ocurrido en otros ámbitos, la globalización ha dejado sentir su impacto también en el campo de la historiografía, y ha propiciado la parcial desnacionalización de las escuelas nacionales, ha incrementado la interpenetración entre las academias de distintos países y ha contribuido para que el presente se convierta en una temática de fascinación global.[43]

Tratando de recapitular lo que se ha presentado en este apartado, se puede sostener que uno de los grandes problemas que han compartido todas estas corrientes es la insuficiente conceptualización de aquello que se entiende por la perspectiva a la cual dichos historiadores se adscriben, el vacío que reina sobre su contenido, la escasa claridad sobre el período al cual se alude, más allá del hecho de que sean historias que se puedan confeccionar a partir de testimonios directos. Como bien ha argumentado Julio Aróstegui, en clara alusión a la mayor parte de estas concepciones, "son raros los textos que se han adentrado en la discusión del problema mismo de la categorización del tiempo histórico u otros conceptos históricos importantes, como los de la 'modernidad', 'contemporaneidad' o 'posmodernidad', Renacimiento o Ilustración, por ejemplo".[44] Ante este vacío, en las páginas siguientes se tratará de responder a esta preocupación. Empero, como queda aún un gran trecho por recorrer hasta poder ofrecer los contornos de nuestra propuesta, me limitaré por el momento a indicar aquellos elementos que han sido señalados como peculiares de estas historias y que son distintos de los que quiero proponer.

43. Jaume Aurell, *La escritura de la memoria. De los positivismos a los posmodernismos*, Valencia, PUV, 2005.

44. Julio Aróstegui, óp. cit., p. 26.

La historia del tiempo presente, tal como la entiendo, comparte indudablemente muchos presupuestos con las perspectivas señaladas previamente. Se puede afirmar por el momento que es una historia abocada al estudio del ahora, se interesa por el tiempo compartido, por el fluir (*current*) de la vida tal como acontece en la actualidad; es, en el fondo, una propuesta de estudio histórico cuyo final se encuentra abierto y que trasciende la organización cronológica. Mantiene, sin embargo, importantes diferencias: centra su atención en la ubicación del presente en el tiempo; presupone una organización conceptual y metodológica en el estudio del presente que rompe con la secuencialidad de la cronología, y su contenido en parte se desprende del tipo de organización social que caracteriza a nuestra contemporaneidad. La historia del tiempo presente es aquella que se interesa por inscribir el presente en las profundidades y espesuras del tiempo histórico, y ello hace que sea una empresa muy distinta de la historia contemporánea, actual, inmediata, reciente, del presente a secas, o del ejercicio periodístico.

Para avanzar hacia una comprensión más profunda del sentido que entraña esta historia, se precisará a continuación qué se puede entender por cada uno de los términos que conforman el concepto: la historia, el tiempo y el presente.

LA HISTORIA, EL TIEMPO Y EL PRESENTE

Aunque la siguiente presentación pueda pecar de cierto esquematismo, se puede sostener que en la disciplina histórica conviven diferentes puntos de vista y distintas epistemologías. Para un primer grupo de especialistas, la razón de ser de este campo del saber consiste en la descripción de hechos en el pasado, presupuesto a partir del cual se desprende la tesis de que la disciplina sería una especie de crónica con la que se procura confeccionar una descripción bastante objetiva de los acontecimientos y de los hechos históricos. Otros ponen énfasis en que la historia representa, ante todo, una narración, cuya finalidad primordial consiste en la construcción de un relato lo más fiel posible de los hechos y de los acontecimientos del pasado. Ahora bien, como

una narración presupone una alta dosis de subjetividad, porque es un producto confeccionado por el autor, entonces, por definición, se colige que la labor del observador representa un componente intrínseco de cualquier historia. Los terceros afirman que la disciplina consiste básicamente en un recurso intelectual que busca producir explicaciones, de lo cual se desprende que su cometido básico consiste en la identificación de las causas que producen los distintos fenómenos en la historia y en el esclarecimiento de los factores que desencadenan el cambio social. Para el último grupo, la historia es principalmente una actividad comprensiva, de lo cual se colige que su principal objetivo consiste en procurar entender las ideas, acciones y ambientes que subyacen a aquellos individuos que vivían en el pasado (v. gr., mentalidad, filosofía, creencias).[45]

Esta convivencia y contraposición de distintas epistemologías constituye un rasgo propio de la disciplina aun cuando en este plano no difiera en absoluto de las restantes ciencias sociales o humanas. Empero, a diferencia de estas últimas, cuyas denominaciones usualmente encierran significados bastante precisos o campos relativamente bien acotados, el término *historia* se utiliza para designar tanto el enfoque como el objeto de estudio. De manera genérica se puede afirmar que la sociología consiste en el estudio de la sociedad o la antropología representa el estudio del hombre, la ciencia política analiza el problema del poder en sus distintas facetas, mientras que la historia se aplica, es decir, tiene como objetivo a la misma historia. Es una pretensión particular la de nuestra disciplina ya que constituye la aproximación de aquello que se desea comprender, que, además, representa el todo posible.

En efecto, hablar de historia no es fácil porque es un concepto que encierra un triple significado: por una parte, se refiere a un proceso, a una sucesión de hechos, situaciones y acontecimientos sociales en el tiempo. Por otra, constituye la narración, explicación o comprensión de situaciones ya ocurridas. Por último, es un campo del conocimiento

45. Margarita Limón Duque, “El fin de la historia en la enseñanza obligatoria”, en Pablo Sánchez León y Jesús Izquierdo Martín (eds.), *El fin de los historiadores, pensar históricamente en el siglo XXI*, Madrid, Siglo XXI, 2008, p. 91.

que se ha ido constituyendo para el estudio de las sociedades humanas en el tiempo. Es decir, la historia se refiere tanto a acontecimientos y situaciones ocurridos en el tiempo, como al estudio sobre las actividades realizadas por los individuos y los colectivos humanos. La particularidad que hace inconfundible a esta forma de conocimiento es que su naturaleza reposa en estas tres acepciones del término, todos ellas entrelazadas, porque el proceso subsiste y sólo cobra existencia en la historia conocimiento; la narración sería imposible sin el enfoque que organiza la trama y el objeto y tampoco podría generarse ningún conocimiento de esta naturaleza sin aquellas huellas e indicios que ha dejado la actividad de los hombres en el tiempo.

Es bien importante este sello distintivo que comporta la historia, porque, si llevamos la reflexión un poco más adelante, a partir de esta interrelación se pueden localizar algunos de sus elementos más íntimos. Al ser un proceso, una narración y una forma de conocimiento que se compenetran, la historia entraña, en su esencia misma, la puesta en escena de una interacción entre más de un registro espacio temporal: para existir requiere imperativamente del pasado y del presente, aun cuando no se debe desatender el futuro, cuya participación no puede ser tan "real", como figurativa. La temporalidad del primero en la historia queda representada en el mismo proceso, en la experiencia humana, en esa dilatada sucesión de hechos y acontecimientos en el tiempo. La del presente se produce a partir del momento y de las vicisitudes que entran en juego con la producción del conocimiento sobre ese respectivo proceso. Por último, la figuración del futuro cobra cuerpo en las expectativas que se depositan en el estudio de las sociedades humanas tanto pasadas como presentes.

Si bien la historia es básicamente un tipo de conocimiento que privilegia la dimensión temporal de las sociedades, los componentes espaciales ocupan un lugar no menor en tal puesta en escena. También estos últimos son elementos activos. La indisoluble interpenetración entre los dos primeros registros temporales (el presente y el pasado) se visualiza claramente en el hecho de que el presente de lugar de la producción es diferente del "presente-pasado del proceso" y la situación de lugar, desde la cual se enuncia es otra con respecto a la

espacialidad del fenómeno estudiado. Esta disociación en cuanto a las condiciones espacio-temporales ha conducido a más de un historiador a sugerir que sumergirse en el estudio del pasado es una actividad similar a visitar un país extranjero, dada la "otredad" que registra el ayer con respecto al hoy, y viceversa. Como bien señalara Immanuel Wallerstein, aunque reconozco que su apreciación suena a exceso de presentismo, "sólo se puede narrar el pasado como *es*, no como era. Ya que el rememorar el pasado es un acto social del presente hecho por hombres del presente y que afecta al sistema del presente [cursivas en el original]".[46]

La situación de lugar del futuro, por su parte, interviene como "horizonte de expectativa", al decir de Reinhart Koselleck, el cual, en distintos momentos de la historia, ha servido de poderoso sustento con el cual se han acometido valoraciones específicas, tanto sobre el pasado como del presente, y de la indisoluble interrelación entre ambos.

Lo anterior me lleva a concluir que por *historia* debe entenderse un tipo de conocimiento muy distinto de aquella concepción decimonónica, objetivista, positivista, que presumía que la disciplina era un saber científico que pronunciaba monólogos y que podía desestimar la condición de lugar desde la cual se observaba, porque pretendía reconstruir fehacientemente la realidad que estudiaba.

Por *historia*, en resumidas cuentas, se puede entender aquel campo del conocimiento que estudia lo social a través de la interacción entre disímiles registros espaciotemporales y que se forja en la permanente interpenetración entre el observador y lo observado. Es un conocimiento de tipo reflexivo puesto que el presente interviene de manera dinámica de dos maneras: como principio y como finalidad de la historia. Es origen en cuanto la temporalidad del observador interviene en la construcción, la valoración y la narración del pasado. La historia, de esta manera, representa una fuente inagotable de producción de conocimiento porque la multiplicidad de lecturas del pasado responde a la variabilidad de momentos presentes que realizan las

46. Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial 1. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, México, Siglo XXI, 1979, p. 15.

correspondientes interrogaciones. El presente también interviene en ocasiones como finalidad de sí misma en la medida en que se produce conocimiento histórico para esclarecer aquellas situaciones que explican y que interesan a la respectiva contemporaneidad y que, a su manera, conducen a la historización del presente.

Esta centralidad del presente debe entenderse en sus justos términos. Tal condición de tiempo constituye, desde luego, el principio y el final de toda historia, pero ello, no obstante, no es óbice para que produzca un ensanchamiento en el conocimiento del pasado. Para tal efecto, la disciplina ha construido varios dispositivos, como sus métodos, la historiografía, etcétera, que sirven para inhibir el relativismo que presupone la centralidad del presente y para construir un "acumulado" de conocimiento sobre el cual tienen que realizarse los nuevos cometidos históricos. En este punto se observa una diferencia que parece ser de fondo entre la historia y las demás ciencias sociales: estas últimas muchas veces desestiman y desconocen ese "acumulado"; los nuevos enfoques se realizan a su pesar, lo que conduce a que, a veces, se formulen tesis, muy lógicas y coherentes en sus presupuestos básicos, que, por carecer de ese sustrato, terminan siendo fáciles blancos del descrédito. La historia simplemente no puede existir al margen de este "acumulado"; sólo se puede llevar a cabo sobre la base de este historial que ella misma ha forjado, lo que significa que existe una importante ventana para que el pasado pueda expresar sus propias cadencias.

Esta interpretación abierta de la disciplina, en cuyo núcleo no se encuentra un objeto específico de estudio, sino que se representa en el entendimiento espaciotemporal de las sociedades, lleva también a reconocer que otra de sus características consiste en ser un conocimiento con facultades para integrar elementos provenientes de distintos saberes sociales dentro de una misma narración. Desde esta perspectiva, la historia, desde que abandonó su pretensión cientificista decimonónica, se ha constituido en una práctica transdisciplinaria de las ciencias sociales, situación que la convierte en un tipo de saber capaz de producir formas globales de conocimiento. La historia, en el fondo, debe ser entendida como una propuesta perspectivística,

puesto que su "acumulado" se forja en su trasegar y según los disímiles puntos de vista y epistemologías de los cuales los historiadores se hacen portadores. Como producto de esta variabilidad de representaciones construidas, nada es más distante de la realidad que la pretensión de que la historia consiste en erudición y que produce un reflejo fiel del pasado.[47]

Hasta el momento he propuesto algunas precisiones sobre el sentido que comporta el primero de los tres términos que conforman el tríptico de la historia del tiempo presente. A continuación, quiero compartir con el lector ciertas reflexiones sobre el segundo: el tiempo. Éste es un complicado problema y ha sido un tema ampliamente trabajado por todos los sistemas de pensamiento, aun cuando a la fecha no se disponga de ninguna concepción que haya podido brindar una concepción íntegra sobre su naturaleza.

La física, en sus versiones newtonianas y einstenianas, ha sido una de las ciencias que más se ha interesado en la elaboración de una concepción general del tiempo. Desde finales del siglo pasado los científicos han comenzado a desarrollar una concepción de tiempo como realidad física que, a diferencia de las cosmovisiones clásicas, reconoce que éste es una cualidad inherente a los fenómenos naturales. La filosofía no se ha quedado atrás. De Kant en adelante muchos filósofos se han interesado por este problema, tanto en cuanto a sus expresiones naturales como sociales. También la biología ha trabajado en el estudio de la organización temporal de los seres vivos, para lo cual ha institucionalizado una rama disciplinar de reciente data: la cronobiología. La psicología, por su parte, en varias de sus vertientes, incluido el psicoanálisis, acomete sus diagnósticos utilizando el tiempo como herramienta. La sociología tampoco ha querido quedar al margen del debate. Emile Durkheim[48] y Norbert Elias[49] demostraron de manera fehaciente que el tiempo es una producción social plural.

47. Gérard Noiriel, *Qu'est-ce que l'histoire contemporaine?*, París, Hachette, 1998, p. 9.

48. Emile Durkheim, *Les formes élémentaires de la vie religieuse*, París, PUF, 1991.

49. Norbert Elias, *Sobre el tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

En sí, se puede sostener con seguridad que las disimilitudes en cuanto a las velocidades, a las cadencias y las extensiones temporales de los fenómenos naturales y sociales, ayudan a explicar en alto grado las dificultades que se experimentan cuando se quiere formular una teoría general sobre el tiempo. George Gurvitch, hace ya un buen número de años, llamaba la atención sobre este complicado asunto, cuando recordaba que

> No solamente cada género de actividad humana se afirma en un tiempo particular (los tiempos de los mitos, de la religión, de la magia, de la actividad económica, del conocimiento, de la moral, del derecho, de la estética, de la educación no se encuentran en correspondencia en un mismo tipo de sociedad), también ocurre lo mismo con los tiempos a los que se refieren las diferentes ciencias e incluso las diversas ramas de tal o cual ciencia [...] El tiempo de la astronomía no es el de la física, el tiempo de la microfísica no corresponde al tiempo de la macrofísica, el de la mecánica al de la termodinámica, ni el tiempo de la química a ninguno de los anteriores; el tiempo de la geología es un tiempo bien distinto, el tiempo biológico y fisiológico es un tiempo más discontinuo que todos los que acabamos de enumerar; el tiempo de la psicología [...] es un tiempo muy particular, donde el presente, absorbiendo el pasado y el porvenir, se proyecta en ellos; igual el tiempo de la Historia haciendo el pasado presente y el presente pasado [...].[50]

En la confusión para entender su esencia intervienen elementos de su propia naturaleza, como lo veremos en seguida, pero también participa el hecho de que el dominio del tiempo se ha convertido en un verdadero campo de batalla. Desde tiempo atrás, los poderes políticos y religiosos han intentado ejercer un control sobre él, queriendo mostrar que su cadencia transcurre de modo natural, pero, en realidad, numerosos instrumentos, como el calendario, ciertas convenciones o prácticas han terminado siendo formas de control, tal

50. George Gurvitch, *Déterminismes sociaux et liberté humaine*, París, PUF, 1973, pp. 37-38.

como ha demostrado Jacques Le Goff en sus trabajos sobre el tiempo de las catedrales y de los mercaderes en la Edad Media.[51]

No obstante las dificultades que se experimentan cuando se quiere abordar este problema, se debe intentar develar algunos de sus componentes porque es un asunto neurálgico, de primer orden en toda propuesta, histórica u otra, de comprensión del presente contemporáneo. Reflexionar sobre la naturaleza del tiempo representa un inmenso desafío y una necesidad imperiosa. "Un desafío, porque —como ha escrito Marc Augé en referencia al mundo actual— cada cosa nos sugiere o nos quiere hacer creer que vivimos en un sistema que se coloca definitivamente fuera de la historia. Una necesidad, porque el tema del fin de la historia niega la esperanza a tantos excluidos del sistema global hoy existente y es portador de todas las violencias".[52]

En épocas más recientes se ha asistido a una verdadera profusión de trabajos sobre el tiempo. Además de los filósofos,[53] en el campo de las ciencias sociales, los sociólogos[54] y los antropólogos[55] han mostrado una evidente preocupación por abordar y tratar de resolver en sus respectivos campos este crucial asunto. Los historiadores han concentrado su atención de manera prioritaria en la significación simbólica que al tiempo le han conferido las distintas civilizaciones a lo largo del desarrollo humano,[56] pero insuficiente ha sido todavía la reflexión sobre la naturaleza y las expresiones del tiempo en la historia. Las excepciones siempre más citadas son los historiadores Fernand Braudel,[57] Reinhart

51. Jacques Le Goff, *Tiempo, trabajo y cultura en la Edad Media*, Madrid, Taurus, 1983.

52. Marc Augé, *Chie fine ha fatto il futuro? Dai nonluoghi al nontempo*, Milán, Elèuthera, 2009, p. 45.

53. Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.

54. Véase, Anthony Giddens, *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza, 1999.

55. Marc Augé, *Ficciones de fin de siglo*, Barcelona, Gedisa, 2001.

56. Véanse, por ejemplo, Jacques Le Goff, *El orden de la memoria*, Barcelona, Paidós, 1991; G. J., Whitrow, *El tiempo en la historia*, Barcelona, Crítica, 1990.

57. Fernand Braudel, *Historia y ciencias sociales*, Madrid, Alianza, 2002.

Koselleck,[58] Julio Aróstegui[59], Krzystof Pomian[60] y Pierre Nora.[61] Un elemento importante que conviene destacar de las reflexiones de este conjunto de historiadores es el deseo de convertirse en sus propios teóricos y abandonar así la tendencia tan acendrada en la disciplina de que la reflexión teórica sobre la historia se acometa desde presupuestos construidos por las otras ciencias sociales.

Es una verdad de Perogrullo afirmar que la columna vertebral de la historia está representada en el tiempo.[62] Tal correlación entre historia y tiempo se ha convertido en una "especie de derecho consuetudinario, aceptado tácitamente y nunca discutido, ni en la narración histórica ni en el pensamiento filosófico".[63] Quizá se asuma como tal por las dificultades que implica tratar de resolverlo. Como sostuviera Reinhart Koselleck, en la introducción al libro *Futuro pasado*, la pregunta sobre el tiempo histórico es una de las cuestiones más difíciles de responder, entre otras, porque las fuentes del pasado nos informan sobre "hechos y pensamientos, planes y resultados, pero no lo hacen de modo inmediato acerca del tiempo histórico".[64]

La idea de que "la historia es una ciencia del tiempo" es la tesis central que presenta Jacques Le Goff en su libro *Pensar la historia*.[65] Es evidente que sin una determinada concepción de tiempo sencillamente no puede haber historia, ni conciencia histórica y, menos aún, una producción intelectual de este tenor. Entre los historiadores occidentales ha sido generalmente muy preciada la tesis de que la conciencia histórica y sus derivaciones fue uno de los mayores aportes del Viejo

58. Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.

59. Julio Aróstegui, *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica, 2001.

60. Krzysztof Pomian, *L'ordre du temps*, París, Gallimard, 1984.

61. Pierre Nora, *Les lieux de la mémoire*, París, Gallimard, varios años.

62. Jean Leduc, *Les historiens et le temps. Conceptions, problématiques, écritures*, París, Seuil, 1999.

63. Karl Schlögel, *Leggere il tempo nello spazio. Saggi di storia e geopolitica*, Milán, Mondadori, 2009, p. 1.

64. Reinhart Koselleck, óp. cit., p. 13.

65. Jacques Le Goff, *Pensar la historia*, Madrid, Altaya, 1995.

Continente al mundo. Ello habría obedecido al cristianismo y al hecho de que su difusión lo habría nutrido de una particular concepción de tiempo. Sobre esta interrelación entre tiempo, cristianismo e historia, el medievalista francés George Duby, por ejemplo, fue enfático en señalar que "hay una manera cristiana de pensar qué es la historia. ¿La ciencia histórica no es acaso occidental? ¿Qué es la historia en China, en India, en el África negra? El islam tuvo admirables geógrafos, pero ¿dónde están sus historiadores?".[66]

Una tesis similar ha manejado George Iggers, historiador que, en un célebre libro sobre la historiografía del siglo XX, argumentaba que la ciencia histórica es una expresión del mundo occidental moderno, que las sociedades no occidentales la habrían adoptado solamente en el transcurso de su propia modernización y como resultado de los contactos y de la influencia ejercida por la expansión de Occidente.[67]

Hoy por hoy, en la medida en que se ha ido ampliando y consolidando el conocimiento que se tiene de las trayectorias históricas de las sociedades no europeas, este tipo de tesis ha ido perdiendo su anterior consistencia, debido a que se ha empezado a conocer otras formas de historización, las cuales antes recibían el calificativo bastante despectivo de etnohistorias, lo que de inmediato las ubicaba en un nivel anterior o inferior dentro de la pretendida trayectoria del desarrollo de una genuina conciencia histórica.

En rigor, otras sociedades también afrontaron su propio pasado con anterioridad al arribo de los occidentales y lo hacían a través de medios muy variados, contando con amplios recursos literarios. Estos géneros compartían con la historia de Occidente el hecho de ser narraciones que describían fenómenos históricos desde perspectivas temporalizas, hechos que demostrarían que estos colectivos también eran portadores de una determinada conciencia histórica.[68]

Sin entrar en mayores detalles, porque los términos del debate

66. George Duby y Guy Lardreau, *Dialogues*, París, Flammarion, 1980, pp. 138-139.

67. George Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales: una visión panorámica y crítica del debate internacional*, Barcelona, Idea Books, 1998, p. 23.

68. Velcheru Narayana Rao; David Shulman y Sanjay Subrahmanyam, *Textures du temps. Écrire l'histoire en Inde*, París, Seuil, 2004.

recién comienzan a plantearse, se puede sostener sin temor a mayores equívocos que un rasgo común a todas estas narraciones históricas es la relación estrecha con el tiempo, con la temporalidad de los fenómenos descritos, con la historicidad misma de la experiencia. Recientemente, el mismo George Iggers ha dado un importante paso en este sentido cuando en un texto se propuso analizar conjuntamente los desarrollos historiográficos occidentales con los del Oriente Medio y de Asia, procedimiento que le permitió demostrar la existencia de historias particulares de los pueblos de estas dos últimas regiones.[69] El debate enseña finalmente que nuevamente el tiempo y la conciencia de éste empieza a estar en el centro de grandes batallas intelectuales, de cuyo resultado seguramente saldrá una noción de tiempo distinta de la que hoy reconocemos.

Hace algunos años el filósofo e historiador italiano Giuseppe Galasso ofreció un buen diagnóstico de ciertas particularidades que comporta el tiempo histórico,[70] perspectiva que muestra las sutilezas que comporta su naturaleza. Según su argumentación, el tiempo histórico representa un asunto muy distinto al registro que nos ha habituado el reloj, puesto que es incomparable con aquella sucesión uniforme de idénticos intervalos temporales, medidos espacialmente a través de los puntos del cuadrante, que se encuentran ubicados a idéntica distancia los unos de los otros.

En rigor, se puede argumentar que el tiempo histórico carece de esa regularidad de intervalos y sucesiones, puesto que no es un registro que se organice a partir de una medida uniforme de espacio ni dispone de una cadencia con intervalos equivalentes; su naturaleza está contenida en la temporalidad de los procesos, situaciones y eventos que son producidos por la misma historia. Ahora bien, si la especificidad del tiempo histórico debe entenderse como un asunto distinto del régimen que prima en la naturaleza, ello no debe dar lugar al supuesto de que el tiempo histórico sea un fenómeno relativo

69. Georg G. Iggers y Edward Wang Q. (con la contribución de Supriya Murherjee), *A global history of modern historiography*, Edinburgh, Pearson Education Limited, 2008.

70. Giuseppe Galasso, *Nientr'altro che storia. Saggi di teoria e metodología della storia*, Boloña, Il Mulino, 2000.

y que se encuentre completamente disociado del físico. Aun cuando comporte elementos que lo particularicen, ritmos o cadencias que le son inherentes, su movimiento transcurre dentro del tiempo natural, "la flecha del tiempo", porque se desenvuelve dentro de un escenario donde prima la irreversibilidad.

Basándose en esta distinción con la cadencia que reviste el tiempo de la naturaleza, es que se puede sostener que el tiempo histórico no puede ser concebido como un registro único y genérico, puesto que su movimiento incluye múltiples indicaciones irregulares (externas e internas) de tiempo. Tal como ha demostrado Reinhart Koselleck, el tiempo histórico está conformado por una superposición de varios estratos temporales los cuales se construyen de acuerdo con una amplia gama de experiencias. El tiempo histórico es el "horizonte de su propia historización", y por ello no puede ser representado como una simple "flecha del tiempo", aun cuando se realice en la irreversibilidad de ella; más bien debe ser entendido como un régimen que incluye distintos planos y niveles y que se organiza como una extensión topológica en geometría variable.

El tiempo histórico, en resumidas cuentas, es una cualidad intrínseca de los fenómenos sociales, y de esta premisa se desprende su gran variabilidad en términos de ritmos, velocidades, densidades y extensiones. El tiempo en la historia consiste, en el fondo, en un entrelazamiento de diferentes dimensiones, estratos y dinámicas que entran en resonancia. Por último, valdría la pena comentar que el tiempo representa uno de los principales federadores de las ciencias sociales y, si hoy muchas disciplinas tienden hacia la transdisciplinariedad, ello obedece a que están trabajando sobre unas concepciones de tiempo y a que pretenden producir un conocimiento sobre la base de una determinada construcción de temporalidad.

A continuación, el análisis se desplazará hacia el último y el más complicado de los componentes de este tríptico: el presente. Etimológicamente su significado alude a un asunto bastante concreto. Indica presencia y se refiere al momento en que se desenvuelve una determinada acción. Cuando se quiere reflexionar sobre el presente, tres preguntas se vienen inmediatamente a la mente ¿cuál es el papel

del presente en la historia? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Cuáles son las fronteras temporales que gobierna? Sobre el primero de estos interrogantes ya se tuvo ocasión de hacer referencia, cuando se aludió al hecho de que la historia constituye un "diálogo" permanente entre distintos registros de tiempo, que es un saber perspectivístico y reflexivo, en el cual el presente actúa como principio y finalidad de toda producción histórica, sin desestimar la importancia del "acumulado".

Esta reflexividad es producto del carácter complejo que comportan todas las ciencias sociales, incluida la historia: por una parte, porque el conocimiento social registra un progreso y, por otra, porque con el correr del tiempo se incrementa la complejidad intrínseca del objeto de estudio. Esta reflexividad obedece, como demostrara Paul Ricouer,[71] al carácter mixto de la disciplina histórica, dado que comprende, de manera simultánea, la objetividad con la subjetividad, la explicación con la comprensión.

Concentrémonos más bien en la segunda pregunta: ¿cómo se entiende el presente en la historia? Para ello, podemos valernos de un esquema que sobre este asunto propuso hace unos años el historiador estadounidense Stephen Kern.[72] Según su calificada opinión, los historiadores que han reflexionado sobre la condición del presente pueden ser divididos en tres grupos. El primero ha asumido el presente en un doble sentido: por una parte, como una sucesión de eventos locales singulares y como una simultaneidad de múltiples acontecimientos cercanos y lejanos, por otra. Un buen ejemplo de esta concepción se encuentra en Timothy Garton Ash, para quien el presente es tanto una "fina línea, de apenas un milisegundo de longitud entre el pasado y el futuro" y constituye una condición temporal que se correlaciona con un pasado muy reciente y con los acontecimientos actuales.[73] También se podría adscribir a este grupo al primer director del Instituto de Historia del Tiempo Presente, François Bédarida, quien, en su momento, brindó una interpretación un poco más ligera del

71. *La memoria, la historia y el olvido*, óp. cit.

72. Stephen Kern, *Il tempo e lo spazio. La percezione del mondo tra Otto e Novecento*, Boloña, Il Mulino, 1005.

73. Garton Ash, *Historia del presente*, óp. cit., p. 16.

presente, pues sería un simple punto pasajero y fugitivo, ya que su principal peculiaridad consiste en desaparecer en el momento mismo en el que comienza a existir.[74]

Para el segundo grupo, la característica principal del presente radica en que representa una porción de tiempo entre el pasado y el futuro. Entre estos analistas se puede ubicar al historiador alemán Reinhart Koselleck, quien, en un comentado artículo, sugería distintas proposiciones sobre el presente, y recaba que una de las principales consiste en el entendimiento de este registro temporal como aquel punto de confluencia donde el futuro se convierte en pasado. Es decir, el centro de gravedad de esta concepción se localiza en el hecho de que el presente constituye "la intersección de tres dimensiones de tiempo, donde el presente está condenado a la desaparición". Sería, entonces, "un punto cero imaginario sobre un eje temporal imaginario".[75] Para estos autores, en síntesis, la particularidad del presente consiste en ser un espacio de tiempo abierto en sus extremos a elementos del pasado (el espacio de experiencia) y del futuro (el horizonte de expectativas).

El tercer grupo interpreta esta condición temporal como duración y, en ese sentido, es valorado fundamentalmente como un intervalo de tiempo de una extensión mayor que la instantaneidad,[76] el tiempo "durante" del que habla en su reciente ensayo Héctor Abad Faciolince.[77] Un ejemplo claro de estos últimos es el historiador francés Fernand Braudel, para quien, "la búsqueda histórica debe forzar la puerta del tiempo presente. Lo paradójico estriba en que, para eso, el mejor medio me parece una zambullida en lo que he denominado la *larga duración* histórica".[78]

Sobre el particular, conviene señalar que duración no constituye

74. François Bédarida, "Le temps présent et l'historiographie contemporaine", en *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, vol. 69, 2001, p. 156.

75. Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós, 2001, pp. 116 y 117.

76. Stephen Kern, óp. cit., p. 89.

77. Héctor Abad Faciolince, *Traiciones de la memoria*, Bogotá, Alfaguara, 2009.

78. Fernand Braudel, *Escritos sobre la historia*, Madrid, Alianza, 1987, p. 143 (cursiva en el original).

un trozo de cronología, sino que representa un ritmo de evolución. En este sentido, la dialéctica de las duraciones no es la simple superposición de estratos, sino la interacción de ritmos. En algunos trabajos que Fernand Braudel escribió durante su cautiverio en distintos campos de concentración alemanes durante la Segunda Guerra Mundial, expresó su intención de explicar el tiempo presente, pero para ello consideraba que se debía asumir una postura que fuera más allá de los hechos contingentes y de las mutaciones que experimentaba la vida diaria.[79]

Estos enunciados encierran algunos elementos importantes y puedo valerme de varios de estos presupuestos para construir el entendimiento que quiero ofrecer sobre el presente en cuanto categoría de la historia. De la tesis que avanzan los historiadores del primer grupo, quisiera rescatar la idea de que el presente constituye un registro temporal en el cual se despliegan los acontecimientos, cercanos y distantes. Me parece muy sugestiva esta tesis porque reconoce que el presente incluye la *concordancia*, la coetaneidad o la simultaneidad de acontecimientos desplegados en el espacio. Esta imagen resulta ser muy atractiva porque sugiere que el presente no sólo constituye un registro de tiempo, pues también consiste en una determinada *extensión espacial*. No me encuentro en capacidad de ofrecer una reflexión sobre la naturaleza del presente en contextos históricos distintos del actual, razón por la cual a continuación inferiré ciertas características que se corresponden directamente con aquel presente que nos ha tocado conocer.

En efecto, una primera cualidad del presente cuando es pensado en el contexto de la contemporaneidad actual consiste en que constituye un dilatado régimen temporal y representa, al mismo tiempo, un tipo de espacialidad donde coexisten y se sobreponen variados estratos de tiempo que convergen en la simultaneidad (la simultaneidad de lo no contemporáneo, como diría Koselleck). Por el hecho de entrañar esta dimensión de espacialidad, en el mundo actual el presente existe sólo en cuanto fenómeno singular, que subsume los variados presentes

79. Fernand Braudel, *Storia, misura del mondo*, Boloña, Il Mulino, 1997, p. 26.

nacionales, locales, regionales, etcétera, dentro de sí mismo.

Esta peculiaridad se expresa bajo dos modalidades interrelacionadas. Por una parte, constituye una cualidad irrepetible, porque, en comparación con presentes que ya se transfiguraron en pasados, en el actual, es variable la concurrencia de estratos espaciotemporales en su interior. Por otra, a diferencia de lo que ocurre con los otros regímenes de tiempo, y particularmente con el pasado, que sólo en la lejanía temporal puede ser entendido como un fenómeno singular, el presente contemporáneo no representa una convivencia de varios presentes singulares en un momento determinado. No, en realidad, constituye un fenómeno singular que se representa como un registro de tiempo mundial, o, mejor dicho global, el cual transforma, distorsiona y redirecciona la realización de los posibles proyectos históricos nacionales. Su fuerza y su sentido residen en su capacidad de "emitir señales", es decir, en vincular fenómenos entre sí y hacerlos entrar en resonancia. "Como presente mundial [global, H. F.] ofrece a las sociedades con historias singulares un presente común".[80]

Otra particularidad que se desprende de esta condición espacial del presente contemporáneo consiste en que invita a pensar la *sincronía* como una categoría histórica de primer orden. Este asunto también reviste una gran importancia porque ha sido habitual entre los historiadores privilegiar el enfoque diacrónico por sobre la sincronía, así como han tendido a destacar el tiempo por encima del espacio. Historizar la sincronía exige propender por un ensanchamiento de la mirada histórica y prestar la debida atención a otro tipo de regularidades posibles, a las conexiones[81] y a los cruces[82] entre historias singulares. La unión de estos dos elementos, es decir, la unicidad del presente y la inclusión de la sincronicidad histórica, constituye el fundamento que hace posible recurrir a procedimientos comparativos y cruzados y también es lo que permite sopesar las experiencias, acciones y situaciones de los distintos

80. Zaki Laïdi, *Le temps mondial*, Bruselas, Éditions Complexes, 1997.

81. Serge Gruzinski, *Les quatre parties du monde*, París, La Martinière, 2004.

82. Bénédicte Zimmermann, "Histoire croisée and the making of global history". http://www.iue.it/HEC/ResearchTeaching/20082009-Autumn/SS-reading-Zimmermann.pdf.

colectivos dentro de un mismo horizonte espaciotemporal.

El presente, por tanto, es un registro de tiempo que dispone de una densidad diacrónica y sincrónica, de manera simultánea. El entendimiento de este volumen constituye uno de los principales argumentos que lleva a sostener que el mundo contemporáneo está asistiendo al nacimiento de una heterogénea sociedad global, puesto que la sincronización en torno al horizonte compartido exalta la diacronía de las trayectorias particulares. Sobre tal punto se volverá más adelante, cuando se establezca la correlación que existe entre la historia del tiempo presente y los elementos que particularizan a las sociedades actuales.

De la segunda perspectiva que convoca a un buen número de especialistas, es decir, aquella concepción que sostiene que el presente representa un registro temporal abierto en los extremos a ciertos elementos del pasado y a otro tipo de conexiones que puedan establecerse con el futuro inmediato, se infiere que el presente comporta esencialmente una dimensión *diacrónica*, comprende una secuencia temporal, y que, por ende, los distintos registros temporales deben ser comprendidos en su propia cadencia. "Si todas las dimensiones de tiempo —ha escrito Reinhart Koselleck— están contenidas en un presente que se despliega, sin que podamos remitir a un presente concreto porque continuamente se escapa, entonces las tres dimensiones de tiempo tendrán que ser a su vez temporalizadas".[83] El presente, de esta manera, se encuentra abierto en los extremos: hacia el pasado, porque es resultado de "espacios de experiencia" y hacia el futuro, por la expectativa del porvenir, o "el horizonte de expectativa", al decir del mismo Koselleck.

Si estos registros temporales deben ser temporalizados, entonces, son asuntos variables en relación con el presente; se puede distinguir una pléyade de pasados y de futuros que orbitan en torno al punto fijo del presente. Este presupuesto lleva a sostener que, no obstante el presente hacia el cual propende la mayor parte de las sociedades actuales, la condición contemporánea sólo existe en conjunción

83. Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo,* óp. cit., p. 118.

con elementos del pasado y otros del futuro. Este vínculo con otros registros de tiempo conduce a la conclusión de que el presente no es sinónimo de actualidad, pues mientras esta última representa una coyuntura, en el sentido que usualmente la conciben los politólogos, economistas y comunicadores, en la cual prima la inmediatez, el tiempo corto y fugaz, el presente engloba una extensión diacrónica.

Es visualizando el problema desde el ángulo que sugiere este enfoque como se puede entender el hecho de que la categoría presente en relación con los otros componentes del tríptico, no sea un simple problema de sucesión que iría del pasado hacia el futuro, de lo cual se desprendería que el presente sería un simple intervalo transitorio. Es preferible la imagen que ofreciera en alguna ocasión Walter Benjamin cuando sostenía que el pasado es un régimen temporal que germina en conjunción con el presente; son simultáneos y no contiguos. Tal concepción de tiempo es bien distinta a las convencionales porque se encuentra distante de la concepción mecánica que ubica la causa en la anterioridad inmediata dentro de una cadena temporal, y es más hermenéutica, pues apunta a una interpretación de los acontecimientos para descubrir su sentido más intrínseco.

No puede haber ningún pasado sin un presente, y tampoco existe este último desprovisto de su anterioridad. Esta maleabilidad de los registros de tiempo significa que todos se encuentran en permanente construcción y reconstrucción y que, al igual que ocurre con el presente, también el futuro y el pasado se encuentran abiertos en sus extremos. El primero por la variabilidad de itinerarios posibles y por su gravitación en el presente, y el segundo porque siempre se encuentra sujeto a revisión, a reactualización, a reinterpretación.

Sobre el particular, conviene recordar un argumento que planteara Reinhart Koselleck y que levantó más de una polémica, sobre todo cuando se tiene en cuenta el pasado y el origen de este historiador: "Puede que la historia —a corto plazo— sea hecha por los vencedores, pero los avances en el conocimiento de la historia —a largo plazo— se deben a los vencidos",[84] porque mientras los vencedores tienden a

84. Ibídem, p. 83.

interpretar un éxito inmediato como una

> [...] teleología *ex post* de larga duración, la experiencia que se extrae de una derrota contiene un potencial de conocimiento que sobrevive a quien lo ocasiona, en particular cuando en razón de su propia historia el vencido está obligado a reescribir la historia general. De esta manera, se puede explicar un buen número de innovaciones en el campo (de elaboración metodológica reciente) de las interpretaciones históricas, en el origen de las cuales se encuentran derrotas personales como experiencias específicas a generaciones enteras.[85]

El entendimiento de los distintos registros de tiempo como regímenes abiertos no significa que se esté asumiendo una posición extrema de relativismo con fuerte sabor posmoderno. Más bien, lo que se quiere destacar es que dentro de este tríptico la relación de fuerza es desigual en favor del presente. Sobre el particular, se podría recordar nuevamente a Walter Benjamin cuando argumentaba que el presente interviene como atractor sobre los otros componentes temporales. Al igual que Copérnico, cuando argumentó que los planetas giran en torno al Sol, Benjamin sugirió alternar la correlación habitual entre los distintos registros de tiempo, ubicando al presente como punto fijo y al pasado entrando en constelación con él.[86] Del mismo parecer era Bernard Lepetit cuando sostenía que metafóricamente el presente constituye el centro de gravedad del tiempo histórico.[87]

En efecto, el presente interviene como punto fijo en torno al cual giran el pasado y el futuro, es un tiempo que constituye una estructura cultural en permanente construcción.[88] Su variabilidad obedece a cual sea considerada la percepción temporal predominante en la sociedad en un momento particular. La interpretación en términos de estructuración cultural ofrece importantes claves para la comprensión de las fronteras temporales del respectivo presente. Es una estructura cultural

85. Reinhart Koselleck, *L'expérience de l'histoire*, París, Gallimard, Seuil, 1997, p. 239.

86. Jean Chesneaux, "Le temps et l'Histoire ", *Genèse,* vol. 29, núm. 1, p. 128, 1997.

87. Bernard Lepetit, *Carnet de croquis. Sur la connaissance historique*, París, Albin Michel, 1999, p. 277.

88. Agnes Heller, *Teoría de la historia*, México, Fontamara, 1989.

distante del presente, pues no se encuentra en contraposición al pasado o al futuro. Además, se puede destacar que, debido a esta estrecha relación con los otros dos registros de tiempo, es que el presente como historia constituye un ámbito para la supervivencia de la memoria.

Finalmente, del tercer enfoque, que tiene, a nuestro modo de ver, la cualidad de ser una propuesta lo suficientemente abierta como para poder incorporar los elementos destacados de las otras dos concepciones, se puede subrayar la comprensión global del presente, debido a que se le entiende como *duración*, sustantivo, cuyo significado intrínseco alude a subsistir, permanecer, continuar siendo. El presente como duración designa un movimiento de transformación, constituye el ritmo de las cosas, representa un devenir, que arranca en un pasado presente, prosigue en un presente pasado, transita por el presente sin más, a secas, hasta que se sumerge en un futuro presente. Durante todo este transcurrir se van sintetizando elementos diacrónicos y sincrónicos.

> El concepto de devenir introduce —sostiene un sociólogo francés— un enriquecimiento y una apertura de la idea de pertenencia: el presente actual, tal como lo vivimos y lo sentimos, es siempre un punto de tensión entre un pasado memorizado, que moldea una historia (colectiva, personal) en torno a acontecimientos destacados que nos han marcado e instruido, y un futuro que, por cierto, no conocemos, pero que anticipamos, en el cual proyectamos perspectivas, dentro de las cuales siempre nos estamos orientando.[89]

A diferencia del concepto de tiempo que, en su acepción habitual, se descompone en intervalos simétricos y que por ese hecho no representa ninguna propiedad de las cosas, es un registro exterior a ellas, la duración es un atributo de la misma realidad social,[90] es el tiempo de las "cosas", es una cualidad que por su prolongación se conecta con el

89. Philippe Zarifian, *L'échelle du monde. Globalisation, altermondialisme, mondialité*, París, La Dispute/Snédit, 2004, p. 24.

90. Philippe Zarifian, *Temps et modernité. Le temps comme enjeu du monde moderne*, París, L'Harmattan, 2001, p. 95.

pasado y el futuro; la duración es, en pocas palabras, un régimen de tiempo que expresa con su cadencia la cualidad de los cambios sociales e indica el *devenir* de los fenómenos en sociedad. La duración es, en el fondo, la expresión connatural, intrínseca, del tiempo histórico.

A partir de esta noción que se ha desarrollado sobre el presente entendido como duración, se puede concluir que tal registro de tiempo es un régimen temporal abierto, que incluye elementos de diacronía y otros de sincronía, que no se ciñe a ninguna experiencia histórica en particular, que presupone la existencia de una multitud de estratos de tiempo que se corresponden con distintas formas de experiencias y con los ritmos diferenciados que se presentan en los fenómenos que se despliegan en los distintos ámbitos sociales. El presente ocupa un lugar gravitante en cuanto a los demás componentes del tiempo y constituye un régimen temporal que se realiza en la temporalidad y en la espacialidad, de manera simultánea. En razón de lo anterior, puede afirmarse de modo categórico que no hay idea más lejana de la realidad que suponer que el presente constituye un "delgado hilo" de tiempo condenado a desaparecer. Es, por el contrario, un dilatado y neurálgico régimen de tiempo.

A partir de estas consideraciones, el lector seguramente estará empezando a comprender aquello que se entiende en este trabajo por historia del tiempo presente. Tal digresión, empero, quedará reservada para un momento posterior y a continuación el análisis se concentrará en otra tarea, de la cual se infiere otro conjunto de elementos (algunas de las características fundamentales de las sociedades contemporáneas), que hacen que tal empresa intelectual termine siendo un procedimiento bastante particular en cuanto a la forma misma de producción de este tipo de conocimiento.

2

LA CONTEMPORANEIDAD Y SU RELACIÓN CON EL TIEMPO

La explicación que se acaba de ofrecer sobre el presente en términos de duración constituye un procedimiento muy adecuado para los objetivos que han sido trazados en este trabajo, ya que permite identificar ciertos componentes constitutivos de las sociedades contemporáneas y, de suyo, de varios de los elementos nucleares de aquello que debe entenderse por historia del tiempo presente.

Acometer la tarea de identificar esos atributos reviste la mayor importancia por tres motivos principales: por una parte, porque este procedimiento brinda de un solo golpe una radiografía panorámica de la contemporaneidad y, por otra, porque permite identificar que la organización social actual dispone de varias particularidades que obliga a entenderlas como constelaciones societales particulares, relativamente distintas de aquellas que se consideraban como habituales hasta hace sólo un puñado de décadas atrás. Por último, varios de estos elementos han intervenido fuertemente en el sentido de redimensionar el presente, otorgándole a este registro de tiempo una gravitación mayor que la que tuviera en épocas pasadas.

EL PRESENTE HISTÓRICO

El primer elemento que se quiere resaltar consiste en que, cuando se entiende el presente en términos de duración, se puede avanzar la tesis de que, en la actualidad, y quizá por primera vez en la historia humana, la población del planeta ha empezado a compartir un mismo horizonte espaciotemporal. Se sostiene que todos los colectivos

humanos están coincidiendo en un mismo horizonte temporal porque desde el último tercio del siglo XX el mundo se ha convertido en *una categoría histórica*, tesis retomada del analista brasileño Octavio Ianni, cuando sostenía que el globo ha dejado "de ser una figura astronómica para adquirir plenamente una significación histórica".[91]. Otro brasileño, el geógrafo Milton Santos, brindaba hace un tiempo una adecuada entrada para comprender la dimensión espacial de este mismo horizonte compartido cuando argumentaba que "el mundo, al expandir sus límites convencionales, se amplió y encogió, volviéndose un *lugar*".[92] Ambas extensiones, la espacial y la temporal, de esta incuestionable transformación han entrado a determinar, por su parte, la naturaleza y las fronteras cronológicas del presente histórico contemporáneo.

Para evitar posibles confusiones deseo recalcar de igual forma que en esta ocasión la referencia no es al presente como registro de tiempo, a un presente a secas, sino al hecho de que durante nuestra contemporaneidad ha comenzado a debutar una nueva "época" y que los albores de ella se representan en una contemporaneidad que he definido como el presente histórico.

La comprensión de que la población del planeta se encuentra ante una transformación de tan honda magnitud, de rebote, conduce de modo inevitable a un sensible cambio de aquello que habitualmente se entiende por historia e incluso se puede afirmar que están en vías de extinción y de renovación las maneras en las que se realiza su misma operación. Julio Aróstegui sobre el particular ha señalado que

> o que está cambiando es algo tan profundo como la producción misma de la historia. La historia es más planetaria por cuanto el acontecimiento y el cambio son transmitidos por la comunicación en tiempo real. La historia se va tejiendo en una trama que los sujetos viven al día, bajo la propia vista. En el tiempo venidero, la Historia, con seguridad,

91. Octavio Ianni, *Teorías de la globalización*, México, Siglo XXI, 1996, p. 3.

92. Citado en Renato Ortiz, *Mundialización: saberes y creencias*, Barcelona, Gedisa, 2005, p. 97.

no tendrá que ser necesariamente mediatizada por el *documento* [cursivas en el original].[93]

En trabajos anteriores se ha argumentado que el presente histórico está conformado por una composición de variadas situaciones sincrónicas y diacrónicas, combinación que incluye, por una parte, un buen número de situaciones pasadas, sobre las cuales todavía se puede reaccionar y que, por tanto, a su manera, siguen participando en la modelación del presente, y, por otra, que también participa un futuro, el cual interviene figurativamente como "aquella línea en el horizonte", como un futuro "presentizado", donde se realizan las esperanzas, los pronósticos y los anhelos.

Si lo anterior significa que el presente histórico constituye la manera en la que durante nuestra contemporaneidad se modula la duración, debe reconocerse igualmente que este período constituye asimismo una condición de espaciotemporal, que abraza todo elemento de significación mundial (sincronicidad), que puede ser local, global o la conjunción de ambas, o sea, *glocal*. Es un presente de mundo donde se despliegan los más variados itinerarios societales de todos los colectivos humanos.

El presente histórico representa el intervalo de tiempo en el que se desenvuelven las sociedades contemporáneas, y que, para comprender su naturaleza, se debe tener en cuenta que su figuración no es plana o geométrica, tal como es presentada de manera habitual en las ciencias sociales,[94] sino topológica, dado que su representación debe ser entendida como una composición conformada por variados relieves de disímiles extensiones espaciales y de desiguales protuberancias temporales, con distintas densidades diacrónicas y de destino.

Topológico, a diferencia de lo que sugiere una imagen geométrica, significa en este caso que el valor histórico de los eventos y de las dinámicas no viene dado por su mayor relieve o por su cercanía a un determinado centro, sino por la resonancia y el encadenamiento

93. Julio Aróstegui, *Historia vivida*, óp. cit., p. 59.

94. Carlo Galli, *Spazi politici. L'età moderna e l'età globale*, Boloña, Il Mulino, 2001.

que dichas situaciones son capaces de producir. Con la referencia a lo topológico se quiere expresar igualmente que el diferencial en términos de relieve indica la existencia de disímiles temporalidades dentro de este período, pero no en un sentido jerárquico, donde unas se encontrarían en una posición aventajada con respecto a otras, sino en cuanto disponen de una cobertura heterogénea dentro del horizonte espaciotemporal compartido.

Para evacuar de entrada posibles confusiones ulteriores, vale la pena anotar que la historia del tiempo presente y el presente histórico se refieren a cosas bastante distintas, aun cuando compartan en el fondo un mismo registro de tiempo. El primero es un procedimiento teórico y metodológico que se utiliza, como se verá más adelante, para darle inteligibilidad y profundidad a la condición de contemporaneidad que nos ha correspondido vivir. El segundo constituye aquel período que caracteriza nuestra contemporaneidad y, de suyo, representa el intervalo temporal donde puede practicarse la historia del tiempo presente.

Como todo período en el que es posible subdividir la historia, este presente comporta algún tipo de frontera temporal que le es inherente. Empero, a diferencia de otros períodos ya concluidos, cuyos linderos se mantienen inamovibles, el presente histórico dispone de una variabilidad de origen y, desde luego, no posee ninguna frontera de finalización, pues se sigue construyendo en el día a día de la actualidad más inmediata. Indudablemente, este presente histórico actual tendrá que llegar en algún momento a su correspondiente finalización. Ello aún no ha ocurrido y lo más que se puede hacer es conjeturar algunas suposiciones. Más adelante se realizará un breve recuento de los ciclos que han caracterizado este período y al finalizar se ofrecerá algunos indicios de cuándo y cómo puede producirse su terminación, así como el advenimiento de un nuevo presente histórico, cuyas coordenadas básicas aún están por escribirse.

Lo que sí se puede afirmar de modo bastante concluyente es que este período dispone de la acción de una zona fronteriza germinal, aun cuando, por su propia naturaleza, éste también sea un asunto variable y seguramente cambiante, en razón de las transformaciones que va experimentando de manera periódica la actualidad más inmediata.

Para entender la manera como se establece el nacimiento de esta frontera temporal inicial, se puede recurrir a una propuesta interpretativa sugerida por el historiador británico Geoffrey Barraclough,[95] cuando, en un legendario libro escrito en la década de los sesenta del siglo pasado, aseguraba que el presente (el cual denominaba como *historia contemporánea*) emerge cuando los procesos que caracterizan aquella coyuntura desde la cual se observa, o sea, la más inmediata, *asumen por primera vez una fisonomía más o menos clara*.

Esto significa que la densidad y la extensión temporal del período en cuestión se establecen, de entrada, a partir del discernimiento de aquellas dinámicas sustanciales que singularizan la coyuntura histórica en la que se encuentra situado el observador, es decir, el presente más actualizado constituye el principio de la explicación correspondiente. A continuación, deben rastrearse de manera retrospectiva las continuidades de estas dinámicas hasta llegar a su fuente original y, a partir de ahí, se tiene que reconstruir la proyección temporal de estos procesos regresando así a la respectiva coyuntura en la que se encuentra situado el observador.

Esta correlación entre la sustancia de lo inmediato, la retroproyección de los elementos singulares de éste, el desvelamiento de sus orígenes y del despliegue temporal de estos procesos, esta vez en su sentido cronológico, permite identificar las líneas de fuerza que caracterizan al respectivo período y, en particular, hace posible determinar los contornos fundamentales del presente histórico.

De tal sello distintivo que encierra la comprensión de este presente histórico contemporáneo, pueden derivarse tres elementos que son consustanciales a la historia del tiempo presente: el primero consiste en su entendimiento como duración, razón por la cual se sostuvo con anterioridad la idea de que ésta no puede ser equiparable a la historia actual, reciente o inmediata. El segundo elemento es que ésta es una historia que debe llevarse a cabo en un sentido distinto y más complejo que la secuencia a las que nos tiene habituado la cronología, porque es una perspectiva que se centra en la comprensión retrospectiva de la

95. Geoffrey Barraclough, *Guida alla storia contemporanea*, Bari, Laterza, 2005.

cadencia y los ritmos temporales propios de los fenómenos estudiados. La última inferencia que se puede extraer consiste en que la historia del tiempo presente, en la medida en que es un enfoque que se ubica en un plano muy distinto al de la secuencia cronológica, supone una inversión de la causalidad histórica, tal como en su momento Isabelle Stengers propusiera, cuando argumentaba que la causa no preexiste a sus efectos.[96] A su manera, sin que la identificación pueda ser plena, este procedimiento es cercano a aquella propuesta de arqueología sugerida por Michel Foucault, que no tomaba por modelo un esquema lógico de simultaneidades ni la sucesión lineal de acontecimientos, sino que se proponía mostrar los entrecruzamientos entre relaciones necesariamente sucesivas con otras que no lo eran.[97]

Si, como se ha sostenido, el elemento nodal que le da sentido al presente histórico es el tipo de sociedad en la que de modo inmediato se vive, entonces, debe reconocerse que éste es un período cuya fisonomía siempre será cambiante. Por eso, aquello que en un momento se definió como presente, después transmuta en pasado que se aleja prestamente de la condición de contemporaneidad. Puede presentarse también el siguiente escenario inverso: que situaciones del pasado, las cuales imaginábamos bien muertas en el museo de la historia, puedan reposicionarse en el presente, siempre que se dé el caso de que vuelvan a corresponderse con elementos o con dinámicas de la coyuntura del observador, siempre que ayuden a explicar y a describir la actualidad más inmediata.

Esto lleva a concluir que la profundidad en dirección de lo reciente no se encuentra predeterminada de antemano ni puede disponer siempre del mismo grosor o la misma extensión. La variabilidad de esta densidad se encuentra determinada por el tipo de dinámicas que sean distinguidas como germinales para la correspondiente inmediatez del observador, y por eso es que se ha afirmado que a la historia del tiempo presente no se le pueden establecer unas

96. Citado en François Dosse, *L'empire du sens. L'humanisation des sciences humaines*, París, La Découverte, 1997, p. 339.

97. Michel Foucault, *L'archéologie du savoir*, París, Gallimard, 1997, p. 219.

fronteras temporales fijas, como las del último medio siglo o las de vida de una generación.

Lo que acaba de ser señalado, es decir, la fisonomía cambiante del presente, no significa que su apariencia pueda ser reemplazada con una periodicidad recurrente ni que se puedan reconocer numerosos presentes históricos simultáneos. No, por supuesto que no. Por una parte, el presente histórico es singular, es decir, sólo existe en cuanto *presente del mundo*. Por otra, porque el presente histórico está caracterizado por un conjunto de procesos y éstos, obviamente, no transmutan en el día a día. Siempre se requerirá de un intervalo de tiempo más o menos largo, de un extendido período de transición, para que se cimente la modificación de los contornos de un determinado presente histórico, para que decanten los procesos que lo singularizan.

Un ejemplo adecuado de esto último puede observarse a través de un análisis de las circunstancias que caracterizaron el advenimiento del presente histórico contemporáneo. La coyuntura original que hoy se le reconoce no pudo ser comprendida en su momento, no era visible en la inmediatez, así como tampoco lo fue la Segunda Guerra Mundial a finales de la década de los cuarenta.[98]

Se requirió que sobrevinieran con posterioridad otra serie de acontecimientos, que se fortalecieran algunas tendencias, las cuales eran casi imperceptibles en su etapa original, y que se disiparan ciertos marcos que mantenían anclada esa coyuntura en un pasado, cuya extensión se prolongaba hasta la Segunda Guerra Mundial; todo esto tuvo que sobrevenir, para que en su momento se pudiera llegar a afirmar que el presente histórico disponía de tal o cual fisonomía. Una adecuada representación de esta imagen de la transitoriedad en el advenimiento del presente histórico que acaba de presentarse, puede ser indicada, en palabras de Johan Huizinga, cuando hablando del Renacimiento,

98. Agostino Giovagnoli sostiene que la plena aceptación de la Segunda Guerra Mundial como ruptura radical en la historia del siglo XX pertenece a un momento, identificable con los años sesenta y setenta, cuando se difundió una idea de la guerra que era diversa de aquella que había sido vivida directamente, convirtiéndola en una experiencia sólo parcial. Agostino Giovagnoli, óp. cit., p. 117.

acometía un ejercicio que guarda cierta similitud con el que aquí se está proponiendo:

> El Renacimiento es un cambio de marea y el paso del Medioevo a la edad moderna debe ser visto (¿de qué otra manera podría ser?) no como un gran despliegue, sino como una larga serie de ondas que vienen a posarse sobre la playa: cada una se posa a una distancia diversa y en un momento distinto. Las líneas de demarcación entre lo viejo y lo nuevo pasan por puntos siempre diversos [...].[99]

De esta manera, se puede concluir que la frontera germinal es y será siempre variable, pero, para que pueda ser considerada como etapa inicial de un presente histórico, el presente inmediato tendrá siempre que articular un reconocimiento de determinados procesos que lo vinculen con unos orígenes, es decir, tiene que poder atribuir elementos de significación a un conjunto de eventos o de situaciones previas en la promoción de ese determinado presente.

Debe señalarse de paso que el acompañamiento del presente con el adjetivo de histórico responde, además de lo anterior, a otra cualidad intrínseca de éste: la "singularidad" que comporta el presente histórico descansa en la comunión que se sella entre las especificidades de la inmediatez —desde la cual se observa— con la coyuntura germinal en la cual surgieron y se plasmaron por vez primera los problemas fundamentales de la contemporaneidad en cuestión.

Ello lleva a afirmar que, si la fisonomía del presente se descifra desde la inmediatez del observador, el contenido del período se encuentra determinado tanto por la actualidad más inmediata como por el pasado que ha catalizado y ha hecho posible el advenimiento del respectivo hoy. Ese ayer, por tanto, sobrevive como un *pasado presente* activo que interviene en la modelación del tiempo del observador. Por eso, el origen del presente histórico representa un pasado que se mantiene presente.

99. Jonathan Huizinga, *La mia vita e altri saggi*, Bari, Laterza, 1967, p. 265.

El presente histórico, por tanto, no alude a un lapso determinado, rígido y convencional de tiempo, como puede ser el de una generación o el último medio siglo, lo cual, quizá, haya podido ser válido cuando se querían precisar las fronteras cronológicas de la historia contemporánea, de la historia presente o de la inmediata, sino que se extiende por todo el intervalo que cubre un período desde el momento en que cobran forma aquellos problemas que son propios, inherentes y particulares de una determinada contemporaneidad con ella misma. Si el origen desempeña un papel destacado, el futuro también participa, aunque su contribución indudablemente sea figurativa. Es definida como figurativa o simbólica porque nunca podrá "hacerse realidad", nunca podrá intervenir como límite que marque la finalización del respectivo presente.[100] La participación del futuro se realiza únicamente como expectativa, como "lugar" de confrontación de fuerzas e ideas, como escenario hipotético del devenir posible, como *futuro presente*.

Varios procesos que caracterizan el presente histórico contemporáneo serán presentados en páginas posteriores de este mismo apartado. Por el momento, se ofrecerá simplemente una escueta biografía de este período con el fin de mostrar su plasticidad,[101] para que el lector no vaya a imaginar que el presente histórico representa un bloque rígido.

A diferencia de una opinión muy extendida entre los científicos sociales que consideran que el presente se remontaría a aquella trascendental coyuntura que se inició tras la Segunda Guerra Mundial, lo cual sin duda sería válido si nos encontráramos hoy en día, por ejemplo, en el fragor de la década de los setenta, y de numerosos politólogos y expertos en relaciones internacionales que han querido ver en la caída del Muro de Berlín el acontecimiento fundacional de la

100. Claro está que no han faltado estudiosos de la contemporaneidad que ya han comenzado a vaticinar cierta fecha de finalización. Entre éstos encontramos a Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*, México, Siglo XXI, 2005 y a Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Para comprender el siglo XXI*, España, El Viejo Topo, 2005. Obviamente, este tipo de elucubraciones no pueden ser tomadas en serio.

101. Un análisis más sistemático de esta concepción sobre el particular se puede encontrar en Hugo Fazio Vengoa, *El presente histórico. Una mirada panorámica (1968-2009)*, Bogotá, CESO-Ediciones Uniandes, 2009, capítulos segundo y tercero.

contemporaneidad, la opinión que hemos desarrollado se ubica en un registro muy distinto.

Tal como se ha sostenido en trabajos anteriores, se debe considerar que los inicios de este presente histórico se ubican precisamente en la mitad de esos dos grandes momentos, entre 1945 y 1989: en la trascendental coyuntura de finales de la década de los años sesenta, cuando sobrevinieron numerosos cambios económicos, sociales, políticos, culturales, ideológicos y simbólicos, que comenzaron a modificar en toda su extensión los atributos básicos con que funcionan las sociedades contemporáneas.

Podrá objetarse esta tesis con el argumento de que un joven de 20 o quizá 30 años no puede sentirse representado por el origen del presente que se acaba de sugerir. Es cierto, éste es un presente que lo antecede como pasado en cuanto a su experiencia individual. Ocurre que una objeción así está mal planteada, porque no se está hablando de presentes individuales o generacionales, sino de un presente histórico que sólo puede ser singular, porque es un *presente de mundo*. El joven en cuestión nació dentro de este presente y aún no le ha correspondido vivir un presente que haya transmutado en un pasado. No es el caso de quienes somos un poco mayores que vivencialmente tuvimos ocasión de experimentar un presente que se volvió pasado. Tal diferencia generacional plantea una interesante disyuntiva en cuanto a la condición histórica intergeneracional. No obstante estas discrepancias que engendran perspectivas diferenciadas, dado el valor posible asignado a lo histórico, ambas generaciones comparten en la actualidad un mismo presente histórico y un mismo horizonte espaciotemporal.

Sobre el particular, no está de más recordar al historiador Charles Meyer, para quien la discusión sobre las periodizaciones no se refiere tanto a la fecha o a los eventos en sí, como a la mutación social, cultural y política que a éstas subyacen.[102] Se debe considerar que el momento de ruptura se sitúa a finales de la década de los sesenta, porque fue en medio de esa coyuntura cuando se puso término a una

102. Charles S. Maier, "Secolo corto o época lunga? L'unità storica dell'età industriales e le trasformazioni della territorialità", en Claudio Pavone, *Novecento. I tempi della storia*, óp. cit, p. 33.

tendencia que venía caracterizando al planeta en su conjunto desde aproximadamente un siglo: el énfasis por determinar la territorialidad de los Estados, lo que implicaba activar el espacio nacional dentro de confines determinados y una obsesiva acción encaminada a demarcar fronteras de todo tipo, que podían ser nacionales, de clase, privadas, públicas, etcétera.

A finales de los sesenta empezó el ocaso de dicha tendencia, testimoniada por una pérdida de centralidad del Estado-nación y de la soberanía, y fue cuando se fortalecieron ciertas prácticas encaminadas en la dirección de intensificar la compresión espaciotemporal[103] y el despliegue de una globalización con altos niveles de intensidad. Desde ese momento fundacional del presente histórico, cuya iconografía se sitúa en el trascendental año de 1968, cuando sobrevinieron las revueltas juveniles, la Primavera de Praga, el momento más álgido en la Guerra de Vietnam y se alcanzó el punto de inflexión del orden de la Guerra Fría, entre otros tantos eventos no menores, han sobrevenido cuatro ciclos dentro de este dilatado período.

Cada una de estas etapas comporta elementos singulares, pero se sostiene que hacen parte de un mismo período, porque constituyen variaciones en la proyección de situaciones características de las fases anteriores. Ninguno de estos ciclos ha significado la refundación de un nuevo desarrollo histórico y ninguno ha podido crear un "después" que le sea consustancial. Todo parece indicar que tales ciclos cada vez se van acortando más y más. La reducción de estas fases es una clara demostración de que en este presente histórico los cambios son de tal magnitud y se desarrollan a una velocidad tal que se requiere de intervalos cada vez más pequeños para que puedan ser medidos. También parece estar indicando que en la coyuntura más actual quizá nos encontramos en el fragor de un espacio de transición entre dos presentes históricos, uno, el contemporáneo, que se aproxima a su fin, y otro que está comenzando a germinar. Al final de este parágrafo se harán unas consideraciones al respecto; por el momento, sin embargo,

103. David Harvey, *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998.

la mirada se concentrará en aquel período con sus respectivos ciclos, los cuales son posibles de documentar históricamente.

El primer ciclo cubrió dos décadas: de finales de los sesenta hasta finales de los ochenta, del 68 a su inversión numerológica, el 89, cuando sobrevino la revolución pacífica en la Europa centro-oriental y se asistió a la caída del Muro de Berlín. Si algo caracteriza a este ciclo, es una fuerte tendencia hacia la *mundialización* de muchas de sus tendencias que sincrónicamente incrementaron la compenetración material, política y simbólica entre las distintas naciones y que, por doquier, propició el advenimiento de una época de grandes cambios, todos los cuales se realizaban dentro de un mismo horizonte espaciotemporal.

Si esta mundialización no fue percibida como una tendencia novedosa en esos años, ello se debió a dos factores fundamentales: al peso referencial de que gozaba aquella macroespacialidad que recubría, organizaba y le daba sentido al globo, o sea, la Guerra Fría, y porque en esa coyuntura no era posible discernir la importancia de esta mundialización, que imponía nuevas medidas de tiempo y espacio, acordes con la idea implícita de que el mundo estaba empezando a convertirse en un punto de referencia. La incomprensión de lo que estaba ocurriendo fue el producto de que era muy difícil imaginarse que muchas tendencias subterráneas estuvieran trascendiendo el sacrosanto Estado-nación, que al igual que la Guerra Fría, eran pensadas como ambientes institucionales sempiternos.

El segundo ciclo se inauguró cuando se produjo el derrumbe del sistema socialista en la Europa central y oriental y perduró con pocos sobresaltos hasta un momento nada fácil de precisar, porque no ha existido un único acontecimiento que pueda simbolizar su terminación. Pero se puede afirmar que su final sobrevino en el intervalo en que se produjo la crisis financiera asiática de 1997, que puso en entredicho la subsunción de todo el complejo de los vínculos internacionales dentro de unas fórmulas y estilos de relaciones económicas mundiales, y la intervención militar de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en contra de Serbia, a causa del problema de la limpieza étnica en Kosovo. El primero de estos eventos sentó las bases para que se empezara a cuestionar el modelo económico

predominante que buscaba compactar todas las experiencias particulares dentro de un mismo esquema. El segundo, porque fue una acción político-militar que buscaba sentar las bases para la organización de un nuevo orden mundial.

La característica fundamental de este ciclo consistió en la sincronización de todas las tendencias transformadoras que venían desplegándose desde las dos décadas anteriores dentro de un gran movimiento envolvente. Esta compactación de heterogéneas tendencias como una gran corriente, ha llevado a definir esta segunda fase como *sincronizada* o como la puesta en escena de la sincronización del presente histórico. Sobre el particular conviene decir que los ciclos económicos, políticos o culturales rara vez coinciden, más aún cuando distintos eventos potencian su origen, despliegue o declive. La caída del Muro tuvo la cualidad insólita de poder conjugarlos a todos ellos. No fue extraño que en esas circunstancias se adquiriera conciencia de la importancia que estaba entrañando la globalización y el desmoronamiento de las viejas fronteras.

El tercer ciclo se inició a finales de la década de los noventa y, a diferencia de los anteriores, no dispuso de un acontecimiento que comprendiera o sintetizara su nacimiento. Se puede denominar este ciclo como una *colisión de múltiples temporalidades*, porque muchas de las tendencias que venían desplegándose desde los dos ciclos anteriores se proyectan todavía durante esta etapa, pero con grandes contrastes y arritmias.

Esta *colisión*, empero, no debe suponerse como un estadio de anormalidad en cuanto que, en condiciones como las prevalecientes desde aquel momento, cuando se incrementó la propagación de múltiples temporalidades de los itinerarios sociales que concurren en este escenario de globalidad, las crisis o las convulsiones planetarias no sólo dejan de reconocer un centro, sino que se instalan desde un inicio en todas partes, de donde siguen repartiendo sus influencias, de manera directa o indirecta, y, además, con distintas intensidades, por todas las latitudes. Es decir, a partir de esta coyuntura el presente histórico se convierte en un escenario distante de los equilibrios, y en dicho contexto la complejidad de las disímiles temporalidades se convierte en un registro más activo.

Finalmente, el cuarto ciclo puede ser definido como *resonancia de múltiples temporalidades*, cuyos orígenes pueden situarse hacia mediados de la primera década del siglo XXI. Dos son los rasgos distintivos de esta fase: la primera consiste en el desplazamiento del centro de gravedad de la política mundial en dirección del Asia-Pacífico. La segunda radica en que muchos elementos apuntan en la dirección de demostrar que ha comenzado a alcanzar la madurez una nueva generación de jóvenes que tiene como impronta el hecho de haber interiorizado la globalización.

Ésta sería la primera *generación global*, porque su existencia ha transcurrido bajo condiciones de intensificación de las dinámicas globalizantes; porque ha nacido y se ha formado dentro de una acentuada masificación de la comunicación instantánea (v. gr., la Internet); porque, por vivencia, más que por reflexividad, ha sido receptora de un discurso igualitario poscolonial, el cual ha promovido unos derechos ciudadanos en torno a la condición humana y al respeto por la diversidad; porque tiene una mayor conciencia ecológica, lo que le permite comprender mejor la unicidad del mundo; porque sus escasos años han transcurrido en un intervalo de tiempo en el que la distancia ha sido acortada por los medios de transporte y de comunicación; y, finalmente, porque se nutre de una expansión de las biografías individuales, muchas de las cuales comportan múltiples elementos de transnacionalidad.[104]

Tal como se concluyó en el libro dedicado a la exposición de las coordenadas fundamentales de este presente histórico contemporáneo, para que esta generación global pueda proyectar el mundo hacia el siglo XXI y operativizar un gran cambio, tendrá que pensarse como un conjunto de constelaciones sociales que trascienden las naciones, es decir, tendrá que concebirse en su globalidad y en su naturaleza cosmopolita, y tendrá ante sí el desafío de promover un nuevo contrato social que atempere la colisión, favoreciendo la resonancia de globalizaciones y cree un contexto que reubique nuevamente a las

104. Ulrich Beck y Elizabeth Beck-Gersheim, *Generación global*, Barcelona, Paidós, 2008.

distintas temporalidades dentro de un gran movimiento envolvente y sincronice el sentido, el poder y la direccionalidad, bajo una representación cosmopolitamente "glocalizada", que "comparta códigos de un mundo en común y no el sentido de un mundo común".[105] Sólo así el presente histórico actual podrá transformarse en un nuevo régimen de coexistencia global de temporalidades que *cohabiten en un nuevo presente histórico, señal de advenimiento de una nueva época y de ingreso pleno en el siglo XXI*. Entonces, las jóvenes generaciones alcanzarán a las mayores y también ellas dispondrán de la experiencia vivencial de un presente que se habrá transfigurado en pasado.

PRESENTE HISTÓRICO Y RÉGIMEN DE HISTORICIDAD

La disquisición sobre el contexto en el cual ha surgido la historia del tiempo presente, se quiso que fuera iniciada con una exposición sobre el presente histórico. Tal escogencia no fue fortuita, sino que obedeció a tres motivos fundamentales: por una parte, porque, en su representación esta expresión brinda una visión panorámica de ciertos rasgos básicos sobre el tipo de contemporaneidad que nos ha correspondido vivir. Por otra, porque es un contexto que determina las fronteras temporales en las que interviene la historia del tiempo presente. Por último, porque es una noción que ayuda a explicar y a entender otros caracteres fundamentales de este mismo período. En tal sentido, se puede asegurar que el presente histórico se ha forjado como consecuencia de una serie de factores, pero, al mismo tiempo, se ha convertido en un tipo de circunstancia que, por ser un contexto, quizá no ha creado nada nuevo, pero permite sin embargo, reconceptualizar y comprender de modo más sutil los otros componentes del momento histórico contemporáneo.

Así ha ocurrido, efectivamente, con el sentido y con la operatividad del concepto de 'régimen de historicidad'. Seguramente, nada o muy poco podría decirse de él y, tal vez, nunca pudiera llegar a entenderse de modo cabal, si no estuviéramos provistos de esta inmersión previa

105. Zaki Laïdi, *La grande perturbation,* París, La Découverte, 2004, p. 406.

en los recovecos del presente histórico. En contraste, cuando ya se han experimentado las expresiones básicas de sus coordenadas fundamentales, el régimen de historicidad se deja comprender con facilidad y se convierte en una perspectiva que permite penetrar en la comprensión de otras importantes facetas de esta contemporaneidad.

Es la conexión de esas dos coyunturas históricas, de las que ya se tuvo ocasión de referenciar en el apartado anterior (aquella germinal en los sesenta y la más actual del presente histórico), lo que permite comprender por qué nos encontramos ante un nuevo régimen de historicidad. Este modo de experimentación del tiempo, por su parte, no es un simple producto del anterior, pues, en los hechos, se ha convertido en una especie de pegante que mantiene estrechamente unidas esas dos coyunturas y le otorga una coherencia de período a todo el intervalo que recubren estas cuatro décadas.

Para entender tal asunto, es útil comenzar este análisis con una breve explicación del significado que comporta este concepto. El régimen de historicidad puede entenderse como la expresión de un orden dominante de tiempo de acuerdo con la estructura sociocultural preponderante en un momento en cuestión. El historiador François Hartog, quien ha trabajado prolíficamente sobre el tema y que puede ser considerado como el principal referente y el gran divulgador de tal interesante concepto, ha sugerido que este régimen debe entenderse como "los diferentes modos de articulación de las categorías del pasado, el presente y el futuro. Según se ponga el acento principal en el pasado, el futuro o el presente, el orden del tiempo será distinto". Señala el mismo estudioso que el régimen de historicidad no constituye una realidad totalmente realizada, ni tampoco él pretende convertirlo en un esquema teórico; a su modo de ver, constituye, principalmente, una importante herramienta heurística.[106]

De acuerdo con el mencionado historiador francés, en las circunstancias actuales, y de modo particular luego de que se produjo la caída del Muro de Berlín, habría tenido lugar un cambio de régimen de

106. François Hartog, "Tiempo(s) e historia(s): de la historia universal a la historia global", en *Revista Anthropos,* Barcelona, núm. 223, 2009, p. 145.

historicidad. Habría empezado a quedar atrás aquel régimen asociado con lo moderno y concomitantemente habría sobrevenido uno nuevo. Este último tendría por rasgo fundamental el hecho de constituir una nueva renegociación social del tiempo que apunta en la dirección de cimentar la condición presente, es decir, sería, de acuerdo con sus propios términos, un régimen de historicidad presentista,[107] debido a la mayor proclividad y, por consiguiente, al mayor espesor que las sociedades contemporáneas le asignan a este registro de tiempo por encima del pasado y el futuro.

Hablando metafóricamente, el régimen de historicidad recuerda a la distancia al antropólogo Claude Lévi-Strauss, cuando planteaba aquella distinción entre las sociedades frías y las calientes, diferencia que se presentaba en cuanto a la manera como los distintos colectivos se relacionaban con el tiempo y con la historia. Podría decirse que, hoy por hoy, pareciera como si todas las organizaciones sociales estuvieran representándose como sociedades frías, dado que el presente ha entrado a actuar como una totalidad diacrónica y sincrónica o un "presente permanente", para quien guste de la terminología sugerida por Eric Hobsbawm.[108] De acuerdo con la experiencia contemporánea, se puede sostener que el régimen contemporáneo de historicidad consiste en la emergencia de un esquema inédito de tiempo, en el cual predomina de manera durable la categoría presente: un porvenir cerrado, un futuro imprevisible, un presente omnipresente y un pasado incesante y compulsivamente visitado y revisitado.[109]

A esta argumentación, que fácilmente puede el estudioso del presente sentirse a gusto, pues, desde hace ya un buen número de años, se ha venido insistiendo en que la contemporaneidad que nos ha correspondido conocer ha dilatado la condición del presente, se le puede hacer un par de correcciones o enmendaduras para poder elevarla de la condición de noción heurística a concepto analítico y explicativo de esta misma contemporaneidad.

107. François Hartog, *Régimes d'historicité. Presentisme et expériences du temps*, París, Seuil, 2003.

108. Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1997, p. 13.

109. François Hartog, *Évidence de l'histoire*, París, Gallimard, 2005, p. 292.

Por una parte, además de esta proclividad por el presente, es adecuado agregarle el adjetivo *global*, es decir, considerar que el régimen de historicidad actual tiende a organizarse en torno al presente y que es global. La adición de este adjetivo obedece a que la actualidad encierra una amplia gama de elementos de sincronía y diacronía, con dilatados encadenamientos y resonancias de temporalidades y de espacialidades. Con el acoplamiento de este calificativo se quiere hacer énfasis en que este régimen de historicidad es plástico y elástico en su gravitación en torno al presente, en que no constituye un fenómeno genérico que se establezca sin más, de una vez por todas, ni que se perciba de manera idéntica en todos los confines del planeta, sino que es un tipo de configuración que "organiza" numerosas condiciones temporales, como pueden ser "la simultaneidad de lo no contemporáneo", las asimetrías entre las temporalidades, la *glocalización*, etcétera.

También se puede insistir con la inclusión de esta cualidad que la proclividad por este registro de tiempo responde a la importancia que están adquiriendo ciertas dinámicas sociales, y no constituye sencillamente una nueva manera de representar los asuntos sociales. El factor que más ha contribuido en la dirección de vigorizar esta presentización, consiste en la resonancia de experiencias que tiene lugar en la intensa actividad de situaciones que concurren en el tiempo y que, en numerosas ocasiones, se traslapan unas con otras. Como se comentó en el parágrafo anterior, un rasgo consustancial de este presente contemporáneo se ubica en la fuerza que comprende la sincronía, aquella importante condición espaciotemporal que atraviesa, redimensiona y traslapa los distintos itinerarios sociales. Alegóricamente, tal resonancia se puede visualizar en la imagen que proyecta la plaza de las Tres Culturas de Ciudad de México, donde en un mismo lugar el habitante se relaciona con tres temporalidades diferentes: las raíces indígenas, el período colonial y la modernidad clásica, todas ellas superpuestas entre sí.

Por otra parte, se debe ser muy cuidadoso y establecer una clara distinción entre la fuerza gravitacional que encierra el presente en la actualidad y el presentismo, porque, mientras el primero representa el proceso de presentización, o sea, es un registro de tiempo espacializado, el segundo personifica un discurso permeado por consideraciones

ideológicas, el cual es promovido en defensa de estrechos intereses, bajo un ropaje en apariencia totalmente desinteresado. Uno de los ejemplos más preclaros de esta ideologización en torno al presente, se encuentra en la famosa sentencia de Francis Fukuyama sobre “el fin de la historia”, aquel “espejismo de inmortalidad” que se nutría de la creencia de que con la derrota del comunismo se había alcanzado el estadio supremo en el desarrollo de la humanidad.[110]

Sobre el particular, conviene recordar las justas palabras del antropólogo Marc Augé, quien ha hecho una vehemente exposición de este asunto, cuando ha declarado que

> El problema es que hoy en el planeta reina una ideología del presente y de la evidencia que paraliza el esfuerzo de pensar el presente como historia, una ideología empeñada en volver obsoletas las enseñanzas del pasado, así como del deseo de imaginar un futuro. En uno o dos decenios el presente se ha vuelto hegemónico. A los ojos del común de los mortales, ya no deriva de la lenta maduración del pasado y tampoco deja trasparentar los lineamientos de futuros posibles, sino que se impone como un hecho cumplido, definitivo, cuyo improviso irrumpir ofusca el pasado y satura la imaginación del futuro.[111]

Para comprender la naturaleza de este régimen de historicidad es muy importante remitirse al momento fundacional del presente histórico contemporáneo, puesto que esa coyuntura germinal tiene que comportar un énfasis temporal análogo al actualmente imperante. Para ilustrar la nueva conciencia de tiempo que se fue gestando a finales de la década de los sesenta, valgámonos de un par de afirmaciones de dos estudiosos contemporáneos. El historiador mexicano Carlos Antonio Aguirre, quien ha puesto de relieve que esta nueva relación con el tiempo ocurrió durante esa coyuntura de finales los sesenta básicamente de la manera siguiente:

110. Jean-Noël Jeanneney, *L'histoire va-t-elle plus vite ? Variations sur un vertige*, París, Gallimard, 2001, p. 51.

111. Marc Augé, *Chie fine ha fatto il futuro?*, óp. cit., p. 88.

> Dado el enorme anhelo de cambio que se expresó en 1968, y dada la radicalidad de sus formas de manifestación [...] este movimiento significó una definitiva irrupción del presente y de su vigencia total, en el conjunto de las conciencias de quienes lo protagonizaron y que lo presenciaron de cerca. Y dado que en todos los casos, lo que los movimientos del 68 querían transformar era su propio presente, subvirtiendo la realidad alienada o falsificada o autoritaria en que vivían, entonces su despliegue desembocó, necesariamente, en el hecho de poner en el centro de la atención a la experiencia vivida inmediata [...]. Es a raíz de esta revolución cultural que el presente va a manifestarse con mucha más fuerza dentro de la historiografía, rompiendo con la rígida división entre pasado y presente.[112]

Frente a estos elementos de una experiencia social de lo inmediato, Agostino Giovagnoli ofrece otra perspectiva muy valiosa para poder penetrar en el mismo problema mediante un interesante contraste entre dos momentos históricos trascendentales en la historia de Occidente, como fueron la irrupción de la Ilustración a mediados del siglo XVIII y la desazón que vivía aquella generación de finales de los sesenta del siglo pasado que sentía que estaba privada de la posibilidad de futuro:

> El pasaje a la idea moderna de historia —escribe el mencionado historiador italiano— fue acelerado por el gran terremoto que destruyó Lisboa en 1755: para todos los intelectuales europeos, de Voltaire a Kant, aquel acontecimiento representó un fuerte empuje para pensar la historia como el progresivo dominio de la razón humana sobre las fuerzas oscuras de la naturaleza. A la generación de 1968 el problema pareció plantearse en los términos opuestos: las catástrofes, el enemigo y el mal podían provenir del interior más que del exterior, de la sociedad más que de la naturaleza. Toda la sociedad estaba sometida al dominio del terror, no a pesar, sino gracias al progreso, el cual traicionaba la antigua promesa de resolver gradualmente todos los problemas de la humanidad, amenazando, además, con crear otros más graves.[113]

112. Carlos Antonio Aguirre, óp. cit., pp. 112 y 113.
113. Agostino Giovagnoli, óp. cit., p. 60.

Esta comparación que ofrece Agostino Giovagnoli entre la coyuntura de finales de los años sesenta del siglo XX con la de mediados del siglo XVIII, es un procedimiento analítico que reviste la mayor importancia porque, si bien ha sido durante nuestro presente cuando se ha asistido de modo más vehemente a un redimensionamiento de la condición temporal del presente, se debe recordar igualmente que fue durante el siglo XVIII europeo cuando irrumpió el anhelo por entender la época contemporánea como algo inédito e incomparable con todo aquello que había ocurrido en tiempos previos.[114]

Sobre el particular, no está de más recordar que las revoluciones del siglo XVIII fueron percibidas por numerosos pensadores y políticos de la época como la manifestación más evidente de que se estaba asistiendo al nacimiento de una historia completamente nueva, que estaba debutando una nueva época, ya que estos acontecimientos estaban demostrando que eran los individuos, con sus acciones y con el empuje de la razón, y no el destino, la fortuna o la providencia, los verdaderos forjadores de la historia.

Fue de esta manera como en aquel entonces la interpretación de la historia dejó de estar catalizada por el pasado, por la tradición, aquella poderosa camisa de fuerza que se erigía como un serio obstáculo para la realización del presente y del futuro. Como ha señalado, el historiador argentino Elías Palti, en la presentación del libro *Estratos del tiempo* de Koselleck, "el concepto moderno de la historia nace, pues, de la combinación de las ideas del progreso de la Ilustración con el carácter construido de la misma, determinado por el acontecimiento revolucionario". Cuando se cumplieron estas condiciones, la historia devino un colectivo singular, se renovó como concepto reflexivo y la concepción de tiempo recabó en su irreversibilidad.[115]

En efecto, desde finales del siglo XVIII se impuso en Europa un nuevo entendimiento del tiempo a partir del vector del ideal del progreso, lo que representaba un fuerte reacomodo entre los

114. Reinhart Koselleck, *Historia/historia*, Madrid, Trotta, 2004.

115. Elías Palti, "Introducción", en Reinhart Koselleck, *Estratos del tiempo*, óp. cit., pp. 20 y 21.

distintos registros de éste. Con tal reajuste, el pasado perdió de manera definitiva la facultad de gobierno en favor de un futuro que se debía alcanzar bajo la égida de la razón. Este anhelo de realización de futuro representaba el nacimiento de un tiempo nuevo, una época contemporánea, el *Zeitgeschichte*, mientras el ideal del progreso proyectaba hacia el futuro la realización de lo moderno. Bajo estas coordenadas se impuso en aquella época un régimen de historicidad, diametralmente distinto del anterior, dado que su centro neurálgico se organizaba en torno al futuro, pilar a partir del cual surgirían muchas de las concepciones políticas modernas y se forjarían variadas corrientes artísticas y literarias.

Dicho régimen de historicidad predominó, no sin ciertos sobresaltos, como los que se presentaron durante y luego de la Primera Guerra Mundial, hasta finales de la década de los sesenta del siglo XX, momento en el cual sobrevino una coyuntura en la que se comenzó a expresar una evidente frustración y un gran malestar con el mentado ideal del progreso, en sus más variadas versiones, tanto de izquierda como de derecha. La toma de conciencia de la barbarie contenida en fenómenos como el holocausto, la irracionalidad de los campos de concentración nazis y soviéticos, el miedo que deparaba la bomba atómica y el consiguiente riesgo de desaparición de la vida humana en el planeta, que hipotecaba la mera posibilidad de futuro, el desencanto con la modernización, la nueva conciencia ecológica y su postura crítica frente a la destrucción del medio ambiente, la sobreacumulación de riesgos manufacturados, la escasez de respuesta frente a los apremiantes problemas económicos y sociales, etcétera, fueron algunos de los tantos factores que contribuyeron al desencadenamiento de la crisis de este ideal y a que se fueran socavando los distintos proyectos que se habían construido en torno a él.

Desde ese entonces a la fecha, la tendencia a la presentización se ha expresado de modo regular y se ha convertido en uno de los rasgos consustanciales que más singularizan nuestra contemporaneidad. El presente se ha convertido en un registro hegemónico que tiende a subsumir el pasado y a fastidiar cualquier posibilidad de imaginación sobre el futuro (la crisis de las utopías). No es gratuito que no

hayan faltado autores que han sugerido que una de las características fundamentales de la sociedad contemporánea está representada por la urgencia:

> La fortaleza de la urgencia en nuestra sociedad refleja esta sobrecarga del presente ante el cual expresamos nuestras expectativas y que nos conduce a exigir del presente lo que antes se esperaba del futuro. En todo el mundo, las sociedades políticas parecen estar confrontadas a los mismos problemas, a los mismos desafíos, incluso en la manera de enunciarlos. Se habla hoy de la crisis del Estado, de la privatización del sector público, de la transparencia de la administración, de la valorización del capital humano, sin hacer mención a temas más políticos como el tránsito al mercado o a la democracia. De aquí se desprende el sentimiento de vivir una temporalidad única.[116]

Como ya se ha tenido ocasión de señalar, esta impresión de vivir la urgencia obedece a que hasta hace unas décadas predominaba un tipo de modernidad, cuyo vector se organizaba en torno al ideal del progreso, "lugar de expectativa" de donde se acometían las más variadas referencias a situaciones pasadas para el manejo de un presente que se proyectaba como antesala del futuro anhelado. El marxismo constituyó a todas luces una de las composiciones más logradas de tal anhelo.

Además de un cierto discurso ideológico que, luego de la desaparición de su enemigo histórico, representado en el comunismo en la versión soviética, ha pretendido convertir al presente en una fuerza hegemónica para debilitar la búsqueda de alternativas al sistema actualmente imperante,[117] también los modernos medios de comunicación han actuado en el sentido de contribuir a consolidar esta nueva tendencia, dado que tienden a construir distintas imágenes del pasado y del presente, las cuales son descargadas con la misma intensidad, "el mismo ritmo, el mismo montaje, la de una puesta en escena de la

116. Zaki Laïdi, *Malaise dans la* mondialisation, París, Textuel, 1998, óp. cit., pp. 18-20.

117. Thomas Friedman, *La tierra es plana. Breve historia del mundo globalizado del siglo XXI,* Madrid, Ediciones Martínez Roca, 2006.

urgencia. La televisión, por lo menos tal como es concebida por las grandes cadenas, aplana o suprime la extranjeridad del pasado, dando la ilusión de que el pasado está vivo por el simple hecho de proyectar imágenes animadas que provienen de otra época".[118]

La urgencia también puede ser observada en la popularizada impresión, repetida a diario sobre todo por estos mismos medios, de que la contemporaneidad se caracterizaría por una vertiginosa aceleración del tiempo. Tal percepción se origina porque las actividades más exitosas son valoradas en términos de la velocidad con la que se producen, el arrebato con el que se inicien, la inmediatez con que se consigan sus resultados. Es tan fuerte esta sensación que incluso la duración se ha tornado insoportable debido a la lentitud de su cadencia. Con el ímpetu que se le asigna a esta aceleración se ha llegado a transformar incluso la producción misma de la historia.

No nos debemos dejar engañar, empero, con esta impresión puesto que muchas veces es más una sensación deliberadamente producida que una propiedad de las cosas. Primero, porque la aceleración del tiempo no es un atributo exclusivo de nuestra contemporaneidad. La misma impresión se tenía en la época de la Revolución francesa. Como ejemplo se puede citar a Robespierre, quien, ante la Convención en 1793, declaró con vehemencia: "El tiempo ha venido a plantear a cada uno su verdadera misión. El progreso de la razón humana ha preparado esta gran revolución y es a ustedes a quienes se les ha confiado la tarea particular de acelerar el curso".

Segundo, porque el vértigo no es un atributo inherente a todas las dinámicas sociales contemporáneas. Cuando se recaba en la idea de la aceleración, por lo general se tiene en mente un ritmo visible, que se presenta en la superficie de las sociedades, pero otras son las cadencias que transcurren a niveles más profundos. Si bien es muy evidente esta celeridad en determinados ámbitos, como los desarrollos tecnológicos, la cadencia sigue siendo otra cuando se visualizan las propuestas y los resultados a la solución del problema global de la pobreza en el planeta, cuando se espera la concertación de acciones para reducir el calenta-

118. Henry Rousso, *La hantisse du passé*, óp. cit., p., 35.

miento global, siendo también lento el fluir en el campo del crecimiento económico. Con la salvedad que representa China y un puñado de países "emergentes", que constituyen la excepción que confirman la regla, la media de crecimiento para la gran mayoría de naciones en el mundo ha sido mucho más lenta durante este presente histórico, que lo que fue en las dos décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial.

Tercero, si bien se reconoce que el presente tiende a ensancharse en el mundo y a subsumir los otros dos registros de tiempo, existen particularidades a veces muy sensibles entre unos y otros países. El no futuro se ha convertido en un rasgo consustancial de la experiencia actual de las naciones occidentales de ambas orillas del Atlántico, donde tiende a prevalecer una cultura del miedo, situación propiciada en alto grado por el hecho de que con la intensificada globalización el mundo se ha vuelto *más contemporáneo y menos occidental.* Distinta es la apropiación del presente en sociedades como China donde parece predominar una cultura de la esperanza, en razón de sus elevadas tasas de crecimiento, lo que ha conducido a que el presente se identifique e interactúe con una expectativa de futuro. Finalmente, en muchos países del Oriente Medio tiende a expresarse una cultura de la humillación, dada las enormes dificultades que experimentan varios pueblos en dichos Estados para adaptarse a las transformaciones en curso. En este caso, el presente se expresa ante todo como una pesada carga y se propende por una especie de preterización del presente, con el ánimo de recomponer viejos momentos gloriosos.[119]

Por último, debe comprenderse que la sensación de aceleración obedece también a un evidente cambio en la percepción de las medidas de tiempo y de espacio. Como sostiene Marc Augé, "la famosa aceleración de la historia no es otra cosa que la historia de los cambios de medida y de referencia [...]",[120] y ello ocurre porque el mundo se ha convertido en una categoría histórica y en un "lugar", lo que implica que tengan que ser modificados a fondo los habituales marcos de referencia.

119. Dominique Moïsi, *Geopolitica delle emozioni. Le culture della paura, dell'umiliazione e della speranza stanno cambiando il mondo*, Milán, Garzanti, 2009.

120. Marc Augé, *Chie fine ha fatto il futuro?*, p. 26.

La idea de la aceleración debe ser también puesta en duda desde otra perspectiva. Como ha sostenido el filósofo Marcel Gauchet, lo que en realidad ocurre es que la orientación histórica se impone más a las sociedades actuales, "somos cada vez más numerosos quienes nos conducimos como actores históricos, en productores deliberados de historicidad. Convendría hablar de la amplificación de la condición histórica",[121] dado el crecimiento exponencial de actores que participan de la historia, todo lo cual apunta en el sentido de una mayor presentización.

Además de los nuevos medios tecnológicos y de ciertos discursos, también el consumismo moderno se ha convertido en un importante factor que ha empujado a una renegociación social en cuanto al significado que se le asigna al tiempo y al presente.[122] El consumismo ha contribuido a intensificar la presentización al acentuar la tendencia de convertir al mercado liberalizado en el pilar de un tiempo mercantil, el cual, a partir de la velocidad de la rotación financiera, del consumo, de la producción, de los intercambios y de los beneficios, tiende a desvincular el presente del pasado, transforma todo en un ahora y retrotrae los anhelos futuros en la inmediatez. Así ha descrito este proceso el sociólogo Zygmunt Bauman, cuando sostiene:

> Existe una resonancia natural entre la carrera espectacular del "ahora", impulsada por la tecnología de compresión del tiempo, y la lógica de la economía orientada hacia el consumo. De acuerdo con esta última, la satisfacción del consumidor debe ser *instantánea*, dicho en un doble sentido. Es evidente que el bien consumido debe causar satisfacción inmediata, sin requerir la adquisición previa de destrezas ni de un trabajo preparatorio prolongado; pero la satisfacción debe terminar "en seguida", es decir, apenas pasa el tiempo necesario para el consumo. Y ese tiempo debe reducirse al mínimo indispensable.[123]

121. Marcel Gauchet, *La condition historique*, París, Gallimard, 2003, p. 407.

122. Zygmunt Bauman, *Vida de consumo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 51.

123. Zygmunt Bauman, *La globalización. Consecuencias* humanas, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 108.

En esta proclividad hacia el presente, la modernidad secularizada y el mercado como realidades metafóricas han desempeñado papeles de primer orden. La primera, porque ha facilitado la autonominación de ciertas prácticas y el segundo porque ha incidido en la desvinculación de estas experiencias de sus orígenes culturales, rompiendo el nudo gordiano que los anclaba en un pasado y los proyectaba hacia un porvenir. Tal como ha demostrado Olivier Roy en un interesante estudio reciente sobre las religiones, la secularización y la globalización han llevado a éstas a distanciarse de la cultura, a pensarse como entidades autónomas y a reestructurarse en unos espacios que, no siendo territoriales, no pueden ser objeto de la política. El mercado, por su parte, también se ha convertido en un vehículo para la reproducción de nuevas formas de religiosidad en cuanto vehiculiza creencias que ya no obedecen a marcadores culturales, sociales o políticos.

> La disociación entre mercados religiosos y culturales comporta no la desaparición de los unos en beneficio de los otros sino el hecho de que se separan y se recomponen de manera fluctuante y aleatoria. Esto permite establecer un mercado y componer un menú *a la carta*, donde se conectan elementos provenientes de contextos diferentes. Se trata de una tendencia al bricolaje y a la "mercantilización" [...].[124]

En la proclividad por la presentización también participa la pluralidad de formas territoriales y de lugar que han emergido en los últimos tiempos, esos "no lugares" de los que tanto ha hablado Marc Augé, esos territorios carentes de sentido, que no implican la reproducción de relaciones sociales específicas y durables, o sea, esos no lugares que, debido a su transitoriedad y a la ausencia de raigambre, se convierten en unas especies de *no tiempo.*

Como se puede observar, factores de diversa naturaleza concurren en esta mayor presentización y varios de ellos empujan en el sentido de

124. Olivier Roy, *La santa ignoranza. Religioni senza cultura*, Milán, Feltrinelli, 2009, p. 267.

sincronizar y compactar a los distintos colectivos humanos. Empero, al mismo tiempo, esta mayor extensión espaciotemporal que comporta el presente produce una situación bastante peculiar: por una parte, *ecualiza,* es decir, pone en un mismo registro a todas las sociedades (v. gr., todas comparten un mismo horizonte espaciotemporal), pero, por otra, en lugar de multiplicar los casos homogenizadores, en realidad, el presente interviene como una dinámica que potencia e incrementa la diferencia y la diversidad de experiencias y de tiempos. Es decir, la dilatación del presente forja un escenario en el cual la diacronía y la sincronía se amplifican y tienden a correlacionarse de manera barroca, con resultados divergentes en los distintos casos. El estudio de la contemporaneidad ilustra fehacientemente el entrelazamiento de variados ritmos que se sobreponen.

O, para decirlo en otros términos, bajo el impulso de estas dinámicas se ha ido ampliando la brecha que separa el hoy del ayer porque en el pasado, incluso el relativamente reciente, la distancia espaciotemporal servía para conservar la singularidad de las trayectorias históricas independientes, debido a la preeminencia de que gozaba la diacronía y a que las superposiciones e interrelaciones existentes eran escasas e irrisorias, porque, en el mejor de los casos, podían presentarse bajo la figura de la conexión y de la internacionalidad. Un país cualquiera podía disponer de inmensos campos de concentración en el más completo secreto, sin que nadie se enterara. Así ocurrió con la antigua Unión Soviética estalinista, para sólo citar un caso en concreto. Otros podían cometer los genocidios más atroces y sólo mucho después, cuando era prácticamente imposible que se pudiera reaccionar, tales situaciones pasaban a ser de conocimiento público.

En condiciones como las actuales, por el contrario, a medida que esos intervalos intersocietales se van comprimiendo, porque el mundo se ha convertido en una categoría histórica, comienzan a aparecer nuevas formas de compenetración y se originan unos patrones globales que develan la intimidad más secreta de las sociedades, se imponen determinados tipos de reajustes (prominencia de la sincronía), lo que implica que los distintos colectivos enfrenten la necesidad de tener que adaptarse a estos estándares globales basándose en su singularidad

(recomposición de la diacronía). En síntesis, uno de los principales rasgos que particularizan el mundo actual consiste precisamente en que la dilatación del presente ha derivado en una intensificación de ambos tipos de dinámicas, situación que engendra trayectorias inéditas, multiplica las resonancias y promueve síntesis completamente originales.

Por la importancia que ha adquirido este conjunto de circunstancias, es correcto argumentar que la historia, durante el presente actual, ha experimentado una sensible transmutación: de una historia universal, que se organizaba en torno a la experiencia europea, ha transmutado en la dirección de una historia global cada vez menos europea (u occidental) y, concomitantemente, más *contemporánea.* El desarrollo de esta contemporaneidad, que ya no es simple actualidad, pues ha derivado en un fenómeno histórico, torna, sin duda, más difícil la representación del presente actual, porque, al carecer de un centro que lo nuclee, pareciera que avanzara en el sentido de una progresiva desarticulación.

En realidad, éste no es el caso, porque la cartografía del presente no es geométrica sino topológica. Evidentemente, si se sigue apegado a un esquema plano y lineal, pareciera que el mundo se estuviera desmembrando. Pero no es la misma representación la que se produce cuando se la entiende como una expresión topológica, pues en un escenario tal todo fenómeno o toda situación, con total independencia de donde tengan lugar, si es en un país grande o pequeño, rico o pobre, "desarrollado" o no, es productor de sentido.

Esta reorientación que experimenta nuestra realidad más cercana implica, de suyo, la necesidad de realizar profundos cambios en la mirada a los asuntos sociales actuales. Como bien ha argumentado Bernard Thomann en su texto *Historia y globalización*,[125] el verdadero problema que plantean las ciencias humanas y sociales a una nación que desea convertirse en un participante del proceso de globalización, no es si es capaz de formar especialistas en ambientes culturales y en

125. Bernard Thomann, "History and globalization", http://www.laviedesidees.fr/History-and-Globalisation.html [consulta: 24 de enero de 2010].

historia global, sino en conocer las historiografías no occidentales, pues es ahí donde reside la capacidad de salir de los viejos esquemas eurocéntricos y aprehender mejor el mundo que se construye hoy, cuyo centro de gravedad tiende indudablemente a desplazarse. De modo más claro se ve este asunto en el siguiente pasaje de un libro de Agostino Giovagnoli, cuando escribe:

> La dilatación de los horizontes ha hecho que se pierda la centralidad del espacio europeo y la multiplicación de hechos entre sus contemporáneos ha debilitado la unicidad de la sucesión histórica. En este sentido, se puede decir que el carácter eurocéntrico de la historia no ha sido puesto en discusión como una crítica directa y explícita, de tipo moral, sino más bien, de modo indirecto e implícito, por los efectos en las percepciones del tiempo y del espacio productos de la emergencia de tantas realidades extraeuropeas [...] La conciencia de la simultaneidad entre eventos que se verifican en lugares incluso muy distantes ha contribuido largamente a difundir la sensación de vivir todos dentro de un mismo espacio: el espacio del mundo. Gradualmente, la distinción entre contemporaneidad cronológica y contemporaneidad histórica, basada en la centralidad de Europa en la historia de la civilización, aparece cada vez más impensable.[126]

En conclusión, la dilatación del presente, en parte incentivado por la misma ideología del presentismo, pero también promocionada por un liberalizado mercado, el consumismo, el diseño temporal que promueven los medios de comunicación, el desencanto frente al ideal del progreso y la contemporaneidad histórica en sustituto de la europeización de ésta, han sido factores que han contribuido a forjar un inédito escenario mundial, en el cual se ha vigorizado la expresividad de las situaciones diacrónicas y sincrónicas, circunstancia que le confiere un poderoso fundamento a la unicidad que reviste el presente histórico.

126. Giovagnoli, óp. cit., p. 13 y 47.

Esta nueva realidad no pasa desapercibida por la historia. Como ha señalado Christian Delacroix, la historia del tiempo presente deviene no sólo una consecuencia de la emergencia de una nueva cultura social del tiempo; es también la modalidad de conciencia histórica adaptada a esta nueva historicidad.[127] Si el régimen de historicidad apunta a consideraciones de tiempo, entonces la historia del tiempo presente representa un tipo de conocimiento histórico, constituye un nuevo *régimen historiográfico* que reconsidera la relación de la historia con el tiempo. "Si el futuro es la categoría preponderante, de ahí se desprende que se escriban gustosamente historias referidas por diversas formas de teologías. Inversamente, un régimen de historicidad en el que predomina la categoría del pasado es aquel en el cual prevalece el modelo de la historia *magistra vitae*. De ahí la cuestión: si hemos ingresado en un régimen 'presentista', ¿qué tipo de historia ya no se puede hacer y, al mismo tiempo, qué historia se puede hacer?".[128] Es a este interrogante y a esta preocupación a las que se ha querido responder con el desarrollo del concepto de 'historia del tiempo presente'.

EL PRESENTE COMO CONJUNCIÓN DE EXPERIENCIAS Y EXPECTATIVAS

En este apartado se ofrecerá una visión sintética de una tesis que se tuvo la ocasión de exponer en un trabajo anterior, cuando se quiso brindar una visión de conjunto sobre la naturaleza del presente histórico. En dicha oportunidad, la argumentación se iniciaba con una afirmación tajante de la jurista italiana Maria Rosaria Ferrarese, quien escribió que "el presente constituye la dimensión temporal propia de la globalización".[129]

127. Christian Delacroix, "Demande sociale et histoire du temps présent: une normalisation épistémologique?", en *EspaceTemps*, núm. 65-66, 2004.

128. François Hartog, "Sur la notion de régime d'historicité", en Christian Delacroix, François Dosse y Patrick García, *Historicités*, París, La Découverte, 2009, p. 142.

129. Maria Rosaria Ferrarese, *Il diritto al presente. Globalizazzione e tempo delle istituzioni*, Boloña, Il Mulino, 2002, p. 19.

Para entender el sentido que encierra esta interesante afirmación, es útil recurrir a dos conceptos metahistóricos, los cuales en su momento fueron introducidos en las ciencias sociales por Reinhart Koselleck, nociones que hoy es habitual encontrar en muchas de las digresiones e investigaciones que sobre las sociedades contemporáneas y pasadas acometen los científicos sociales. Estos dos conceptos son el "espacio de experiencia" y el "horizonte de expectativa".

La importancia que tales nociones han adquirido en el saber social contemporáneo, obedece a que tienen la virtud de permitir representar desde un punto de vista cualitativo las transformaciones que se experimentan en el tiempo y el espacio dentro de un mismo esquema explicativo. Por este particular talante, se puede sostener que tales términos histórico-antropológicos constituyen una de las propuestas más logradas para comprender la naturaleza del tiempo histórico en los distintos períodos del desarrollo humano.

Tales conceptos son nociones metahistóricas que comportan un grado de generalidad y de universalidad comparable a los de espacio y tiempo. Ahora bien, cuando uno y el otro son aislados, se malogran y se convierten en nociones descriptivas con poca capacidad explicativa. Pero, cuando se les reúne, cuando son pensadas en su imprescindible compenetración, entonces, pasan a indicar las condiciones de "posibilidad de la historia", permiten tematizar el tiempo histórico, debido a que ponen en interacción —simbiótica o dialécticamente— las experiencias, con el espacio y los distintos registros en los que puede ser descompuesto el tiempo.

De acuerdo con este pensador alemán, el espacio de experiencia se origina de prácticas pasadas y es un asunto ante todo de naturaleza espacial, en la medida en que se constituye como una totalidad en la cual se sobreponen enrevesadamente muchos estratos anteriores de tiempo. Es un concepto que entreteje el espacio con el tiempo y el pasado con el presente a partir de la multiplicidad de trayectorias que han sido experimentadas por los individuos o los colectivos. Dicho de otra manera, el espacio de experiencia representa *el pasado actual.* El horizonte de expectativa, por su parte, "es aquella línea tras la cual se abre en el futuro un nuevo espacio de experiencia" y, por ende,

es primordialmente una categoría de tiempo, es *un futuro actualizado*. O, para decirlo en otras palabras, "el horizonte de expectativa remite a un futuro que se convierte en presente, que se referencia "hacia el todavía-no", sin dejarse originar de modo unívoco "de la experiencia presente".[130]

Del contenido de estos conceptos se puede inferir que, si la expectativa futura se expresa en términos de un horizonte, entonces ella misma no es el simple resultado de experiencias ni tampoco puede ser asimilada a una utopía. Si fuera experiencia y utopía, en ese caso perdería gran parte de su capacidad explicativa porque se debilitarían los vasos comunicantes entre el presente y el futuro. Algo similar se puede colegir con respecto al pasado: al ser espacio de experiencia, entonces no constituye un proceso acabado ni culminado, sino que es "presencia" pasada en el presente. En síntesis, tales categorías son conceptos abiertos en los extremos, lo que permite comprender la gran variabilidad de interacciones y, de suyo, hace posible identificar los eventuales itinerarios.

De este modo, el presente se ha forjado y se modula a partir de su relación con el pasado a través del espacio de experiencia y se compenetra y afina con el futuro por intermediación del horizonte de expectativa. Algo similar ocurre con los otros dos registros de tiempo y sus ineluctables compenetraciones. A través del primero de estos conceptos, se ve que el pasado participa en la modelación del presente y en la previsión del futuro y que con el segundo el porvenir contribuye a articular el presente y, en ocasiones, participa dándole inteligibilidad al pasado.

De acuerdo con la conjunción de estas dos nociones, Reinhart Koselleck ofreció una sugestiva explicación de la naturaleza de la condición moderna, sobre todo muy apropiada para entender lo que fue su vertiente clásica o europea occidental, cuando sostenía que en la "época moderna va aumentando progresivamente la diferencia entre experiencia y expectativa, o, más exactamente, que sólo

130. François Dosse, "Reinhart Koselleck: entre semántica histórica y hermenéutica crítica", en *Revista Anthropos*, Barcelona, núm. 223, 2009, p. 134.

se puede concebir la modernidad como un tiempo nuevo desde que las expectativas se han ido alejando cada vez más de las experiencias hechas”.[131]

El entrelazamiento constante e históricamente plural entre *experiencias* y *expectativas,* constituye el determinante básico que explica la naturaleza del tiempo en las experiencias humanas. Cuando el tiempo de la sociedad es entendido desde este ángulo, éste se convierte en un tipo de registro que se encuentra distante de cualquier cronología, ya que no puede ajustarse a ningún criterio de linealidad, repetición o evolución, debido a que su cadencia se construye a partir de la comunión de la respectiva *experiencia* vivida con la eventualidad de la presentización de la expectativa.

Visto desde este ángulo, el tiempo no sólo deja de ser una simple cronología, incluso se le puede concebir como un régimen más complejo que lo que de manera habitual se entiende etimológicamente por duración, porque, mientras este último representa ritmos de tiempo, el anterior simboliza tipos de experiencia. Téngase en cuenta que esta última, es decir, la experiencia, no constituye un tipo de práctica uniforme ni genérica y tampoco puede ser imaginada como una cuestión singularizada. Por el contrario, una misma experiencia acumula una gama de situaciones, motivo por el cual pueden ser múltiples las expresiones espaciotemporales que se incluyen dentro de una experiencia. El tiempo histórico, de esta manera, engloba una amplia variedad de registros de tiempo, o de “estratos” temporales, para seguir con el lenguaje empleado por el pensador alemán.

Tomando como contexto los lineamientos generales de esta perspectiva, es en la conjunción de estas dos categorías donde adquiere vida el presente, porque en cuanto registro de tiempo constituye la intersección donde convergen los espacios de experiencia y los horizontes de expectativas. Debe recordarse, sin embargo, que tales conceptos tematizan el tiempo histórico, pero comportan igualmente una clara connotación de espacialidad. Es decir, la centralidad acordada al tiempo en

131. Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, óp. cit., pp. 339, 340 y 343.

la historia y en muchas concepciones desarrolladas por las ciencias sociales, no debe llevar a oscurecer o a minusvalorar la dimensión espacial contenida en estos megaconceptos. De hecho, la historia también se despliega en el espacio, porque todas las experiencias se desarrollan en un lugar y este escenario es un adecuado sistema de referencia para retratar una época en toda su complejidad. "El lugar salvaguarda el nexo y exige hasta la reproducción conceptual de la contigüidad, de la sincronía de lo asincrónico. La referencia al lugar comprende siempre una cerrada defensa de la *histoire totale*".[132]

Ahora bien, la relación que mantiene el primero de estos megaconceptos con el presente, obedece a que el espacio de experiencia incluye numerosos pasados e incluso ciertos presentes recientes de acuerdo con heterogéneas experiencias y con disímiles trayectorias, mientras que el segundo constituye un tipo de futuro (que no emana propiamente tal de la experiencia presente o pasada), pero que, en cuanto perspectiva, se manifiesta como una poderosa fuerza actuante que "direcciona" el presente.

Por su parte, la dimensión espacial, sobre la que se acaba de llamar la atención, es decir, esa suerte de experiencia de espacio, mantiene también un vínculo indisoluble con el presente porque sólo a partir de esta espacialización del tiempo se pueden capturar las distintas síntesis de dinámicas diacrónicas (históricas) con proyecciones sincrónicas (simultaneidades u horizontalidades espaciales). Esta dimensión espacial, en pocas palabras, le otorga dos elementos de sustancialidad al presente: por una parte, le suministra ese relieve, ese carácter topológico que comprende el presente histórico y, por otra, remite a una dimensión mundializada que resume la amplia gama de itinerarios societales existentes.

En torno a este último punto, se puede destacar una sutil diferencia entre tal enfoque y el de Koselleck, en la medida en que este pensador había imaginado que en la contemporaneidad "la etapa de la historia total" estaba dando lugar a "un nuevo espacio común

132. Karl Schlögel, óp. cit., p. 2.

de experiencia".[133] Es cierto que ciertas prácticas globalizan y, en ese sentido, ecualizan las distintas experiencias, pero esto no significa que el espacio de experiencia sea común. Eso pudo existir cuando Koselleck escribió este ensayo, a mediados de los setenta del siglo pasado, porque la Guerra Fría representaba un espacio común de experiencia, en cuanto era una estructuración mundializada que se extendía hasta los más distantes confines del planeta. Sin embargo, los desarrollos ulteriores muestran que lo que en realidad ocurre es que conforme a la ecualización globalizadora múltiples espacios de experiencia se traslapan, entran en resonancia y se retroalimentan.

Esto nos lleva a colegir que, si, como sostiene la analista italiana, la condición presente constituye un asunto particular en el contexto de nuestra contemporaneidad, ello significa que tal registro de tiempo se encuentra fusionando de una manera especial los contenidos de una amplia gama de espacios y horizontes. Visto desde este ángulo, la profundidad del presente en nuestra contemporaneidad obedece a que se ha perturbado la brecha que se había abierto entre la primera y la segunda (tal como habría acontecido durante la modernidad clásica), debido a que en la planetización de un contexto como el actual el "espacio" y el "horizonte" pierden su condición singular, pues en realidad entra en concurrencia un número mucho mayor de disímiles experiencias (ampliación de las fronteras en el mundo), siendo cada una ellas portadora de unos estratos temporales específicos que comportan alcances diferenciados. Este sinnúmero de experiencias, que coinciden en la construcción del "sentido" que comporta esta historia *más contemporánea* que diacrónica y que ha transmutado en una representación global, participa con un igualmente amplio volumen de expectativas, de las cuales son portadores los variados actores actuantes.

En nuestro presente histórico, al igual que en todo momento de la historia, la balanza entre espacios y horizontes no se encuentra en una situación de equilibrio; en realidad, se encuentra desnivelada, tal como siempre lo ha sido. En esta declinación intervienen dos tipos de

133. Reinhart Koselleck, *Historia/historia*, óp. cit., p. 153.

factores: por una parte, el mayor peso que registran las expectativas, pero no en el sentido que revestía este proceso durante la modernidad clásica, período durante el cual las sociedades dejaban de aferrarse a las tradiciones y a las experiencias para asumir el ideal del progreso (el futuro) como finalidad y como catalizador del tiempo. En nuestro presente, las expectativas intervienen más bien como "riesgos" y es de esa manera que se convierten en unos futuros presentes, en unas expectativas que se materializan o que deben ser tenidas en cuenta en el desarrollo de la inmediatez. Por otra, en la desnivelación de la balanza participa la dimensión espacial que acabo de resaltar, la cual se interpone en el binomio entre las experiencias y las expectativas y aporta la acentuación de las prácticas sincrónicas que "distorsionan", "redireccionan" y transforman el desarrollo "natural" de los espacios y los horizontes singulares.

En otras palabras, se puede sostener que tal dilatación del presente confirma el giro que está experimentado la modernidad, dado que su estructuración se plasma en la confluencia y en los encadenamientos que se producen entre una amplia variedad de experiencias diacrónicas con una pléyade de horizontes presentizados y con numerosas dinámicas que operan de manera sincrónica. Se puede sostener que, en condiciones como las actuales, la modernidad comienza a adquirir una fisonomía distinta porque como se diversifican los espacios de experiencias (diacrónicos y sincrónicos) que participan en la determinación del *sentido* de la historia, se multiplica el número de trayectorias posibles conforme a los itinerarios históricos diferenciados.

LA MODERNIDAD MUNDO Y EL PRESENTE

Antes de pasar a discutir un asunto de naturaleza más historiográfica, conviene detenerse brevemente en la precisión de un último componente, quizá el más importante, que ha entrado a participar en la caracterización de las coordenadas básicas de este presente histórico contemporáneo. Varias investigaciones desarrolladas en años anteriores sirvieron para confirmar la tesis de que durante este período que nos ha correspondido vivir ha tenido lugar una transformación muy profunda.

La intensidad de tal transformación puede ser valorada en dos sentidos: por una parte, porque constituye uno de esos fenómenos difíciles de observar cuando el analista se encuentra en proximidad temporal del evento. Por otra, es un cambio profundo porque es un tipo de situación que está propiciando el advenimiento de una nueva época.

La transformación a la que se está aludiendo consiste en algo tan grande como es el hecho de que durante este presente histórico la modernidad clásica ha cesado en su primado y se ha trocado en una constelación nueva, ha derivado en un nuevo *régimen de modernidad,* el cual ha sido definido por algunos especialistas como una modernidad global,[134] pero, que también puede ser designada, siguiendo la argumentación desarrollada por el sociólogo y antropólogo brasileño Renato Ortiz[135] como una modernidad mundo.

En este sentido, se puede considerar que las tendencias antes señaladas características del hoy, como ha sido la dilatación del presente, la conversión del mundo en una categoría histórica, la renegociación de los vínculos de las sociedades contemporáneas con el tiempo, el advenimiento de nuevo régimen de historicidad, la intensificación de las sincronías y las diacronías dentro de los confines de una historia global, las nuevas formas de entrelazamiento entre los espacios de experiencias y los horizontes de expectativas y la filiación que subsiste entre el momento germinal del presente histórico contemporáneo con la coyuntura más actual, que permite entenderlo como un período distinto en sus rasgos generales de todos los anteriores, todo ello ha sido el resultado de esta profunda transmutación que ha experimentado, no una región del planeta, sino el mundo en su conjunto.

Esta misma situación es el testimonio más claro que ilustra que no sólo nos encontramos en medio de un período nuevo, sino que estamos ingresando en una nueva época. O, para decirlo en otros términos, el presente histórico contemporáneo es una fase en la cual se está asistiendo a un cambio de época. La radicalidad, la extensión

134. John Tomlinson, *Globalización y cultura,* México, Oxford University Press, 2000.

135. Renato Ortiz, *Lo próximo y lo distante Japón y la modernidad mundo,* Buenos Aires, Interzona, 2003.

y la profundidad de esta transformación ayuda a entender también buena parte del desconcierto de muchos analistas actuales que reiteradas veces no logran comprender las claves de la contemporaneidad y, por ello, imaginan que el mundo se ha vuelto caótico, borrascoso, inasible.

Sobre este cambio de trascendental envergadura, el sociólogo alemán Ulrich Beck ha venido sosteniendo de manera reiterada que no es cierto que nos encontremos ante un agotamiento de la modernidad, sino más bien lo que ocurre es que se está comenzando a gestar una segunda modernidad.[136] Anthony Giddens, por su parte, ha preferido argumentar que lo que ha acontecido es que la modernidad ha entrado en una etapa de radicalización, lo que explicaría que entre los elementos característicos de nuestra contemporaneidad se encuentren transformaciones actualizadas de los ambientes institucionales modernos, como son la nueva modalidad de capitalismo, las novedosas formas de organización del trabajo (flexibilidad), el incremento de la subjetivación y de la individualización, la aparición de un orden de tipo global, etcétera.[137]

El esquema anterior, o, la primera modernidad, al decir de Beck, era un proyecto omnicomprensivamente territorial, pues implicaba la tendencia a la organización del espacio nacional dentro de unos confines determinados y descansaba en una obsesión por la demarcación, tal como se tuvo ocasión de documentar páginas más arriba con una referencia al historiador Michael Meyer.

Pero es válido preguntarse: si esos elementos característicos de la sociedad anterior han empezado a quedar atrás, entonces qué caracteriza a esta nueva modernidad y cuáles son las razones que nos llevan a suponer que se está asistiendo al inicio de un nuevo régimen de modernidad. Para responder a estos interrogantes, se debe hacer un pequeño paréntesis y recordarse que un rasgo consustancial al pensamiento occidental ha consistido en la suposición de que la modernidad

136. Ulrich Beck, *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo respuestas a la globalización*, Barcelona, Paidós, 1998.

137. Anthony Giddens, *Consecuencias de la modernidad*, óp. cit.

fue un atributo de Occidente y que los dispositivos de la globalización, evidente corolario de lo anterior, han tenido como consecuencia la expansión y la universalización de este régimen de organización social a lo largo y ancho del mundo.

Sobre el particular, en trabajos anteriores se ha tenido ocasión de demostrar las inconsistencias que se esconden detrás de este supuesto. Reiteradamente se ha podido argumentar que la correlación entre modernidad y globalización ha operado históricamente de una manera distinta y más compleja que lo que la lectura occidental predominante ha querido sugerir. El argumento central ha consistido en que, en realidad, durante nuestro presente histórico, como producto de la intensificación que ha revestido la globalización, se han comenzado a sincronizar múltiples trayectorias diferenciadas de modernidad, muchas de las cuales, desde luego, fueron ecualizadas a partir de la universalización de los ambientes institucionales modernos surgidos en Occidente e impuestos a través de numerosas prácticas, entre las cuales cabe citar el imperialismo, el colonialismo y la atracción ejercida por las naciones tradicionalmente más desarrolladas, y que estos itinerarios, a través de los intersticios globalizantes, han empezado a entrar en resonancia.

Con este argumento se quiere señalar que la modernidad-mundo constituye una forma de trascendencia de la anterior constelación moderna, pues está conformada por una multitud de experiencias de modernidad que cohabitan tensamente en su interior, conforme, eso sí, a la infraestructura potenciada por la expansión de la modernidad clásica. Sobre el particular, muy pertinentes son las palabras del filósofo Charles Taylor, cuando escribe que

> Si definimos la modernidad en términos de ciertos cambios institucionales, como la difusión del moderno Estado burocrático, la economía de mercado, la ciencia y la tecnología, es fácil seguir alimentando la ilusión de que la modernidad es un proceso unificado destinado a producirse en todas partes de la misma forma, hasta llevar a cierta convergencia y uniformidad al mundo. Mi convicción fundamental es que debemos hablar más bien de *múltiples modernidades*,

> de diferentes formas de erigir y animar ciertas formas institucionales [cursivas mías].[138]

Conviene señalar que este zócalo común que se ha conformado a partir de esta universalización de los ambientes institucionales por todo el mundo, ha redimensionado la importancia de la comparación y de la conexión en los análisis sobre el pasado y el presente en la medida en que las sociedades pasadas y actuales han dispuesto de un conjunto de plataformas y de rasgos compartidos.[139]

Muchos factores han propiciado el advenimiento de este nuevo régimen de modernidad. Uno muy importante ha consistido en que sólo durante nuestro presente histórico se ha asistido a una situación bastante insólita en lo que ha sido el desarrollo de la historia mundial. Esta tendencia consiste en que, por vez primera, los más variados colectivos humanos han comenzado a compartir un mismo horizonte espacial y temporal. Como ha sostenido Beck: "Las categorías que enmarcan la sociedad mundial —la distinción entre países muy desarrollados y subdesarrollados, entre tradición y modernidad— están desapareciendo. En el paradigma cosmopolita de la segunda modernidad, las sociedades no occidentales comparten con Occidente el mismo horizonte de espacio y tiempo".[140] En esta nueva constelación societal de alcance mundial ha entrado a debutar un escenario de historia global en sustituto de las legendarias historias universal y mundial, las cuales eran, ante todo, expresiones de la superioridad que ostentaban ciertas naciones de Occidente.

No está de más recordar que la legendaria historia universal era una medida para todas las cosas, era el principio a partir del cual se establecía la contraposición entre el atraso y el progreso, la barbarie (la periferia espacial), el primitivismo (el atraso temporal) y la civilización, además de servir de justificación poderosa para reproducir

138. Charles Taylor, *Imaginarios sociales modernos*, Barcelona, Paidós, 2006, p. 225.

139 . Mauriccia Salvatti, "Histoire contemporaine et analyse comparative en Italie", en *Genèse*, vol. 22, núm. 1, p. 147, 1996.

140. Ulrich Beck, "The Cosmopolitan Perspective: Sociology in the Second Age of Modernity", en *British Journal of Sociology*, vol. 15, núm. 1, enero-marzo del 2000, p. 12.

la hegemonía occidental. El vínculo específico de esta férrea jerarquización se establecía a partir de las categorías de espacio y tiempo en la medida en que los diversos estadios de civilización (situados en diversos lugares del mundo) se correspondían con disímiles estadios de la misma civilización humana (ubicados en distintos momentos de tiempo).[141]

Para entender el contexto de la historia global, se puede extremar la tesis beckiana y sostener que en nuestro presente el mundo desarrollado ha dejado de indicarles el camino a los países en vías de desarrollo, pues, en un mundo globalizado, existen numerosas trochas para comprimir en el tiempo el mentado desarrollo. A su manera, también, estos últimos, en varios ámbitos, son los que les muestran a los primeros la imagen de su propio futuro.[142]

Desde luego no es fácil admitir la tesis de la existencia de múltiples modernidades, porque como sus contenidos no han sido determinados claramente, entonces el concepto se vuelve tan laxo y gaseoso que queda privado de contenido y se vuelve una categoría poco operativa. Para sortear este problema debe considerarse que es mejor entender la modernidad-mundo o global como una realidad que resulta de unas modernidades *entramadas*, pues, en realidad, lo que está ocurriendo es que se están entrecruzando los destinos de todas las naciones, tanto en el fuero interno como en el plano internacional.

Para ilustrar mejor este asunto puede sostenerse que con las modernidades está ocurriendo algo similar a lo que en su momento aconteció con las naciones, tal como sostuviera alegóricamente el politólogo Dadid Held: "Ya no vivimos, si es que alguna vez fue así, en un mundo de comunidades nacionales discretas que tienen el poder y la capacidad exclusiva para determinar el destino de quienes en ellas habitan. Por el contrario, vivimos en un mundo de *comunidades de destino superpuestas* [cursivas mías]".[143]

141. Agostino Giovagnoli, óp. cit., p. 10.

142. Ulrich Beck, *La crisis de la sociedad global*, México, Siglo XXI, 2002, p. 5.

143. David Held, "Violencia y justicia en una era mundial", en *El País*, 19 de septiembre de 2001.

El concepto de 'modernidades entramadas' presupone la existencia de numerosos entrecruzamientos que registran las diferentes experiencias históricas, sus variadas superposiciones, las que, en su conjunto, van definiendo el sentido y la direccionalidad que adquiere la modernidad-mundo. No está demás recalcar que, en su naturaleza intrínseca, unas modernidades entramadas no pueden realizarse en la localidad ni pueden ser regionales o nacionales, pues no se encuentran territorializadas de manera unívoca; por el contrario, sólo pueden realizarse en la globalidad.

La explicación que acaba de ofrecerse sobre la modernidad-mundo guarda una estrecha relación con el presente y, de suyo, con aquello que aquí se entiende por historia del tiempo presente. Con el primero de estos conceptos, porque tal régimen de modernidad, en cuanto simboliza la superposición de experiencias, pone al descubierto la intimidad de las sociedades y realza la diacronía, porque el acercamiento entre sociedades conduce a una acentuación de la competitividad, no tanto entre recursos económicos como entre los distintos sistemas sociales, y le da mayor viscosidad, realce y visibilidad a las compenetraciones sincrónicas. Es en el presente donde concurren, se sobreponen, se encadenan y entran en resonancia estos distintos itinerarios con sus variadas temporalidades.

Tal contexto magnifica el enfoque histórico referido al presente por la importancia que en estas condiciones adquiere el tiempo como duración para la comprensión de la naturaleza de los problemas en curso. La magnificencia de la diacronía impone la comprensión de la temporalidad intrínseca de los distintos fenómenos sociales; la acentuación de la sincronía nos pone frente a la necesidad de tener que desentrañar inéditas dinámicas espaciotemporales que concurren en el presente; la superposición de experiencias entre los distintos colectivos sólo puede ser aprehendida a través de una comprensión de las cadencias y las extensiones históricas que comporta cada una de ellas; todo ello en un contexto en el que las escalas de análisis ya no se encuentran determinadas únicamente por el territorio, sino por disímiles constelaciones espaciotemporales. Finalmente, este régimen de modernidad se vincula con el presente y con la aproximación histórica

en la medida en que el mundo ha ido perdiendo la cualidad de ser un simple escenario donde tienen lugar variadas historias, convirtiéndose él mismo en una “historia”.

LA MEMORIA, LA HISTORIA Y EL DEBER DE MEMORIA

Con el fin de realizar un suave deslizamiento de este análisis sociohistórico de la historia del tiempo presente hacia un escenario más historiográfico, a continuación se analizará otro factor que también ha participado en tal despliegue del presente y de una historia abocada al estudio de este registro de tiempo, aun cuando su participación se haya producido de modo más indirecto. Este factor consiste en la importancia que se le ha asignado al tema de la memoria en nuestro presente más actual y las vicisitudes que tal cuestión plantea para la historia.

¿Por qué el tema de la memoria ha adquirido la visibilidad que hoy le conocemos? No es una pregunta fácil de responder porque numerosos son los factores que han contribuido a revitalizar tal cuestión en la actualidad. En esta oportunidad, quiero recordar sólo uno de ellos: la predisposición a reconocerle un mayor peso y un mayor valor a los factores culturales, tal como se ha venido experimentando en la mayor parte de las sociedades contemporáneas durante las últimas décadas.

Es un hecho que la proliferación de los nuevos movimientos sociales tuvo como consecuencia un redimensionamiento de las demandas de unos derechos culturales. Como elemento de novedad de tales exigencias conviene destacar el hecho de que este tipo de exigencias dejaron de plantearse dentro de los cánones habituales de las reivindicaciones de nuevos y mejores derechos cívico-políticos, pues, en realidad, lo que se estaba empezando a reclamar no era el derecho a ser como los otros, “sino el derecho a ser otros”, a la defensa de la diferencia, de la otredad, de la singularidad. Como ha sostenido Alain Touraine:

> Los derechos culturales no se dirigen sólo a la protección de una herencia o a la diversidad de las prácticas sociales; obligan a reconocer, contra el universalismo abstracto de la Ilustración y de la democracia

> política que cada uno, individual y colectivamente, puede construir condiciones de vida y transformar la vida social en función de su manera de combinar los principios generales de la modernización y las identidades particulares.[144]

En la academia estas nuevas sensibilidades se tradujeron en un redimensionamiento de los estudios culturales, cuyos efectos no tardaron en hacerse sentir en el conjunto de las ciencias sociales, propiciando un deslizamiento de tales disciplinas en dirección del campo de las humanidades. En el ámbito de la historiografía, esta perceptible transformación social no tardó en expresarse por medio de un cuestionamiento de las legendarias historias económicas y sociales, pilares sobre los cuales se habían construido las nuevas maneras de historiar, y en un privilegiamiento de nuevos temas más cercanos a la política y a la cultura.

Una buena ilustración de esta tendencia puede observarse cuando se detalla el contenido de la revista de los *Annales*, donde los artículos consagrados a la historia cultural pasaron del 22 al 32,2% en el período comprendido entre 1957-1959 y 1969 y 1976, mientras que aquellos referidos a la historia económica disminuyeron del 39 al 25,7% durante el mismo lapso, respectivamente.

No fue para nada gratuito que con posterioridad a 1968 se expresara una nueva sensibilidad histórica en torno a temas, tales como el funcionamiento y la organización de la familia, la imagen de la niñez y de la infancia, la muerte, las medidas contraceptivas, etcétera, problemas que alcanzaron su esplendor alrededor del concepto de 'las mentalidades'. El cambio no fue un asunto menor. Como ha argumentado François Dosse implicaba que "el hombre reducido a su condición mental es objeto de su historia en vez de su sujeto. Objeto de enumeración, objeto de cuantificación, se convierte en un objeto psicológico, en un objeto de mentalidad. El soplo de la acción humana a través de los siglos se diluye y el hombre social se encuentra extrañamente ausente".[145]

144. Alain Touraine, *Un nuevo paradigma. Para comprender el mundo de hoy*, Buenos Aires, Paidós, 2005, p. 184.

145. François Dosse, "Mai-68, les effets de l'histoire sur la Histoire", en *Politix*, vol. 2, núm. 6, p. 50, 1989.

Fue precisamente en la intermediación entre los nuevos estudios histórico-políticos y la nueva historia cultural donde empezó a ubicarse el tema de la memoria. Así lo ha asegurado el historiador Peter Burke cuando afirmaba que el interés creciente de las sociedades contemporáneas por este problema constituía una reacción a la aceleración que experimentan las transformaciones socioculturales, las cuales ponen en cuestionamiento los fundamentos de la identidad, que sacuden con mucha fuerza nuestro presente del pasado.[146]

Un asunto muy interesante que se deriva de la importancia que ha adquirido en las sociedades contemporáneas, consiste en que un breve recorrido por la historiografía permite identificar la manera como ciertas tendencias globales cobran vida en experiencias particulares y el modo en que dichas dinámicas se correlacionan con determinadas singularidades históricas. Es decir, un recorrido histórico-geográfico sobre la memoria constituye un procedimiento que nos brinda una radiografía preliminar que permite confirmar la tesis que se ha venido sosteniendo en torno a que en el mundo de hoy se presentan unos escenarios en los cuales convergen ciertas tendencias sincrónicas (v. gr., la preocupación por la memoria) con determinadas particularidades diacrónicas de cada experiencia social en particular (el tratamiento diferenciado del problema). Concurre también en una ratificación de la tesis de que, en contra de una idea muy difundida, las tendencias globales no apuntan en el sentido de una mayor homogenización de todos los colectivos humanos, sino que propenden por la dirección de una *ecualización* de las experiencias.

De modo esquemático se pueden distinguir cuatro tendencias fundamentales en la historia, las cuales se han preocupado por el problema de la memoria: la primera ha sido un rasgo distintivo de los países anglosajones, donde el interés por la memoria ha sido promovido por grupos y por minorías que han reivindicado identidades y formas específicas de pertenencia. No ha sido extraño que en este tipo de países uno de los principales problemas en el debate social haya tenido que ver con aquello de qué es lo que se entiende por disposi-

146. Peter Burke, *Storia culturale*, Boloña, Il Mulino, 2005, p. 86.

tivos comunes a todos los grupos que se encuentran en búsqueda de reconocimiento. Simultáneamente, con el reconocimiento de que esta tendencia ha implicado una disminución de "la posibilidad de consensuar contenidos relacionados con el pasado que puedan ser asumidos como realmente comunes a todos ellos".[147] La recuperación de la memoria se ha asociado fuertemente con las historias orales: testimonios, memorias, diarios de vida, entrevistas, etcétera, y su impacto mayor ha sido en campos tales como los estudios de género, de las minorías culturales o étnicas y en historias sobre la cotidianidad.

Si bien es inobjetable que para algunos grupos el problema de la memoria se ha convertido en un catalizador que les ha permitido entrar a participar de mejor manera en la vida política nacional, se debe reconocer igualmente que tal reconocimiento de la diversidad se ha convertido en un factor que ha obligado a emprender reajustes entre elementos sincrónicos con factores diacrónicos. "El multiculturalismo en sí no es un problema, sino que el suelo sobre el que reposa es pantanoso; ya no existe la pertenencia común. Pero el multiculturalismo sin comunidad ciudadana de base, sin valores fundamentales verdaderamente compartidos, es la guerra de todos contra todos".[148] Es decir, como ha señalado el mencionado analista, uno de los temas más acuciantes en varios de estos países consiste en cómo recomponer el mapa entre distintos procesos de multiculturalidad, como son los de tipo multinacional (diacrónico) con los que se originan con la inmigración (sincrónico).

Otro ha sido el desarrollo que ha experimentado el problema de la memoria en países como Francia e Italia. En este primer país, cuyo ejemplo sería repetido por sus vecinos, el historiador Pierre Nora dio inicio a una monumental empresa intelectual, intitulada "Los lugares de la memoria", con el fin de recuperar situaciones, personajes, hechos y lugares republicanos, en los cuales los individuos pudieran reconocerse como comunidad nacional. El propósito era comprender

147. Pablo Sánchez León, "El ciudadano, el historiador y la democratización del conocimiento del pasado", en Pablo Sánchez León y Jesús Izquierdo Martín (eds.), *El fin de los historiadores,* óp. cit., p. 136.

148. Sami Naïr, "Guerra de identidades en Londres", en *El País,* 21 de julio de 2005.

la manera como una sociedad aborda su propio pasado, cómo conmemora ciertos hechos emblemáticos de su historia. Tal esfuerzo ha apuntado en la dirección de una historización de la relación que se mantiene con el pasado, ha sido el esfuerzo por historizar el "espacio de experiencia" del Estado-nación.

Ante un futuro sin porvenir y un pasado que se había tornado opaco, el presente se convirtió en la categoría privilegiada de comprensión para los ciudadanos. No ha sido fruto del azar que importantes intelectuales hayan expresado su preocupación por que en estos nuevos tiempos la identidad francesa y el ideal republicano se encontrarían amenazados por fenómenos, tales como la construcción europea, el nuevo mapa ideológico y político, por la globalización, la inmigración y el despliegue de los particularismos regionales.[149]

Recapitulando, se puede sostener que la gran diferencia con la experiencia anterior consiste en que, mientras la memoria en los países anglosajones se ha encaminado en la dirección de un reconocimiento de la diversidad, en Francia e Italia este tema ha sido ante todo un tipo de preocupación que ha intervenido como posible respuesta frente al desgaste de los mapas memoriales nacionales y de recusación del resurgimiento de los particularismos, fenómeno particularmente inquietante en la Italia contemporánea.

La tercera orientación, característica de Alemania y de los países de la Europa centro-oriental, ha consistido fundamentalmente en la preocupación por ofrecer un tratamiento a memorias traumáticas como las que se experimentaron con la ocupación alemana, la *Shoah*, las deportaciones masivas, los campos de exterminio y de concentración, la resistencia y la memoria como reconstitución de un itinerario de lo nacional en contraposición a la extendida presencia extranjera.

La última ha sido la constante en aquellos países, como los latinoamericanos y los africanos, donde, en épocas recientes, imperaron sangrientas dictaduras o donde cruentos conflictos internos produjeron grandes ríos de sangre y dejaron a millares de personas sumidas

149. Chantal del Sol, *La république une question française*, París, PUF, 2002.

en el dolor.[150] En muchos de estos casos, fueron los gobiernos de estos países quienes tomaron la iniciativa frente a este problema con el fin de propiciar un marco político para la reconciliación nacional. Este procedimiento no ha estado exento de problemas, ya que la memoria ha terminado siendo instrumentalizada, se ha impuesto una determinada cosmovisión como una versión oficial, se ha generado un equilibrio jerárquico en el cual todos —víctimas y victimarios— puedan sentirse representados y, por último, cuando la memoria ha quedado vinculada a las reparaciones, entonces ha quedado atada a lógicas jurídicas, que manejan distintos esquemas de verdad a las usuales en la historia.

Conviene destacar que este problema de la memoria no ha sido un monopolio en manos de los historiadores. Por lo general, tales preocupaciones fueron desarrolladas inicialmente por políticos, comunicadores, abogados, etcétera, y sólo después se convirtió en un tópico que comenzó a interesar a los historiadores. Éstos se han distinguido por su preocupación por establecer una demarcación más o menos significativa entre la preocupación por la memoria por parte de grupos específicos ("el deber de memoria") y la memoria en cuanto problema histórico.

> Aunque algunos miembros de la comunidad académica consideraron el "deber de memoria" como parte de su función de historiadores, una mayoría siguió más bien el camino inverso. Entre los primeros podríamos citar a Vidal Naquet, quien junto con una condena del revisionismo procedió a una defensa del "deber de memoria" de los judíos víctimas de la Shoah. La posición contraria puede encontrarse en Antoine Prost, que se pronuncia contra el "deber de memoria", que a su modo de ver sobrevalora las identidades particulares debilitando una identidad que engloba y privilegia ante todo el "deber de historia".[151]

150. Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

151. Eugenia Palieraki y Carolina Torrejón, "Historiadores ¿portavoces de la memoria? Reflexiones sobre los límites y usos de la memoria en las historiografías chilena y francesa", en *Actuel Marx Intervenciones*, núm. 6, primer semestre de 2008, p. 31.

Se ha querido dedicar unos párrafos a este problema porque la preocupación por historizar la memoria se ha convertido en uno de los tópicos que guarda una estrecha relación con la historia del tiempo presente, dado que ha sido un fecundo campo donde se ha desarrollado este último. Demuestra, además, que la narrativa de este tipo de temas no es un asunto exclusivo de los historiadores, que existen sensibilidades nacionales que responden a particularidades societales y a singularidades en los desarrollos históricos y que las tendencias homogenizadoras conviven con la diferencia en este escenario de modernidad-mundo.

También se ha querido abordar tal cuestión porque es una de las que más ha alimentado el debate sobre la función social de la historia del tiempo presente. A la invitación de participar en calidad de experto en el proceso Papon, Henry Rousso declinó el ofrecimiento y expuso su posición con sólidos argumentos porque, de acuerdo con su parecer, la memoria es distinta de la historia; es un registro de identidad, es una representación mental, es un presente del pasado mientras que la historia es el pasado en presente.

> La justicia replantea la pregunta de saber si un individuo es culpable o inocente; la memoria nacional es la resultante de una tensión existente entre los recuerdos memorables y conmemorables y los olvidos que permiten la supervivencia de la comunidad y su proyección en el futuro; la historia es una empresa de conocimiento y de elucidación. Estos tres registros pueden superponerse, y es lo que ha pasado en los procesos por crímenes contra la humanidad. Pero era de entrada ungirlos de una carga insoportable; ellos no podían estar del mismo modo a la altura de lo que estaba en los respectivos juegos de la justicia, de la memoria y la historia.[152]

Sobre este particular, conviene recordar que una posición similar fue asumida por el historiador Carlo Ginzburg, con ocasión del proceso Sofri en su país natal. Para el autor de *El queso y los gusanos*, el historiador no debe tener la pretensión de convertirse en juez, no

152. Henry Rousso, *La hantisse du passé,* óp. cit., p. 48.

puede emitir sentencias. Su verdad —resultado de su investigación— no tiene un carácter normativo, sigue siendo parcial y provisoria, jamás definitiva. Mientras que la verdad de la justicia busca establecer responsabilidades, la verdad de la historia es reflexiva, es producto de una operación intelectual que trata de explicar los acontecimientos y las circunstancias de sus acciones. Es, en el fondo, una verdad que deriva de una interpretación.[153]

De este problema que escuetamente ha sido puesto en consideración se pueden extraer varias conclusiones. Primero, muchos actores participan de la escritura de la historia en la actualidad y los historiadores son simplemente un grupo entre ellos. Segundo, el conocimiento que resulta del trabajo histórico se ubica en un registro distinto del de aquellos otros que se interesan por entender el presente. Tercero, la historia del tiempo es una actividad de interpretación, no puede tener la pretensión de verdad, por la sencilla razón de que el trabajo del historiador se inicia ahí donde termina la sentencia del juez. Por último, la historia del tiempo presente es una actividad intelectual que se encuentra en medio de numerosas posiciones, intereses y marcada por singularidades de itinerarios específicos, razón por la cual no puede tener una pretensión de cientificidad, por lo menos de acuerdo con el anhelo de veracidad que se le asignó en el siglo XIX y durante buena parte del siglo XX.

En síntesis, como ha sostenido François Dosse, la historia del tiempo presente ha sido un buen enfoque que ha ayudado a romper con la vieja distinción entre memoria e historia. La oposición tradicional entre una ciencia crítica situada de lado de la ciencia y una memoria que se deriva de fuentes fluctuantes y en parte fantasmagóricas, está en vías de transformación. Mientras que la historia pierde una parte de su cientificidad, la problematización de la memoria conduce a acordar una parte crítica al enfoque de la noción de memoria.

> Las dos nociones se han aproximado y la parte de las fuentes orales en la escritura del tiempo presente hace posible una historia de la memoria. Este giro tiene un valor heurístico pues permite comprender mejor

153. Carlo Ginzburg, *Il guidice e lo storico*, Milán, Einaudi, 1991.

el carácter indeterminado de las posibles aperturas para los actores de un pasado que fue su presente. La historia del tiempo presente modifica de este modo su relación con el pasado, su visión y su estudio. El historiador del tiempo presente inscribe la operación historiográfica en la duración. No limita su objeto al instante. Debe hacer prevalecer una práctica consciente de sí misma, lo que impide las ingenuidades frecuentes ante la operación histórica.[154]

154 François Dosse, *L'histoire*, París, Armand Collins, 2000, p. 113.

3

CONSTRUYENDO LA HISTORIA DEL TIEMPO PRESENTE

Si se quisiera agrupar a los historiadores que han expresado su posición frente a la historia del tiempo presente, se tendría que tres actitudes convocan a la amplia mayoría. Un primer grupo, entre los cuales podría citarse a Serge Bernstein y Pierre Milza, ha argumentado que en cuanto a sus objetivos, métodos y fuentes, la historia del tiempo presente no difiere en lo fundamental de aquella historia que se viene practicando de manera profesional desde el siglo XIX.[155]

Otros, como el historiador belga Pierre Sauvage, se ubican en la posición contraria, cuando sostienen que "no es solamente un campo nuevo de investigación que añade a otros períodos ya existentes debido al irremediable avance del tiempo, sino que es un nuevo enfoque del pasado que sirve al conjunto de historiadores".[156]

Los últimos prefieren ubicarse en la intermediación de los dos enfoques anteriores. No discuten si ésta es una empresa idéntica o distinta de la habitual, pero sí han preferido concentrarse en señalar las dificultades y los desafíos que encierra la práctica de una historia referida al estudio del presente, con lo cual, a veces, de modo indirecto, tal actitud deja en suspenso la posibilidad misma de esta historia. A continuación, comentaré brevemente algunos de los elementos destacados por este punto de vista porque estas reflexiones permiten

155. Serge Bernstein y Pierre Milza, "Conclusion", en A. Chaveau y Ph. Tetard, *Questions à l'histoire du temps présent*, Bruselas, Éditions Complexes, 1992, p. 133.

156. Pierre Sauvage, "Una historia del tiempo presente", en *Historia Crítica,* núm. 17, diciembre de 1998, p. 69.

pasar revista a ciertas especificidades que encierra la historia del tiempo presente.

Un primer problema comúnmente destacado se refiere a las fuentes, debido a que sobre la contemporaneidad existe una sobreabundancia de documentación, situación que plantea un delicado problema a la hora de elegir y de seleccionar la información adecuada para alumbrar tal o cual problema. Dentro de este mismo registro, se ha destacado que otra dificultad consiste en que los historiadores que se interesan por el estudio de la actualidad tienen que enfrentar el reto de aprender a trabajar con otro tipo de documentación, como pueden ser las imágenes fijas o en movimiento, y tienen que aprender a diseñar métodos y técnicas para los testimonios orales.

No puedo menos que expresar mi extrañeza por un comentario tal sobre las fuentes, porque pareciera que la disciplina todavía se encuentra en el siglo XIX, cuando se pensaba que las fuentes hablaban por sí solas, y que la historia era un saber capaz de producir un conocimiento objetivo cuando se realizaba un análisis juicioso de la documentación. Conviene recordar, por lo demás, que los historiadores que se interesan por el presente no han sido los únicos que han debido afrontar el reto de tener que aprender a procesar una amplia gama de fuentes. En su momento, los historiadores del período moderno y contemporáneo tuvieron que enfrentar un reto similar cuando debieron aprender a trabajar con fotografías, películas, periódicos, pasquines, novelas, etcétera.[157] En ningún caso tal dificultad fue óbice para que se desarrollara este campo, y nadie puso en discusión la validez y la pertinencia de esta historia.

En lo que respecta al volumen de la documentación, seguramente la misma sorpresa expresará un historiador que se dedique al mundo antiguo o a la época medieval, cuando observa el tamaño de la información de que se dispone para la época moderna. Seleccionar, procesar, elegir y evaluar la información es una tarea de todo historiador y no es la cantidad lo que determina la naturaleza de la profesión, no es el oficio

157. Marc Ferro, *Cine e historia*, Barcelona, Gustavo Gilli, 1980; Peter Burke, *Visto y no visto. Uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Crítica, 2001; Rob Kroes, *Ciudadanía y globalización. Europa frente a Norteamérica*, Madrid, Cátedra, 2002.

o la técnica lo que distingue a esta disciplina, sino el hecho de ser un enfoque comprensivo de las realidades sociales pasadas y presentes.

Lo que sí es muy evidente, y bien valdría la pena que los historiadores reflexionaran sobre el particular de modo más sistemático, es que los nuevos métodos electrónicos están introduciendo un cambio de gran envergadura en lo que se refiere a la manera como el historiador trabaja las fuentes y al papel que le corresponde a la documentación dentro de la producción histórica, porque la información digitalizada se está convirtiendo en una fuente para la disciplina y porque la informatización del trabajo histórico está empezando a cambiar la forma misma en que se expone la argumentación histórica. La historia se está transformando en una especie de historia digital,[158] con un impacto evidentemente mayor en las áreas cercanas al presente, aun cuando la digitalización esté también empezando a revolucionar las historias pasadas.[159]

La Internet, por su parte, no sólo representa un inmenso depósito de fuentes de todo tipo; también se ha convertido en un mecanismo que reorienta el trabajo profesional, porque está facilitando la conformación de redes internacionales de historiadores, con lo cual se está asistiendo a un cambio en ningún caso menor: antes el especialista se interesaba en procurar un conocimiento para su comunidad nacional, ahora su colectividad está conformada por los colegas de todo el mundo con quienes comparte los mismos intereses intelectuales e investigativos.

Otro reto de la historia del tiempo presente que ha sido destacado por estos historiadores escépticos, consiste en las dudas que en ellos despierta la implicación personal del investigador en los eventos sobre los cuales se pronuncia. Es decir, el historiador del presente tiene que enfrentar el desafío de aprender a conciliar el compromiso personal con el deber profesional. Como ha señalado Jacques Le Goff, la pasión, la idea preconcebida, pueden prevalecer y, como consecuencia, pueden "torcer, desviar su visión de la realidad".

158. Dario Ragazzini, A cargo de, *La storia digitale*, Turín, UTET, 2004.

159. Roger Chartier, *La historia o la lectura del tiempo,* Barcelona, Gedisa, 2007.

Sobre el particular, no está de más recordar que las pasiones y los conflictos ideológicos y los intereses están presentes en las historias referidas a cualquier período histórico. La implicación no es un atributo exclusivo del presente, aun cuando, evidentemente, la posición que se adopte sea mucho más evidente.

La tercera fuente de dificultades destacada por tales historiadores consistiría en que ésta es una historia que desconoce el desenlace, pues "el historiador del tiempo presente en comparación con sus colegas que estudian otros períodos, se encuentra desprovisto de todo. Sus colegas conocen lo que sucedió después de los hechos que explican. Conocen la continuación de la historia, lo que no deja de ser una gran ayuda. El historiador del tiempo presente está inmerso en una historia inacabada".[160] Es decir, la del tiempo presente sería una historia que carecería de la suficiente distancia, tesis que presume que sólo los acontecimientos clausurados se encontrarían disponibles al conocimiento histórico, porque sólo así podrían ser evaluados de manera desinteresada.

Esta idea es, por cierto, bastante extraña, pues arranca de un supuesto hipotético, no sólo imposible de confirmar, sino que además es completamente falaz: quien observa a la distancia puede llegar a saber más que quien estuvo realmente presente.[161] En realidad, el argumento podría ser el opuesto: la ventaja que tiene la historia del tiempo presente es que contribuye a relativizar la cadena de la causalidad, la cual muchas veces se ha convertido en una desagradable camisa de fuerza. Como sostuviera René Rémond hace ya casi un par de décadas, "la historia del tiempo presente constituye una buena medicación contra la racionalización a posteriori, contra las ilusiones de óptica que pueden entrañar la distancia y el alejamiento".[162]

160. Jacques Le Goff, "La vision des autres: un médiévaliste face au temps présent", en *Questions à...*, óp. cit., pp. 98-108.

161. Timothy Garton Ash, *Historia del presente,* óp. cit., p. 13.

162. René Rémond, "Quelques questions de portéer générale en guise d'introduction", en Institut d'Histoire du Temps Présent, *Écrire l'histoire du temps présent*, óp. cit., p. 33.

En rigor, lo opuesto es más valedero y, en ese sentido, la historia del tiempo presente es una actividad mucho más ecuánime en su valoración y más precavida en sus aseveraciones, precisamente porque desconoce el desenlace. Las historias de fenómenos ya concluidos, de los cuales se conoce su terminación, deliberadamente tienden a ser reconstrucciones cuyos catalizadores se encuentran en el mismo desenlace.

No sólo así ha ocurrido con las historias sobre las guerras, que terminan siendo panegíricos sobre los vencedores, quienes son presentados muchas veces incluso como una *necesidad histórica*, lo mismo se observa en otro tipo de situaciones, como, por ejemplo, la historia de la Revolución rusa de octubre de 1917, con total independencia de si los historiadores gustan o no de dicho acontecimiento. Todas, y conviene recalcar todas estas historias recuerdan el II Congreso del Partido Obrero Social Demócrata Ruso en 1903, cuando se produjo la escisión entre bolcheviques y mencheviques y destacan esa reunión como un acontecimiento fundamental para explicar la gesta revolucionaria que ocurrió casi tres lustros después, cuando, en realidad, esa reunión no fue más importante en su momento que la que haya podido tener cualquier grupo trotskista, maoísta u otro, digamos, por allá en la década de los sesenta. Claro, ocurre que como los bolcheviques se hicieron al poder en octubre/noviembre de 1917, entonces, el historiador se ve empujado a reconstruir la revolución como una gesta, buena o mala, del partido de Lenin. Algo similar ha ocurrido luego de la desintegración de la antigua Unión Soviética. Como el experimento comunista naufragó, entonces todos se suben al carro de los vencedores y proponen todo tipo de argumentos encaminados a explicar el estruendoso fracaso de 1991 casi como una necesidad histórica, como un hecho inevitable.[163]

Sobre el particular, es muy pertinente la observación de Krzysztof Pomian cuando considera la adopción de un dogma fundamental por parte de los historiadores: el pasado sólo puede ser aprehendido con fuentes, lo que ha implicado que se establezca una diferencia tajante entre el pasado y el presente. "El primero sólo es conocible por medio

163. Robert Service, *Comrades. Communism: a World History*, Londres, Macmillan, 2007.

de fuentes; el segundo no, gracias a la percepción que parece aprehenderlo sin mediación alguna. Una historia del tiempo presente es, por consiguiente, inconcebible a menos que se trate de una historia que no respete el dogma fundamental y que se oponga desde un punto de vista epistemológico de la historia erudita".[164] Evidentemente, la historia del tiempo presente se ubica en un registro distinto del de las historias más convencionales, pero sin dejar por ello de ser una actividad intelectual de naturaleza histórica.

Además, es evidente que la historia del tiempo presente mantiene grandes vínculos con los estudios referidos a otras épocas. En alguna medida se puede sostener que es aquella historia que, como resultado de grandes acontecimientos ocurridos en la contemporaneidad, obliga a una revisión de la significación del pasado, tal como sostuviera Eric Hobsbawm en su clásica historia del siglo XX.

El problema que sí se debe intentar evitar, prevenir o minimizar y, que representa un importante reto, es aquel que hace poco destacó Fabrice d'Almeida en referencia a la historia del tiempo presente, pero que, en general, es un asunto que compete a todas las ciencias sociales. La cuestión es la de la burocratización del proceso profesional. Muchas prácticas profesionales y conclusiones intelectuales se encuentran influenciadas largamente por una "relación incestuosa" entre "el historiador y la administración pública". Las hipótesis se sustentan según fuentes administrativas y se explican acontecimientos y situaciones en los que este ámbito de lo público es objeto y sujeto de la respectiva investigación. Igualmente, preocupante es también el hecho de que las administraciones y gobiernos crean distintos comités para socializar el mundo académico, pero también para encapsular sus resultados. Incluso se ha llegado a situaciones en las que algunos historiadores son invitados en calidad de consejeros. "Las fuentes, los métodos y los medios contribuyen a la confusión burocrática del historicismo y explican la integración de los enfoques administrativos por parte del historiador".[165]

164. K. Pomian, *Sur l'histoire,* óp. cit., p. 347.

165. Fabrice d'Almeida, "Towards a shared history of the present". <http://www.ihtp.cnrs.fr/sites/ihtp/IMG/pdf_Toward_a_shared_history_of_the_present_2.pdf> [Consulta: 10 de diciembre 2009].

A continuación, se ofrecerá una cuarta perspectiva posible, la cual parcialmente se apoya en las anteriores, pero que, a diferencia de aquellas que se preocupan por las cuestiones de orden metodológico, se interesa por el diseño de un mapa epistemológico de la historia del tiempo presente, siguiendo algunos de los presupuestos que han venido siendo elaborados en las páginas anteriores. Pero antes de ello se hará un breve paréntesis para indicar dónde se ubica la historia sobre el presente en la historia de esta disciplina.

LOS ANTECEDENTES

En contra de una convicción fuertemente acendrada en el gremio de los historiadores y en amplios sectores de la opinión pública, no es cierta la afirmación de que la historia sea una disciplina abocada al estudio del pasado. Cuando el problema es abordado dentro de una perspectiva de larga duración historiográfica, más bien lo usual ha sido el predominio de la tendencia contraria. Un simple y breve repaso por la historia de la historiografía, demuestra que dicha suposición habitual no es del todo acertada.

Si simplemente nos detenemos a observar la experiencia histórica europea, podemos constatar que ya en los lejanos tiempos de la Antigua Grecia y del Imperio romano, la historia era entendida como un saber destinado a comprender fenómenos ocurridos en el respectivo presente. Heródoto escribió su importante obra para que ciertos hechos por él aprendidos no cayeran en el olvido; Polibio destacaba la importancia de los testimonios orales; Tito Livio recordaba que los lectores preferían los temas más recientes; y Cicerón evocaba que los acontecimientos más importantes eran los que se relacionaban con los de su propia generación. Quien, de modo más evidente, argumentó en favor de una historia sobre el presente fue Tucídides, que, en su obra *Historia de la guerra del Peloponeso*, plasmó importantes observaciones sobre los problemas que se experimentan cuando se lleva a cabo un escrito sobre sucesos inmediatos:

> Respecto a los hechos que tuvieron lugar en la guerra, no me pareció bien escribirlos enterándome de ellos por cualquiera ni tampoco exponiendo mi propia opinión, sino que busqué en todos los casos la mayor exactitud posible, tanto en aquellos que presencié como en aquellos que supe por otros. La investigación resultaba, no obstante, laboriosa, porque los testigos presenciales de los acontecimientos daban noticias diferentes sobre unos mismos hechos, según el interés personal o la memoria que cada uno tuviera.[166]

Esta misma preocupación por historiar el presente franqueó buena parte de la Edad Media, del Renacimiento y sobrevivió hasta bien entrada la Época Moderna. En la perpetuación de esta tendencia, un papel nada desdeñable le correspondió al mismo cristianismo, doctrina que defendía la autoridad del testimonio, tal como se derivaba de los Evangelios. Es útil igualmente recordar que en la Edad Media el hecho de conocer era posible por el ver y de ello se infería la importancia que tenía el testimonio y de que todos los asuntos fueran observados directamente. El pasado sólo podía convertirse en un texto histórico por medio de la fe.[167] Por ello, la historia como pasado se reservaba para las Sagradas Escrituras. Las crónicas, por su parte, uno de los géneros más difundidos en la cultura del Occidente medieval, no eran otra cosa que narraciones de acontecimientos que ocurrían en presencia de sus autores.

También en los albores de la Época Moderna se siguió practicando una historia referida a hechos y situaciones contemporáneas. Si Maquiavelo fue uno de los ejemplos más preclaros en la época del Renacimiento, con su análisis del auge y la caída de los Medici en Florencia y con su historia de las "cosas presentes" de la ciudad,[168] Voltaire puede ser considerado el precursor de la historia del pasado cercano con sus narrativas sobre los reinados de Carlos XII y Luis XIV. A través de estas actividades, se mantuvo el ímpetu de interrelacionar

166. Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, Madrid, Akal, 1989, p. 22.

167. Krzysztof Pomian, *Sur l'histoire,* óp. cit., p. 89.

168. Quentin Skinner, *Machiavelli,* Boloña, Il Mulino, 1999.

la historia con el estudio del presente y ello a pesar de que se comenzaba a tener conciencia de que la historia se remontaba mucho más atrás en el tiempo de lo que antes se presuponía.

En el siglo XIX, bajo el impacto de la idea del nuevo tiempo (*Zeitgeschichte*), cosmovisión catalizada por acontecimientos como la Revolución francesa, que afirmaron la idea de que estaba emergiendo una contemporaneidad sustancialmente distinta de cualquier pasado, se dio un nuevo impulso a los estudios referidos al presente. H. Lavisse y Charles Seignobos, padres de la escuela metódica y de una idea de cientificidad en la disciplina, escribieron grandes textos sobre sucesos lejanos e inmediatos. En el caso de Francia, en particular, el trauma ocasionado por la derrota a manos de Prusia en 1870 se convirtió en un sacudón que fortaleció la tendencia de los historiadores a interesarse en sucesos de la contemporaneidad para poder así explicar la situación nacional en las coordenadas internacionales del momento.

El siglo XX tampoco constituyó una excepción en cuanto a la escritura de historias que se interesaban por sucesos inmediatos. Puede recordarse la magistral *Historia de la Revolución Rusa* de Lev Trotsky, quien no fue un simple espectador, sino uno de los principales artífices de aquel crucial acontecimiento del siglo XX, o las historias sobre la guerra mundial del antiguo primer ministro británico Wiston Churchill, la *Extraña derrota* de Marc Bloch o la admirable *Historia del siglo XX* de Eric Hobsbawm, quien, en no pocos pasajes, realiza una narración en primera persona.

Si bien la mayor parte de los historiadores no practicó historias sobre el presente, sí fue constante la preocupación por mantener el vínculo del pasado con el presente en la historia. Marc Bloch, uno de los fundadores de la revista y de la corriente historiográfica de los *Annales*, lamentaba que el estudio del presente estuviera reservado a otras disciplinas distintas de la historia, pues, a su modo de ver, la ignorancia del pasado no permitía comprender el presente. Y lo mismo constituía una gran verdad en el sentido contrario: no se podía comprender el pasado si nada se sabía sobre el presente. Esta tesis no era simple retórica porque se consideraba que la relación del presente con el pasado era muy estrecha, puesto que el presente era entendido

como el régimen temporal de la acción, de la práctica, de las potencialidades, de las iniciativas y del porvenir. Al presente, en síntesis, se le reconocía su gran valor heurístico, sobre todo por su capacidad para orientar el estudio del pasado, para explicarlo de nuevo.[169]

No fue extraño ni casual que durante su etapa inicial la revista de los *Annales* dedicara un amplio espacio a temas contemporáneos. Empero, la corriente historiográfica fundada por Bloch y Febvre no le prestó la debida atención al estudio del presente, porque una de sus tesis principales partía del presupuesto de que las estructuras durables eran más reales y determinantes que los accidentes de la coyuntura, que los fenómenos de larga duración eran más decisivos que los intervalos más breves y, además, con su desdén hacia la cadena *événementiel*, esta escuela histórica terminó relegando los estudios sobre el presente a un plano secundario.[170]

Si el estudio histórico sobre el presente siempre tuvo seguidores, con esta argumentación no se está afirmando que el presente ocupaba un lugar destacable dentro de los confines de la disciplina. En realidad, el asunto era bastante más complejo, porque el pasado estaba comenzando poco a poco a ganar la delantera. Sobre el particular, se debe recordar que fue en el transcurso de los dos últimos siglos cuando el estudio histórico de la actualidad comenzó a ocupar un lugar relativamente marginal dentro del gremio de los profesionales de la disciplina. En este privilegio acordado al pasado y el lento decaimiento del presente intervinieron distintos tipos de factores.

Uno de ellos fue la popularización de la tesis de que la actividad central de la historia debía realizarse a partir de documentos. La famosa y siempre citada máxima de Leopold von Ranke, que tanta tinta ha derramado dentro del gremio de los historiadores, debe ser entendida desde este ángulo: "Se le ha atribuido a la historia la misión de juzgar el pasado, de instruir el mundo para el aprovechamiento de los años futuros: el presente ensayo no pretende tan altas misiones: sólo

169. Jean Chesneaux, *Habiter le* temps, óp. cit., p. 138.

170. Agnès Chauveau y Philippe Tétart, "Questions à l'histoire des Temps présents", en *Questions à l'histoire des Temps présents*, óp. cit., 1992.

quiere mostrar cómo ha sido realmente". Lo que el historiador alemán indudablemente tenía en la mente no era otra cosa que recalcar que el progreso del conocimiento sólo era posible por medio de la investigación empírica y conforme al estudio de los hechos y no en las especulaciones metafísicas sobre un pretendido *sentido* de la historia.[171]

En un pasaje escrito pocos años antes, el mismo historiador alemán había sido aún más contundente en sus afirmaciones, al poner en duda también la difundida concepción de que la ciencia tenía que intervenir en la vida. "Es muy verdadero, pero para poder actuar, tiene que ser, antes que nada, ciencia. Pues es imposible tomar el propio punto de vista en la vida y trasladarlo a la ciencia; la vida actúa entonces sobre la ciencia, no la ciencia sobre la vida [...] Sólo podemos ejercer un verdadero efecto sobre el presente cuando hacemos primero abstracción de él para elevarnos a la ciencia libre y objetiva".[172] Si se traduce esta argumentación al lenguaje frecuente de los historiadores, se puede afirmar que Ranke quería señalar que sólo a través de una completa inmersión en el pasado era como se podía hacer ciencia, ya que únicamente cuando se trataba de asuntos pretéritos, se aminoraba o se eliminaba la interferencia subjetiva del punto de vista del observador.

Otro factor que impulsó a los historiadores a sumergirse en el pasado fue resultado del desconcierto que suscitaba la aceleración que registraba el desarrollo histórico, tal como comenzaba a experimentarse sobre todo en el segunda mitad del siglo XIX, celeridad que tuvo como corolario un fuerte incremento en el volumen y en la calidad de los acontecimientos. Parecía que el voraginoso presente resultaba cada vez más difícil de aprehender, razón por la cual no fueron pocos los estudiosos sociales que optaron por concentrarse en el estudio de un pasado más asimilable y comprensible, interés que, además, servía para producir conocimiento sobre un tiempo pasado, al que se le reconocía una genealogía mucho mayor, y que parecía alejarse prestamente.

Un tercer elemento que concurrió en esta identificación de la historia con el pasado, obedeció a la urgente tarea que planteaba la

171. Noiriel, *Qu'est-ce que l'histoire contemporaine?*, óp. cit, p. 56.

172. Citado en Reinhart Koselleck, *Futuro Pasado,* óp. cit., p. 124.

construcción nacional. Poco a poco, los historiadores se vieron impelidos a sumergirse en el pasado, incluido el más lejano, con el fin de confeccionar la genealogía de la nación, confirmando, de esta manera, la vitalidad de un origen y de un caudal popular particulares inherentes a la nación.[173] A partir de estas coordenadas, en que la nación, la historia y el Estado comenzaban a nivelarse, se fue abandonando paulatinamente la historia referida al presente, sobre todo luego de que se hiciera evidente el afán de los poderes públicos por instrumentalizar el conocimiento sobre los fenómenos de la actualidad. Ernest Lavisse expuso claramente esta posición cuando en una alocución a los estudiantes de la Facultad de Letras, el 4 de noviembre de 1884, sostuvo:

> Profesores de historia no menosprecien la historia moderna y contemporánea, incluso cuando hayan estudiado las civilizaciones antiguas simples y bien definidas; cuando hayan buscado en la oscuridad de la Edad Media los orígenes difíciles que sorprenden a los pueblos de hoy, no olviden de continuar el desarrollo hasta la última hora. Está bien conocer la historia de las Cruzadas; también la cuestión de Oriente tiene su precio. Está bien conocer el mundo político de los últimos siglos, las guerras de supremacía entre los Borbones y los Habsburgo y tantos grandes esfuerzos destinados a resultados tan ínfimos; pero estamos expuestos hoy en día a guerras mucho más terribles, y es la historia contemporánea la que debe revelar los peligros que amenazan al mundo, y al mismo tiempo calcular las fuerzas que los diferentes pueblos aportan a esta lucha.[174]

Otro factor que inhibió el interés de los historiadores por el presente se encuentra en la preeminencia acordada a los análisis estructurales y de larga duración. Mona Ozouf explica esta situación en los siguientes términos:

173. Anne-Marie Thiese, *La création des identités nationales*, París, Seuil, 1999.

174. Citado en François Seulot, óp. cit., p. 22.

> Para un historiador de la larga duración ¿qué es lo más significativo? De entrada, es lo repetitivo [...] En una historia de lo repetitivo, el hecho sólo existe por el lugar en una serie y el efecto de realidad, privilegio del tiempo presente, carece de importancia. La realidad se eclipsa ante la inteligibilidad. Los historiadores de la larga duración prefieren siempre aquello que es racional a lo que es real. Lo más significativo es también lo masivo, pues, como lo repetitivo, está condenado a existir.[175]

Un último componente que conviene destacar obedeció al hecho de que a medida en que se fueron consolidando las ciencias sociales, este conjunto de saberes empezó a copar el campo en el cual tradicionalmente el conocimiento histórico se había desenvuelto. La restricción temática para la historia fue mucho más clara en los asuntos referidos al presente. En tal deslizamiento programático una función importante le correspondió al papel que estaba empezando a desempeñar la academia de los Estados Unidos en las nuevas orientaciones que seguían las ciencias sociales.

Además del reconocido papel que esta academia tuvo en la fundación de la ciencia política y de las relaciones internacionales, las universidades estadounidenses incidieron poderosamente también en la orientación que siguió la sociología durante buena parte del siglo XX. Mientras esta empresa académica fue una actividad europea, la sociología mantuvo un fuerte nexo con la historia. Weber, Durkheim, Comte, para citar sólo algunos de los más importantes sociólogos, entendían la sociología como una disciplina sensible a los procesos históricos. Pero, cuando esta rama del saber traspasó el Atlántico y se asentó en un medio académico que estaba falto de la densidad histórica del Viejo Continente, entonces, la sociología se orientó preferentemente al estudio del presente. Las nuevas disciplinas en las ciencias sociales y la reorientación que sufrieron las más convencionales, todas las cuales hicieron del presente su campo de actividad, terminaron por estrechar

175. Mona Ozouf, “Longue durée et temps présent”, en *Historiens et géographes,* núm. 287, 1981.

la posibilidad para que la historia siguiera trabajando sobre tópicos de la actualidad y se desplazara hacia las profundidades del pasado.

Cuando se impuso todo este conjunto de circunstancias, la disciplina de la historia vio fuertemente atenuadas las probabilidades de tratar temas del presente. François Hartog recuerda que para Halbwachs el pájaro de la historia no podía emprender el vuelo hasta que la noche estuviera bien cerrada, cuando el presente ya se encontrara muerto. Evoca también el mismo historiador francés que "en 1867 un informe sobre los estudios históricos en Francia concluía: la historia no nace en una época hasta que ésta se encuentra bien muerta. El campo de la historia es el pasado. El presente pertenece a la política y el porvenir a Dios".[176]

Fue sólo durante el último tercio del siglo pasado cuando las cosas comenzaron nuevamente a cambiar. Como se ha tenido ocasión de señalar con anterioridad, no fue gratuita la emergencia de tal interés por el presente. Esta nueva sensibilidad iba de consuno con las grandes transformaciones que venía experimentando el mundo en su conjunto. En varios países del Viejo Continente se fueron creando institutos, comités y cátedras y se empezaron a promover publicaciones periódicas dedicadas al estudio de fenómenos de actualidad, entre los cuales, en un comienzo, un lugar importante le fue adjudicado a la Segunda Guerra Mundial.

Un papel de alta significación en esta genealogía sobre el estudio histórico del presente le correspondió a una remozada historia política, nueva corriente historiográfica, muy distinta de la decimonónica, en lo que concernía al valor asignado al acontecimiento, su interés por los fenómenos regulares y estructurales y por su marcada equidistancia ante las formas tradicionales de escritura histórica.

En esta nueva historia política la atención dejó de gravitar en torno a los personajes, los reinados, los gobiernos y las batallas y se desplazó hacia temas tales como las elecciones, los partidos políticos, la opinión pública, los medios y la política, las instituciones, etcétera, tópicos que ponían a esta corriente a tono con los intereses de otras ciencias sociales, como la sociología, la antropología o la ciencia política, y en

176. François Hartog, *Régimen d'historicité*, óp. cit., pp. 135-136.

correspondencia con los desarrollos que venían expresándose en las reverdecidas historias económicas y sociales, que se interesaban sobre todo por el estudio de las regularidades y de las estructuras.

René Rémond, uno de los principales defensores de esta nueva historia política, sobre el particular, escribió:

> [...] la historia política también puede incluir el estudio de las estructuras. Puede ser una historia de larga duración y siempre he participado de la idea de que quizás es uno de los fenómenos más perennes, debido al peso de la memoria, consciente o inconscientemente; los fenómenos de la cultura política sólo se comprenden en una perspectiva de larga duración.[177]

Otro dispositivo que desempeñó un papel en ningún caso menor fue el nuevo entendimiento del indisoluble vínculo entre el pasado y el presente. Michel de Certeau situó la operación historiográfica en un *entre-deux*, en la intermediación entre el lenguaje del ayer y aquel coetáneo del historiador.

> Es bien evidentemente una lección mayor a retener para los historiadores del tiempo presente. Modificó radicalmente nuestra concepción tradicional del acontecimiento. Así, cuando Michel de Certeu escribió en caliente a propósito de mayo de 1968 que "un acontecimiento no es lo que se puede ver o saber de él, sino lo que deviene (sobre todo para nosotros)". Este enfoque modificaba todo, pues desplazó el foco del historiador que hasta entonces tenía tendencia a limitar su investigación a la atestación de la veracidad de los hechos relatados y a su puesta en perspectiva en una búsqueda causal, mientras que Michel de Certeau invitaba a buscar las huellas dejadas por el acontecimiento después de su manifestación, considerándolas como constitutivas de un sentido siempre abierto.[178]

177. René Rémond, "Le retour du politique", en Bernstein, óp. cit, p. 58.

178. François Dosse, "Michel de Certeau: un historien de l'alterité", conferencia pronunciada en México, septiembre del 2003.

Curiosamente, si a finales del siglo XIX y durante buena parte del siglo XX, la formalización de varias disciplinas sociales había entrañado un debilitamiento de la preocupación de la historia por los hechos más actuales, en la nueva coyuntura que se inaugura en el último tercio del siglo pasado, la historia referida al presente pudo sacar muchos beneficios de la consolidación de instituciones y de programas en ciencia política. Como los departamentos de Historia eran bastante renuentes a destinar espacios y recursos al estudio del presente, fue en los centros, departamentos e institutos de ciencia política donde reinó un buen clima para historizar temas históricos sobre la actualidad. Además de la ciencia política, el periodismo y los medios de comunicación también actuaron en el sentido de potenciar la sensibilidad hacia el estudio del presente. Así es como se fue creando un ambiente en el cual comenzarían a dar sus primeros pasos las propuestas históricas sobre la actualidad.

LA HISTORIA DEL TIEMPO PRESENTE: LA HISTORIZACIÓN DEL PRESENTE HISTÓRICO

Reinhart Koselleck, con ese carácter provocador siempre característico, sostuvo en una oportunidad que la historia del tiempo presente "era una bella expresión" pero "un difícil concepto".[179] No podemos menos que expresar nuestro acuerdo más completo con esta aseveración. En efecto, es bella porque sugiere una historia contemplativa que evoca una descripción metafórica, similar a la que ofreció Fernand Braudel sobre el Mediterráneo.[180] Pero difícil, y ello se observa de entrada en las numerosas inconsistencias que comportan los distintos intentos de explicarla. Como se ha visto, hasta la fecha siguen siendo muy insuficientes las propuestas epistemológicas por dilucidar su contenido.

179. Reinhart Koselleck, *Estratos del tiempo*, óp. cit., p. 115.

180. Contaba el mismo Braudel que poco después de finalizada la Segunda Guerra Mundial, durante una estadía en Florencia, se encontró con un joven filósofo italiano, quien le preguntó si era cierto que el libro había sido escrito en prisión y, ante la respuesta afirmativa, agregó que seguramente por eso siempre le había dado la impresión de que era un libro de contemplación.

En la parte inicial de este libro se tuvo ocasión de ofrecer y comentar el intento de interpretación que ofreció el historiador Henry Rousso, reflexivo historiador, autor de importantes trabajos y que, además, en su momento dirigió el Instituto del Tiempo Presente en París, cuando sostuvo que la historia del tiempo presente "concierne el pasado próximo, para el cual existen todavía actores vivos". Sobre el particular, se sostuvo en su momento que ésta era una afirmación limitada porque se remite a fenómenos bien conocidos, no añade nada nuevo, confunde lo presente con lo reciente y deja por fuera de la explicación las razones de por qué esta historia se conforma a partir del trinomio: historia, tiempo y presente.

Si se quisiera pasar revista rápidamente a las propuestas que brindan otros historiadores y pensadores que se han interesado en este tema, se observa que todas tienden a ubicarse dentro de este mismo registro. En un importante libro de epistemología histórica, Krzysztof Pomian se formulaba una pregunta, la cual sirve a su vez para hacerse de inmediato una idea de qué entiende este historiador por esta historia: "¿Qué es la historia del tiempo presente sino el período de las generaciones todavía vivientes o que están con vida?". A continuación, acotaba que la duración de vida se ha prolongado en los países desarrollados en condiciones en que se ha reducido el tiempo para disponer de los documentos de archivos.[181] No vale la pena volver a comentar los motivos de por qué esta historia no puede ser identificada exclusivamente con las generaciones vivas. No es necesario volver sobre ello. Con respecto a la disponibilidad de los archivos, tampoco éste es un rasgo distintivo de esta historia, porque para el presente se dispone de una gama tan amplia de fuentes (Internet, fotografías, videos, prensa, oralidad, etcétera), que el documento de archivo ha perdido su anterior monopolio. En realidad, es una historia que se confecciona a partir de otro tipo de fuentes y con otro tipo de procedimientos.

Paul Ricoeur, filósofo contemporáneo que tanto reflexionó sobre el quehacer del historiador, proponía distinguir dos particularidades en la historia del tiempo presente: la historia de un pasado reciente

181. Krzysztof Pomian, *Sur histoire,* óp. cit., p. 379.

que comportaba un punto de finalización (v. gr., la Segunda Guerra Mundial, los imperios coloniales, el mundo comunista), incluso cuando los efectos de la memoria se mantuvieran latentes, y una historia del tiempo presente no cerrada, de la cual no se conoce la finalización. Válida distinción que sirve para entender una diferencia de fondo que existe entre la historia reciente y la del tiempo presente, pero que tampoco permite avanzar mayormente en el entendimiento de esta última.

Estos tres ejemplos que acaban de ofrecerse son más que suficientes para ilustrar el entendimiento habitual que se ha hecho de este campo, y lo poco que se ha avanzado en sus coordenadas fundamentales. A continuación, se pasará a ofrecer una visión sintética de la perspectiva sobre la historia del tiempo presente que se ha venido desarrollando a lo largo de este escrito.

De entrada se puede afirmar que esta historia es más sutil y compleja que lo que habitualmente se ha sostenido o se ha imaginado. Un primer elemento que debe tenerse en cuenta es que cada uno de los términos en los que se descompone el concepto, así como la imprescindible correlación que existe entre ellos, deben desempeñar un papel en la explicación global. Se debe considerar como historia en cuanto es un enfoque que pone énfasis en el desarrollo de los acontecimientos, situaciones y procesos sobre los que trabaja. Es tiempo en la medida en que se interesa por comprender la cadencia y la extensión diacrónica y sincrónica de esos fenómenos analizados. Es presente, entendido como duración, como un registro de tiempo abierto en los extremos, es decir, que retrotrae a la inmediatez ciertos elementos del pasado (el espacio de experiencia) e incluye el devenir en cuanto expectativas o futuros presentes (el horizonte de expectativa).

El segundo elemento que debe tenerse en cuenta consiste en que esta historia se compagina con las transformaciones que han experimentado las sociedades contemporáneas. Esta argumentación no debe entenderse en un sentido estrecho, como si la historia del tiempo presente tuviera como finalidad dar cuenta de la profundidad de estos cambios y que siempre haya que hacer mención de la modernidad-mundo, del régimen de historicidad predominante, de

la dilatación del presente, etcétera. Debe entenderse más bien en su sentido amplio, es decir, como un enfoque que procura comprender la cadencia y la extensión espaciotemporal de los fenómenos que estudia y, en ese sentido, es una historia que debe interiorizar las coordenadas cambiantes de la contemporaneidad que se vive.

El tercer elemento de esta historia del tiempo presente consiste en una importante reflexión que ha legado Reinhart Koselleck, la cual permite entender la manera como se debe acometer el análisis de situaciones que se desarrollan en presencia o en coetaneidad con el observador. Tal reflexión constituye una manera práctica de abordar el empleo de esas dos nociones metahistóricas —el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa— en la operación histórica. El mencionado historiador sostuvo que existen distintos tipos de escritura y de experiencias que participan en la producción de la historia. Según su parecer, en la historia pueden observarse tres tipos-ideales de escritura, las cuales corresponden a estratificaciones y experiencias temporales específicas: *la historia que registra, la historia que desarrolla* y la *historia que reescribe.*[182]

La primera constituye un acto completamente único, es una especie de crónica o de "biografía del presente", se caracteriza por el énfasis en la sincronía y se fundamenta en fuentes y en observaciones directas y en experiencias vividas. La segunda se representa como una operación histórica que acumula duraciones, compara, sobrepone un buen número de experiencias individuales y colectivas para ofrecer una mirada de conjunto, para demostrar la manera como un acontecimiento o una situación pudieron haber sido experimentados por parte de una determinada generación. La última, se confecciona necesariamente a partir de las dos anteriores, incluye las valoraciones y las explicaciones en términos de variadas duraciones y "corrige las anteriores para retrospectivamente extraer una nueva historia", pues corresponde a una nueva condición de experiencia.

El aporte más importante de tal propuesta consiste en que para Koselleck esta variabilidad de formas de escrituras no cabalga en el

182. Reinhart Koselleck, *L'expérience de l'histoire,* óp. cit., p. 214.

vacío, sino que se fundamenta en otro tríptico histórico, que tanto interesó a este historiador: las diferentes maneras en que las experiencias son asumidas. Sostiene el filósofo e historiador alemán que la historia trata fundamentalmente sobre las experiencias y los distintos modos en que las historias son contadas, y obedecen, por tanto, a disimilitudes que se presentan en la manera como las experiencias son asumidas, interiorizadas y valoradas por los respectivos individuos o colectivos Estos tipos posibles de escrituras se organizan, de esta manera, a partir de tres modalidades recurrentes de experiencias.

La primera consiste en la experiencia original, es aquella que ocurre como por sorpresa, que desencadena un mínimo diferencial temporal entre el "antes" y el "después", y en la que todo individuo quedará marcado por la forma como vive o sufre el correspondiente acontecimiento. La segunda se realiza por un proceso de acumulación, para lo cual se requiere de un tiempo mínimo para recoger la experiencia, la cual puede ser individual (a lo largo de una misma vida) como colectiva (propia de una generación). La tercera se despliega a largo plazo, "[…] lentamente o a golpes, sobrepasando las conmociones espontáneas y las cosas imprevisibles, desplazando todas las experiencias determinadas, hechas constantes y lentamente aceptadas por las generaciones: es entonces cuando el capital de experiencia anterior de corto y mediano plazo se transforma complemente".[183]

En este último caso, se trata de una mutación profunda que trasciende la experiencia de las personas individuales y de las correspondientes generaciones, razón por la cual sólo una reflexión histórica puede aprehender de manera retrospectiva. Si las dos experiencias primeras son preferente sincrónicas, y se corresponden con el vivir inmediato, con el periodismo, la historia actual o inmediata, la sociología o la ciencia política, la última es fundamentalmente una perspectiva diacrónica de las sincronías anteriores (es decir, es histórica), y ello obedece a que es un enfoque que se sustrae de la experiencia directa y no se encuentra directa y exclusivamente mediada por ella. Esta última perspectiva, más diacrónica que sincrónica, muestra de

183. Ibídem, p. 212.

modo ejemplar la distancia que separa la historia inmediata o actual de la historia del tiempo presente y demuestra la brecha que subsiste entre los enfoques de las restantes ciencias sociales de lo que constituye el análisis histórico sobre el presente.

Otra impronta que comporta esta historia puede resumirse en la siguiente afirmación: en la medida en que el eje nodal en torno al cual se construye está conformado por las nociones de espacio y tiempo, los espacios de experiencia y los horizontes de expectativas, la historia del tiempo presente es un enfoque global transdisciplinario. Es global porque su mismo objeto de estudio lo es y porque se propone ir más allá de las fragmentaciones historiográficas e históricas. Es transdisciplinaria porque dialoga e interactúa con el conjunto de ciencias sociales y porque reconecta los distintos ámbitos sociales a partir de la centralidad acordada al espacio, al tiempo y a los conceptos metahistóricos koselleckianos.

No obstante su transdisciplinariedad, éste es un enfoque histórico y no es sociología ni politología ni el derivado de ninguna otra disciplina. Varios elementos se pueden citar en apoyo de la historia. En aras de la brevedad, en esta ocasión son útiles unas precisiones que sobre el particular realizaron Michael Werner y Bénédicte Zimmermann, cuando querían demostrar que el enfoque que ellos proponían sobre la historia *croisée*, que también convocaba a las ciencias sociales, era fundamentalmente histórico. Primero, por el compromiso de la mayor parte de las ciencias sociales en dirección de una historización de sus saberes, porque "la historización es hoy una dimensión ineludible en la producción de conocimiento sobre las sociedades humanas". Segundo, la referencia a la historia se justifica por la atención brindada al proceso de constitución de los objetos y categorías y a la génesis de las configuraciones de análisis y de acción (identificación de temporalidades). Por último, es historia porque remite a un componente narrativo, descriptivo y comprensivo propio de una ciencia social empírica.[184]

184. Michael Werner y Bénédicte Zimmermann, óp. cit., p. 30.

Esto lleva a concluir que la historia del tiempo presente constituye una propuesta que se propone historizar las experiencias colectivas de acuerdo con el entendimiento de la cadencia temporal de los fenómenos sociales que acontecen durante el intervalo de tiempo que se ha definido como el presente histórico contemporáneo.

En esta historia la noción de 'tiempo' ocupa un lugar central porque la particularidad que ofrece este enfoque consiste en su esfuerzo por comprender y explicar las coordenadas espaciotemporales de los fenómenos sociales contemporáneos, que son sometidos a estudio, o sea, discernir la manera como operan e interactúan los espacios de experiencia con los horizontes de expectativas, para así poder entender los elementos diacrónicos que sobreviven existencial o presencialmente en el presente y precisar la funcionalidad que se les asigna en su interrelación con los horizontes en cuanto posibles experiencias acariciadas.

Como se ha señalado, el tiempo como duración es una constelación singular que incluye una amplia gama de itinerarios relativos y absolutos. Es una historia que se esfuerza igualmente por comprender el valor que encierran las horizontalidades (sincronía o sobreposición) dentro de los confines de este entendimiento del presente contemporáneo como una modernidad-mundo. Es también un enfoque que, a través de la cadencia de los fenómenos que estudia, procura situar el evento o la situación en su correlación con el respectivo "espacio de experiencia" y por medio de este procedimiento sumergirse en dirección de las "aguas profundas" y recorrer las tendencias que avanzan en el sentido de forjar el mañana.

En síntesis, la historia del tiempo presente constituye la manera que se propone para abordar el presente que nos ha correspondido vivir y es, por tanto, un enfoque particular propio de nuestra contemporaneidad. Aun cuando no pueda demostrarse de modo concluyente, se puede sostener que en el pasado pudieron existir historia del presente, historias inmediatas, pero no historias del tiempo presente, debido a que sólo dentro de este contexto de la modernidad-mundo, la cadencia temporal ha adquirido la viscosidad y la plasticidad que se puntualizó con anterioridad. Es una historia distinta a las que han caracterizado a la disciplina por su relación con

tipos inéditos de fuentes (v. gr., los medios digitalizados), la disponibilidad de fuentes orales, pero sobre todo por su manera de abordar los fenómenos sociales. Por último, pero no por ello menos importante, es una historia que unifica el estudio de lo factual con la historiografía, es una historia contemplativa en la medida en que el archivo es sustituido por la biblioteca y el análisis riguroso del hecho histórico por la comprensión no menos rigurosa.[185]

Quizá la imagen que mejor pueda caracterizar el enfoque que se está proponiendo sea a través del término francés *longueur*, que se refiere a la dimensión de una cosa en el sentido de una mayor extensión espacial y que alude también a su prolongación de la duración en el tiempo. *Longueur* no es un intervalo sino que representa un *espacio de tiempo*. La historia del tiempo presente procura comprender la duración y la extensión temporal y espacial de los fenómenos actuales.

Interpretar la historia como *longueur* conduce a imaginarla como el diseño de una narrativa que se despliega de modo contemplativo, como una historia-*flâneur*, de manera similar a como Walter Benjamin acometió su estudio sobre París, donde cada forma de movimiento espacial y temporal entraña una específica forma de conocimiento, donde cada aproximación revela las distintas cadencias y extensiones que comportan las cuestiones sociales y donde lo material y las representaciones se mediatizan de manera poderosa.[186]

En cuanto a sus maneras de proceder, es una historia que rompe con la secuencia cronológica porque se inicia con el establecimiento de un punto de partida, un lugar (espacial y temporal) en el presente, pero con un horizonte de expectativa sobre el presente, perspectiva de futuro que permite tomar la distancia necesaria, para enseguida realizar la inmersión en la duración del tiempo de las cosas que están siendo observadas. La correspondencia con el espacio de experiencia en su recorrido hacia la actualidad descubre las tendencias que gobiernan las cosas y, de esa manera, se reconecta nuevamente con

185. Bartolomé Yun Casalilla, ""Localism", global history and transnational history. A Reflexion from the historian of early modern Europe", en *Historisk Tidskrift,* núm. 4, 2007.

186. David Harvey, *París, capital de la modernidad,* Madrid, Akal, 2008.

el horizonte de expectativa. Es una historia-*flâneur,* es decir, es una especie de montaje que conforme al estudio de elementos minúsculos reconstruye la fisonomía de las cosas y produce una comprensión más abarcadora. De ahí la importancia que la historia del tiempo presente le asigna a los acontecimientos y la historiografía contemporánea a las coyunturas históricas, esos trascendentales intervalos en los que se potencia, se desvía o se visibiliza el desarrollo de los procesos.

Jacques Revel sobre el particular ha señalado cuatro buenas razones por las que merece la pena seguir pensando en el acontecimiento desde un punto de vista histórico. En primer lugar, porque el acontecimiento "permite pensar la multiplicidad del tiempo social en términos diferentes a los de una jerarquía objetiva de las duraciones". En segundo lugar, porque lleva al historiador a tomar a los actores en serio y asimilar lo que ha sido para ellos su experiencia temporal, su vivencia individuada del tiempo. En tercer lugar, la importancia de lo anterior implica tomar en cuenta la dimensión pragmática, es decir, lo que significa el hecho de actuar. Por último, se puede vincular el redescubrimiento del acontecimiento con la reflexión en curso sobre las variaciones de las escalas de observación y sobre las posibilidades de análisis diferencial de lo social que éste puede permitir".[187]

Esta variabilidad de significados del acontecimiento se encuentra presente en la historia del tiempo presente, porque éste debe ser entendido como una *ventana* y no como un espejo, que permite la observación de los movimientos que ocurren en los niveles más profundos y la comprensión de las distintas cadencias que comportan los procesos participantes en la construcción de la contemporaneidad. Es a través de los acontecimientos como se puede capturar los fulgores de la coyuntura y de los procesos. En el acontecimiento, la larga duración de la estructura se conjuga con la coyuntura y la inmediatez de la acción, interacción que permite un análisis dinámico de las relaciones entre la estructura y la acción. La historia del tiempo presente representa, por tanto, una especie de involución del marco

187. Jacques Revel, "Retour sur l'événement: un itinéraire historiographique", en Jean Louis Fabiani (dir.), *Le goût de l'enquête*, París, L'Harmatthan, 2001, pp. 115-116.

metodológico que acariciaba Braudel, pues arranca de los "destellos de luz" (los acontecimientos) para captar las vibraciones subterráneas (coyunturas y procesos) y, de esa manera, "horadar" en la oscuridad.

Como se ha observado, la historia del tiempo presente presta especial atención al tiempo y una de sus particularidades consiste en el estudio de las cadencias de los fenómenos estudiados, con sus aceleraciones y ralentizaciones, el entendimiento de la disimilitud de movimiento en los diferentes campos y las retroalimentaciones y choques que se presentan entre todos ellos o entre algunos. La complejidad de los ritmos múltiples constituye la razón de ser y es el principal aporte de la historia del tiempo presente para el estudio de la contemporaneidad actual. Esta variabilidad de ritmos y de alcances temporales dista enormemente de una equívoca idea amplia difundida que presupone que existiría una cadencia inherente a la globalidad histórica, que estaría integrando y homogenizando a todos los colectivos humanos, cuando en realidad solamente los ecualiza.

Otra condición inherente a la historia del tiempo presente es que presupone el juego de escalas. En la medida en que el corazón de la propuesta consiste en trabajar sobre el componente espaciotemporal de los fenómenos sociales, el enfoque no puede realizarse en una única dimensión; se requiere más bien lo que Jacques Revel ha denominado *un juego de escalas*,[188] con permanentes tránsitos del nivel local al global, de lo global a lo local y las compenetraciones posibles entre ellos. Como ha demostrado el mencionado autor, el cambio de foco en los juegos de escala no significa sólo aumentar o disminuir el objeto en el visor, sino que implica alterar la forma y la trama, pues se modifica el contenido de la representación.

En ocasiones, este juego de escalas implica asumirla como una historia compartida (*shared history*), porque no consiste en comparar experiencias, sino en tomar en consideración todos los niveles de la operación historiográfica. Es aquí donde entran en juego la compenetración con colegas de otras latitudes. "Esta actividad presupone la

188. Jacques Revel (dir.), *Jeu d'echelles. La micro-analyse à l'expérience*, París, Gallimard, 1996.

colaboración con académicos de diferentes medios, diferentes países y determina el objetivo de la investigación, los problemas, así como las fuentes o el cuerpo documental para confrontar resultados comunes en los diferentes países participantes".[189]

Es una historia que promueve el desarrollo de enfoques comparativos; no sólo los métodos de comparación, sino las perspectivas cruzadas porque el objetivo no consiste tanto en confrontar universos vecinos en el espacio, sino en explicar las especificidades y las resonancias de los itinerarios históricos. De tal suerte que a veces se convierte en una especie de contraparadigma que controvierte la cultura dominante de las historias nacionales. Es un comparativismo igualmente interpretativo porque se interesa más por los procesos que por las instituciones.[190]

En síntesis, la historia del tiempo presente es un enfoque que se propone el diseño de una cartografía topológica de las coordenadas fundamentales de la contemporaneidad. Dentro de este contexto es donde se debe aprehender el lugar, el contenido y el sentido de los acontecimientos y las situaciones bajo observación. Puesto que estos ejes están conformados por el espacio y el tiempo, es una historia abocada a comprender los fenómenos espaciales contemporáneos a partir de sus variadas espacialidades y temporalidades, sus cadencias, alcances, extensiones, sincronizaciones y encadenamientos. En pocas palabras, la historia del tiempo presente representa la ruta cartográfica de la historia global.

189. Fabrice D'Almeida, óp. cit.

190. Mauriccia Salvatti, "Histoire contemporaine et analyse comparative en Italie", óp. cit., p. 155.

4

EL LUGAR DE 1989 EN EL PRESENTE HISTÓRICO CONTEMPORÁNEO

A inicios del 2009 la revista *Global Society* convocó la recepción de artículos para un dosier sobre un tema de gran actualidad y evidente pertinencia: el impacto global de 1989. Apenas se leían los términos de la convocatoria, una serie de preguntas se venían a la mente: ¿cómo y desde qué perspectiva se debe abordar en las ciencias sociales el impacto de un acontecimiento?; ¿se trata de evaluar la significación de un año-acontecimiento, o por 1989 debe presumirse la "revolución pacífica" en la Europa centro-oriental?; ante los radicales cambios que ha experimentado el mundo en los inicios del nuevo siglo, ¿las teorías de las relaciones internacionales siguen siendo enfoques válidos para analizar los asuntos contemporáneos o se debe optar por perspectivas nuevas y distintas?; por último, ¿cómo debe interpretarse el impacto de un acontecimiento que seguramente hoy por hoy se ubica en aquella vaga intersección entre la contemporaneidad inmediata y la historia?

Si la invitación a pensar en el impacto global del 89 hubiera sido formulada hace unos diez años, dudo que alguien, entre los que me encuentro, se hubiera atrevido a cuestionar la importancia de este acontecimiento o hubiera puesto en tela de juicio la mera discusión sobre su pertinencia. Pero, no ocurre lo mismo cuando se plantea este interrogante luego de que han pasado dos décadas de cuando se produjeron esos cruciales sucesos. Distante nos encontramos de aquellos años en los que la primera ministra británica, Margaret Thatcher, sostenía, con gran regocijo por cierto, que el 89 había demostrado que Occidente había ganado la Guerra Fría. Lejos nos hallamos también de

ese décimo aniversario, cuando muchos analistas y académicos, entre los cuales nuevamente debo contarme, argumentaban que el 89 constituía un macroacontecimiento, cuya envergadura se visibilizaba en el hecho de que había entrado a desempeñar un papel fundamental en la definición de la contemporaneidad que entonces se vivía. En esos años, una amplia mayoría de académicos y analistas compartía la tesis divulgada por Eric Hobsbawm en su libro *Historia del siglo* XX de que éste había sido un siglo "corto", que se había iniciado tardíamente, en 1914, y finalizado apresuradamente en 1989.

Si bien hasta la fecha nunca he dejado de interesarme por los sucesos de 1989, debo reconocer que hoy por hoy no me atrevería a afirmar con la misma contundencia que sus impactos se mantengan latentes, ni que sus fosforescencias sigan horadando nuestra actualidad más inmediata, ni que haya sido el acontecimiento más determinante de nuestra contemporaneidad. Este cambio de actitud obedece a cierto escepticismo con las teorías de las relaciones internacionales para explicar las coordenadas fundamentales de la contemporaneidad, al entendimiento del carácter reflexivo de la misma historia y a la necesidad de acometer el estudio de fenómenos actuales desde la perspectiva de la historia del tiempo presente.

BUSCANDO UNA RESPUESTA EN LA HISTORIA

Para esclarecer este punto de vista, exponer una nueva tesis y proponer un marco de análisis que permita evaluar la significación y el impacto de un acontecimiento contemporáneo, creo que se debe recurrir a la disciplina de la historia, por su preocupación por entender la temporalidad de los fenómenos sociales, por su capacidad para dar cuenta de la historicidad de ellos y por su flexibilidad para englobar elementos provenientes de otras disciplinas.

De modo más particular, conviene señalar que a continuación se acometerá el análisis del año acontecimiento de 1989 a partir de aquella área de la disciplina histórica que hemos desarrollado bajo el rótulo de la historia del tiempo presente, la cual se entrelaza con ciertas inferencias que podemos derivar de algunas de las tesis sugeridas por

dos de los más importantes historiadores del siglo pasado: Fernand Braudel y Reinhart Koselleck.

Del primero, tal como sostuviera Charles Tilly, que debe ser asumido "más como una fuente de inspiración que como un modelo de análisis",[191] se puede retomar el espíritu de su reflexión sobre el tiempo histórico y su división en variadas duraciones. Como es un asunto bien documentado, para el historiador francés, el tiempo histórico no es unilineal ni mensurable cronológicamente, pues existen tres grandes duraciones, cada una de las cuales se correlaciona con una esfera en particular: el tiempo largo o la "historia casi inmóvil",

> la historia del hombre en sus relaciones con el medio que lo rodea; historia lenta en fluir y en transformarse, hecha no pocas veces de insistentes reiteraciones y de ciclos incesantemente reiniciados [...] Por encima de esta historia inmóvil se alza una historia del ritmo lento [...] una historia *social*, la historia de los grupos y las agrupaciones [...] Finalmente, la historia tradicional, o, si queremos, la de la historia cortada, no a la medida del hombre, sino a la medida del individuo, la historia de los acontecimientos [...] Una historia de oscilaciones breves, rápidas y nerviosas [cursivas en el original].[192]

Este tríptico temporal constituye una fecunda primera entrada para evaluar la significación que comporta 1989, porque el discernimiento de distintas duraciones hace posible la construcción de diferentes escalas de observación y la puesta en escena de disímiles narrativas, las cuales, en su inexorable encadenamiento, permiten ofrecer valoraciones diferenciadas de los elementos sometidos a análisis, muchos de los cuales no pueden ser aprehendidos únicamente desde un ángulo en particular. En efecto, diferentes realidades se visibilizan de 1989 en cada una de estas duraciones, razón por la cual las valoraciones de sus impactos resultan ser igualmente heterogéneas.

191. Charles Tilly, *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1984, p. 74.

192. Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, t. I, 1997, pp. 17-18.

De Reinhart Koselleck se puede retomar la tesis sobre los diferentes tipos de escritura y de experiencia que participan en la historia, tal como se expuso en el capítulo anterior, donde, formalizando un poco las cosas, la primera puede identificarse con la corta duración, la segunda con la mediana duración braudeliana y la última corresponde a una "abreviada larga duración".

Las posiciones políticas, ideológicas e incluso los intereses académicos de ambos historiadores siguieron trayectorias casi opuestas. Sin embargo, por el papel asignado a las experiencias, a las formas de escritura y a la concepción del tiempo en la historia, subdividido en duraciones, se puede sostener que compartían un sustrato común, el cual resulta muy valioso cuando se quiere acometer una valoración sobre el impacto global de 1989: la comunión de estos tres elementos nos muestra la variabilidad de significados que se han asignado al acontecimiento, nos permite desarrollar distintas escalas de aproximación al problema, da cuenta del carácter reflexivo que encierra la historia y, por último, permite ubicar el acontecimiento dentro de unas perspectivas más panorámicas, o de "larga duración", como seguramente habría dicho Braudel.

Por último, un par de comentarios sobre la historia del tiempo presente. Tal como se ha sostenido en páginas anteriores, la historia del tiempo presente es un enfoque de interpretación del presente histórico, es decir, de la contemporaneidad, entendida como una determinada extensión de tiempo.

En la historia del tiempo presente, el acontecimiento se convierte en una herramienta heurística de primer orden, dado que es la ventana a través de la cual se pueden visibilizar los movimientos subterráneos del presente histórico. El entendimiento de las principales coordenadas de este registro histórico de tiempo, a su vez, ilumina el lugar, el papel y el impacto de todos aquellos acontecimientos que se desarrollan en su interior. Es decir, a través de la historia del tiempo presente se puede establecer una retroalimentación entre el contenido del presente histórico y los acontecimientos, lo que de suyo sugiere importantes indicios para comprender el impacto que pueden

tener estos eventos en el desarrollo de un determinado período o en el desencadenamiento de ciertos procesos.

Claro está que en la historia, el acontecimiento no es un fenómeno que posea características genéricas, válidas para todo tiempo y lugar, ni constituye un simple hecho histórico. El acontecimiento es el principal "productor de la historia",[193] pero su representación, significación, profundidad y medida son variables, tal como lo afirmaba el filósofo Paul Ricœur, cuando reconocía la existencia de tres tipos de acontecimientos: primero, los infrasignificativos, es decir, aquellos tipos de eventos que evocan la sorpresa de la inmediatez y producen mucho ruido y humo, sin que comporten elementos de significación mayores que trasciendan al acontecimiento mismo. El segundo, "orden y reino del sentido", se distingue porque linda con lo no-acontecimiento, debido a que corresponde a ciertas regularidades, dependencia estructural que puede entrañar muchas veces una negación del evento mismo. Por último, el suprasignificativo, que recupera el acontecimiento como emergencia. En este caso, el acontecimiento engendra sentido, y es parte integrante de una narración constitutiva de identidad fundacional.[194]

El reconocimiento de estas distintas calidades de acontecimiento resulta ser otro asunto muy importante para este propósito porque la evaluación del impacto que pueda tener el año de 1989 descansa en la calidad misma del año en cuestión. Si corresponde al primer tipo, sus repercusiones se agotan apenas se extinguen sus fosforescencias. Si es un evento de tipo estructural, entonces su importancia no obedece a su calidad misma, puesto que responde a movimientos subterráneos, de los cuales 1989 representaría un simple epifenómeno. Finalmente, si es un acontecimiento que dispone de la cualidad de engendrar sentido, en este caso sus fosforescencias perduran a mediano y largo plazo. Este último, que es el que corrientemente ha sido identificado con 1989, es un tipo de situación, cuyos efectos y vibraciones persisten

193. Julio Aróstegui, *La investigación histórica,* óp. cit., p. 256.

194. Citado en François Dosse, *L'histoire,* óp. cit., p. 110.

a cierta distancia espacial y temporal de su epicentro[195] y se caracteriza, además, por poseer la capacidad de establecer una distancia cualitativa entre su "anterior" y su "posterior", entre el "antes" y el "después"; es decir, es un acontecimiento que tiene la calidad de prefigurar o simbolizar el cierre de un capítulo y el inicio de una nueva configuración o estructuración. Cuando un acontecimiento logra establecer claramente esta demarcación, desencadena un abrupto cambio social, transforma la sociedad y, entonces, el "antes" "deja de ser el patrón sobre el que se traza el presente para pasar a ser como máximo un modelo de referencia".[196]

A título de ilustración de la cambiante naturaleza que puede experimentar un acontecimiento, se puede tomar el caso del 11 de septiembre del 2001. En contravía de aquellos análisis politológicos que lo consideraron en su momento como un acontecimiento *dividing*, *epoch making*, que habría abierto una nueva era en la historia de la humanidad, en realidad, se puede afirmar que en la medida en que nos distanciamos de esta fecha su significación ha ido menguando en correspondencia directa con el alejamiento temporal. Con ello no quiero decir que este acontecimiento no haya sido un hecho atroz y condenable. En millares de personas ha quedado firmemente grabado en la memoria y se puede dudar de que las actuales generaciones lleguen algún día a olvidarlo. Pero lo que ocurrió con el 11 de septiembre del 2001 es que, no obstante haber sido un evento por todos ampliamente conocido, no fue un tipo de acontecimiento con capacidad para engendrar un corte radical entre un "antes" y un "después". Es cierto que el mundo de inicios del nuevo siglo es distinto del de la última década del anterior, pero no por el 11 de septiembre, sino por otro tipo de desarrollos que han caracterizado los últimos veinte o cuarenta años.

195. Paul Ricœur, *La memoria, la historia, el olvido*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 320.

196. Robert O'Brien y Marc William, *Global Political Economy. Evolution and Dynamics*, Nueva York, MacMillan, 2004, p. 26.

En síntesis, de los elementos antes señalados, los cuales hemos retomado de ciertos acápites de las concepciones braudelianas y koselleckianas y de algunos atributos de la historia del tiempo presente, podemos concluir que para valorar el impacto global, es decir, mundial, de 1989 el fenómeno debe ser abordado desde el ángulo de las distintas duraciones. En cada uno de estos registros de tiempo se deben consignar los cambios de experiencia que orientan las valoraciones reflexivas que se tienen del acontecimiento. Este ejercicio de análisis nos permitirá ofrecer algunas conclusiones sobre la naturaleza del año en cuestión y determinar los niveles de significación que ha comportado para nuestro presente más inmediato.

LA INMEDIATEZ DE 1989

La corta es la más caprichosa de las duraciones, porque la luminosidad y la velocidad de los acontecimientos impiden reconocer los movimientos de las aguas más profundas de la historia. Sobre el particular, Fernand Braudel ofrece una bella imagen que sintetiza las incertidumbres que rondan en el estudio de fenómenos en la corta duración: "Conservo el recuerdo de una noche, cerca de Bahía, en que me encontré envuelto por un fuego de artificios de luciérnagas fosforescentes; sus pálidas luces resplandecían, se apagaban, refulgían de nuevo, sin por ello horadar la noche con verdaderas claridades. Igual ocurre con los acontecimientos: más allá de su resplandor, la oscuridad permanece victoriosa".[197] Si bien de la corta duración no se puede derivar el significado intrínseco que comportó el año-acontecimiento en cuestión, un rápido vistazo a lo ocurrido durante esos meses nos brinda una primera entrada sobre los cambios en curso y el vértigo que se presenta cuando la historia parece ingresar en un ciclo de aceleración.

En rigor, algunos años pesan más que otros en la balanza de la historia. Mil novecientos ochenta y nueve fue uno de esos años excepcionales, sobrecargado de significación. Una breve recordación de

197. Fernand Braudel, *Ecrits sur l'histoire,* París, Flammarion, 1969, p. 22.

algunos de sus principales eventos así lo demuestra. El año se inició con el retiro definitivo de las tropas soviéticas de Afganistán, fenómeno que, de por sí, auguraba que ese año sería positivo para los procesos de distensión, porque se eliminaba un serio obstáculo que había inhibido, e incluso, tensionado las relaciones entre las grandes potencias, y porque la medida adoptada por el Kremlin demostraba la nueva voluntad política de la dirigencia soviética, tal como se expresaba en el llamado "nuevo pensamiento político", novedoso guión en la orientación de las relaciones externas de la antigua Unión Soviética. En abril, después de años de guerra y largos meses de negociaciones, Namibia accedió a la independencia, cerrando un capítulo más de la descolonización y de la anterior internacionalización de los conflictos regionales a través de los cuales se inscribía una dinámica específica de aquella configuración mundial basada en la oposición entre el Este y el Oeste. En mayo, las autoridades húngaras abrieron su frontera con Austria, suceso que abrió un boquete en la tristemente célebre "cortina de hierro". En junio, un paréntesis televisivo transmitía al mundo entero la represión de las manifestaciones estudiantiles en la Plaza Tiananmen, acción oficial con trágico saldo que, sin embargo, no logró empañar el optimismo ni comprometer los aspectos positivos de este año decisivo ni supuso tampoco el retorno de la dirigencia china a la estrategia aislacionista que habían practicado los primeros gobiernos comunistas. En julio, la capital francesa se vestía de gala y recibía con júbilo a todo el mundo para celebrar con gran pompa el segundo centenario de la Revolución francesa, revolución cuyos resultados cobraban mayor vigencia a medida que se universalizaba un buen número de preceptos emanados y difundidos doscientos años atrás. En diciembre, el candidato de la Concertación —Patricio Aylwin— triunfó sobre las fuerzas pinochetistas en Chile, dando inicio a la democratización de la nación austral, con un mandato presidencial que nacía de las urnas. Caía así uno de los últimos bastiones dictatoriales en América Latina y la región parecía ponerse a tono con el ciclo democrático que entusiasmaba al mundo entero. En ese mismo mes, el Gobierno norteamericano, sacando partido del nuevo clima internacional, invadió Panamá para deshacerse del general Manuel

Noriega, lo cual prefiguraba la consolidación de nuevos temas en la agenda internacional (v. gr. la lucha contra el narcotráfico), pero no de nuevos procedimientos, por cuanto la intervención de los países grandes y poderosos en los pequeños y débiles ha sido un fenómeno recurrente en la historia. Finalmente, durante el último trimestre, se produjo la visita de Mijaíl Gorbachov al Vaticano y luego el encuentro en Malta entre los presidentes de los Estados Unidos y la antigua Unión Soviética, reunión que supuso el inicio de un mundo nuevo en sus coordenadas fundamentales, ya que fortaleció la cooperación entre las dos superpotencias, acabó con los diferendos ideológicos y posibilitó el abandono de la tesis de la bipolaridad intersistémica como eje principal de la vida internacional.

El año, sin embargo, aún no finalizaba. Mantenía escondida una grandísima sorpresa, que todos presentían pero nadie esperaba que fuera posible. En marzo de 1989 se celebraron las primeras elecciones libres en la antigua Unión Soviética, máxima expresión del compromiso del gobierno del país de los soviets con la democracia, con lo cual se dio inicio al rápido desmonte del monopolio comunista, dado que en numerosas circunscripciones los representantes del anterior partido gobernante fueron barridos por los candidatos independientes. La celebración de las primeras elecciones libres desempeñó un papel fundamental en el desarrollo ulterior al convertirse en una de las situaciones que más contribuyó a legitimar a corto plazo la identidad nacional como referente político en sustitución del comunismo, transformación que aceleró el proceso de desintegración de la antigua Unión Soviética y acabó con una de las dos grandes potencias.

Si bien esta contienda electoral en la antigua Unión Soviética fortaleció la "gorbymanía" en todo el mundo, y sobre todo en las naciones más desarrolladas del Viejo Continente y de América del Norte, sucesos igualmente trascendentales estaban comenzando a desarrollarse en la Europa centro-oriental. Desde inicios del año se estaban observando cambios importantes en la vida política de Hungría y Polonia, fenómenos que, en parte, se inscribían dentro de los procesos globales de distensión, ya que la importancia estratégica de estos países para la antigua Unión Soviética perdía significación en momentos en que las

relaciones soviético-norteamericanas llegaban a su mejor nivel. Como resultado de ciertas dinámicas políticas internas, en Polonia, a través de sucesivas negociaciones entre los sectores oficiales y la oposición, se celebraron comicios que culminaron en la elección del primer jefe de Estado no comunista, Tadeusz Mazowiecki, y, en Hungría, se aceleró la reconversión del antiguo partido gobernante en una organización de inspiración socialdemócrata, que osó romper con la otrora tesis monolítica de la inevitabilidad de la dictadura del proletariado.

En noviembre se aceleró la cascada de los eventos y en un período de pocas semanas la vorágine barrió con varios de los regímenes socialistas en la Europa centro-oriental. La República Democrática Alemana inauguraría esta nueva fase cuando se impuso (obviamente, en contravía de la voluntad de buena parte de la clase dirigente), abrir el Muro de Berlín y permitir la libre circulación de las personas con el otro Berlín y con la República Federal Alemana; posteriormente, en Checoslovaquia, los comunistas, comprendiendo que ya era totalmente imposible mantener el antiguo sistema, realizaron apresuradas reformas, abrieron la frontera con Austria y convocaron a elecciones en las que resultó que un opositor, un disidente, un cofundador de la "Carta de los 77", el dramaturgo Vaclav Havel, llegó a la Presidencia. Contemporáneamente con los sucesos en Checoslovaquia, las autoridades búlgaras intentaron una acción desesperada y, después de años de ortodoxia, optaron por "gorbachovizarse", antes de que una revolución popular también los derribara. Finalmente, Rumania puso término a este capítulo con la sublevación organizada por el Comité de Salvación Nacional, que acabó con los largos años de dictadura de la familia Ceausescu.

La velocidad de estos cambios no logró minimizar la importancia de lo que estaba ocurriendo. La rápida salida del comunismo, y la correspondiente reconversión a la economía de mercado, la democracia y el Estado de derecho, señaló el ocaso de los sistemas socialistas europeos como desarrollos alternativos al capitalismo y, con el posterior desmoronamiento de la antigua Unión Soviética, los sustentos materiales de la bipolaridad llegaron a su fin.

Súbitamente se modificó la configuración planetaria (uno de los dos grandes bloques desapareció y el otro quedó privado de su enemigo

histórico), y con la apertura del Muro, la Guerra Fría —de hecho y no en palabras— llegó definitivamente a su fin. Por sus implicaciones en diferentes planos, la revolución de 1989 en la Europa centro-oriental que presagió, en alguna medida, y aceleró el posterior cambio político en Albania y el desmoronamiento de Yugoslavia y de la antigua Unión Soviética constituyó, sin duda, el acontecimiento más importante de este final de siglo. El esquema bipolar y de competencia intersistémica que había dominado un buen tramo de la historia del siglo XX, quedó definitivamente atrás.

Este breve vistazo sobre la cadencia de tales eventos en el trascendental año de 1989 demuestra que éste fue un año-acontecimiento que comportó elementos suprasignificativos, en cuanto representó el cierre indefectible de un capítulo, introdujo una cisura radical con un "antes", acabó con el orden de la Guerra Fría, con la bipolaridad y con la competición intersistémica e ideológica. Tal análisis en términos de corta duración demuestra también que, si bien muchos de los acontecimientos de 1989 correspondían a desarrollos históricos eminentemente nacionales, sus acciones desbordaban los límites de la respectiva localidad y creaban condiciones para que se sincronizaran unos con otros.[198] De este rápido recuento, empero, no se percibe el otro componente de los acontecimientos suprasignificativos, es decir, aquel relativo a la construcción del "después". Veamos, entonces, qué ocurre cuando se observa este año-acontecimiento desde una perspectiva de la mediana duración.

MIL NOVECIENTOS OCHENTA Y NUEVE Y LA COYUNTURA HISTÓRICA

A diferencia de una mirada de corta duración que queda prisionera de la lógica misma en que se desarrollaron los acontecimientos durante ese año y que enceguece por la fosforescencia de los eventos, un análisis en términos de mediana duración tiene la virtud de

198. Patrick Manning, "1789-1792 and 1889-1992: Global Interactions of Social Movements", en *World History Connected*, vol. 3, núm. 1, octubre del 2005; Mary Kaldor, *La sociedad civil global*, Barcelona, Tusquets, 2004.

permitir conectar los sucesos de 1989 con ciertas transformaciones de mayor calado, las cuales, desde hacía un par de décadas, venían sacudiendo a la mayor parte de las sociedades del planeta. Debido a que tales tendencias se expresaban en los diferentes confines del globo es que se sostiene que pueden ser consideradas como dinámicas que tendían a sincronizar al mundo en su conjunto. La conexión con estas tendencias más sistémicas, de este modo, imponen un cambio en la mirada: si en la corta duración la observación quedó circunscrita a los asuntos europeos, la mediana duración se realiza en la mundialidad.

En efecto, desde finales de los sesenta se venía asistiendo por todas partes a profundos cambios tecnológicos (tercera revolución industrial, digital e informacional); económicos (crisis y reconversión del socialismo planificado y del desarrollismo tercermundista, posfordismo o acumulación flexible, crisis del petróleo, intensificación de la globalización financiera, implantación de condicionalidades a partir del Consenso de Washington, una competitividad económica que se trasladaba del control del espacio al dominio del tiempo); políticos (erosión de los referentes fundamentales de la Guerra Fría, aparición de agentes sociopolíticos inéditos, como los nuevos movimientos sociales y político-religiosos, como en la revolución islámica-iraní, acentuación de la interdependencia, consolidación de nuevas potencias "mercaderes"); sociales (declive de clases tradicionales —obreros, capitalistas industriales y campesinos—, flexibilización laboral, emergencia de nuevos actores sociales y socioculturales, muchos de los cuales ya no reconocen los distingos de clase); culturales (aparición de referentes culturales mundiales, consolidación de los mercados culturales planetarizados, erosión de los anteriores mapas cognitivos); comunicacionales (intensificación, masificación y renovación de los medios de comunicación); y discursivos (neoliberalismo y debilitamiento de los discursos de contestación).

El somero recuento de este cúmulo de grandes transformaciones que se experimentó durante las décadas de los setenta y los ochenta, es una clara demostración del desfogue de una serie de tendencias económicas, políticas, sociales, culturales e ideológicas por todo el planeta. Puede ser que muchos problemas consustanciales a estas tendencias

se enunciaran en términos distintos en los diferentes países, pero el corazón de los problemas era bastante uniforme de experiencia en experiencia. Ello hizo que tal conglomerado de transformaciones comenzara a crear regularidades en las estrategias de cambio por todas partes y exacerbara la competencia entre los distintos sistemas sociales dentro de una lógica que adquiría ribetes globalizantes.

De esta apretada síntesis se puede extraer otra importante inferencia, que, por razones de espacio, no es posible desarrollar aquí:[199] los acontecimientos del 89 no se produjeron en el "vacío"; fueron eventos catalizados por muchas de estas tendencias, sin que ninguna de ellas pueda pretender monopolizar la representación de su significado. El carácter "pacífico" de la revolución de 1989 y el veloz desmoronamiento del imperio se explica por esta particular situación: fue posible por el entrecruzamiento de varias de estas transformaciones, a las cuales los regímenes socialistas europeos no pudieron ni supieron cómo responder.

Estas tendencias se entrelazaron en el "después", porque la totalidad de ellas se proyectó a lo largo de buena parte de la década de los noventa, con la novedad de que se empezaron a desarrollar en nuevas condiciones espaciales y temporales. Espaciales, puesto que se sincronizaron, algunas se desterritorializaron y se retroalimentaron, lo que hizo cada vez más difícil distinguir las lógicas subyacentes a cada una ellas, y porque se expresaron en una dimensión propiamente planetaria, sobre todo concatenando lo global con lo local, y presupusieron la destrucción de muchas de las anteriores "fronteras" (v. gr., el mundo socialista, las ecológicas). Desde este punto de vista, el cambio más sustancial radicó en que, si durante las dos décadas anteriores estas tendencias se realizaban basándose en el binomio nacional/ internacional, a partir de esta nueva coyuntura se empezaron a teatralizar en su globalidad como una historia global (preponderancia de las tendencias sincrónicas que realzan la diacronía de las trayectorias particulares, la *glocalización*).

199. Para el desarrollo de esta tesis, véase, Hugo Fazio Vengoa, *Los caracteres fundamentales del presente histórico*, óp. cit.

Todo ello tuvo un efecto importante en la valoración del 89 porque propició el fortalecimiento de nuevas formas de representación del mundo y de los asuntos internacionales. Nada como 1989 hizo posible la consolidación de una nueva fenomenología del mundo. Amartya Senn, hace algunos años, exponía su punto de vista de lo que para él representó la revolución pacífica de 1989:

> El Muro de Berlín no sólo simbolizaba que había gente que no podía salir de Alemania del Este, sino que era además una manera de impedir que nos formásemos una visión global de nuestro futuro. Mientras estaba ahí el Muro de Berlín, no podíamos reflexionar sobre el mundo desde un punto de vista global. No podíamos pensar en él como un todo [...] Si yo celebro la caída del Muro, es porque estoy convencido de que podemos aprender mucho los unos de los otros. La mayor parte del conocimiento deriva de aprender de los que están al otro lado de nuestra frontera.[200]

De este sugestivo testimonio se pueden colegir un par de elementos que sirven para comprender ciertas particularidades de la coyuntura que se inauguró: por una parte, la caída del Muro de Berlín sirvió de sustento para comenzar a pensar el mundo como una unidad, es decir, como una "categoría histórica", como globalidad y no sólo como un escenario donde se desenvuelve la internacionalidad. Por otra, en la medida en que este año-acontecimiento concatenó tendencias económicas, políticas, sociales y culturales, las cuales venían desplegándose, desde finales de la década de los años sesenta, "desorganizadamente", es decir, se realizaban como desarrollos paralelos, y las ubicó dentro de un único movimiento envolvente, cuya matriz se organizaba en torno a lo económico, y las proyectó en el tiempo, favoreció la toma de conciencia de que el mundo se encontraba frente a una dinámica inédita. Para muchos, este proceso recibió la denominación de *globalización*.

200. Amartya Sen, "Dix verités sur la mondialisation", en *Le Monde*, 19 de julio del 2001.

Con el señalamiento de este argumento se quiere denotar lo siguiente: no es que se esté considerando que la globalización surgió en los años noventa del siglo pasado, sino que fue menester que se desmoronara el referente geopolítico anterior y que las distintas tendencias que, a lo largo de dos décadas venían cambiando la fisonomía del planeta, se ecualizaran en torno a una dinámica común para que se comprendiera la radicalidad de las transformaciones en curso.

Esta apretada síntesis de la mediana duración demuestra que el año-acontecimiento de 1989 no construyó un "después" que le fuera propio. Su importancia radicó en que eliminó todos aquellos referentes y marcos institucionales que inhibían los desarrollos de la globalización y los proyectó como un gran movimiento envolvente, en el cual lo económico actuaba como elemento de base.

Estas dos perspectivas que acaban de ser reseñadas brevemente nos brindan dos entradas de aproximación para comprender la naturaleza del año-acontecimiento de 1989. En ambas dimensiones se observa que el impacto de los cambios fue profundo y abarcó a todo el mundo y sus repercusiones se extendieron por toda la década de los noventa y algunas, incluso, han sobrevivido el inicio del nuevo siglo. Queda una pregunta todavía sin responder ¿cuál es la importancia que tiene el 89 para nuestro presente más inmediato? Una respuesta tentativa se puede ofrecer si se ubica este año-acontecimiento dentro de una perspectiva de larga duración del presente histórico, distinta, obviamente, de la larga duración de aquellas dimensiones centenarias, que tanto gustaban a Fernand Braudel.

EL LUGAR DE 1989 EN EL PRESENTE HISTÓRICO

A diferencia de una aseveración bastante corriente en la literatura contemporánea que ha considerado que 1989 habría inaugurado un nuevo período en la historia contemporánea y que habría constituido un año-acontecimiento definidor de un nuevo sistema internacional, un análisis en una perspectiva más amplia demuestra que, si bien son inobjetables las repercusiones que tuvo en la inmediatez y durante un buen tramo de la década de los noventa, 1989 simplemente representó

un importante punto de inflexión que originó un cambio de ciclo en lo que ha sido el desarrollo del presente histórico del mundo. O, para decirlo en otras palabras, el presente de nuestra contemporaneidad no surgió luego de que se produjera el derrumbe del Muro de Berlín, porque como tuvimos ocasión de documentarlo anteriormente, 1989 no tuvo la cualidad de engendrar su propio "después" y, en ese sentido, no constituyó un corte radical en la historia del mundo que diera origen a un nuevo período.

En realidad, el momento fundacional de la contemporaneidad del mundo, y no de una región del planeta en particular, fue un poco anterior: parafraseando a Geoffrey Barraclough, se puede recordar que el presente histórico nace cuando los problemas que son actuales *asumieron por la primera vez una fisonomía más o menos clara* y este semblante apareció a finales de la década de los sesenta. En este sentido, puede considerarse que el presente histórico del mundo se ha prolongado por cuarenta años y es dentro de este período que se ubica el año-acontecimiento de 1989. Pero ¿qué se entiende por presente histórico?

Un presente histórico es un período de tiempo que define los contornos de la contemporaneidad. Tiene que ser lo suficientemente maleable como para que sea su mismo despliegue el que determine las fronteras de su propia cronología; él mismo tiene que establecer su propia periodización. Este presente es cambiante y aquello que en un momento se pudo definir como presente, después puede transmutarse en un pasado que prestamente se aleja de la contemporaneidad. Pero lo que siempre tendrá que comportar para poder autoconcebirse como un presente histórico, es reconocer sus orígenes, es decir, determinar aquel agregado de significación que un conjunto de eventos o situaciones ha implicado para un determinado presente.

Un segundo elemento característico consiste en que no debe hablarse de presente a secas, sino de presente histórico, porque es con el acompañamiento de este calificativo como puede entenderse el presente como duración, como un proceso dinámico y cambiante, y no como un delgado hilo que separa el pasado del futuro. Debe ser histórico también en otro sentido: lo que define la "personalidad" que asume el presente no es la contemporaneidad desde la cual se observa,

sino la correlación con la coyuntura germinal en la que surgieron y se plasmaron por vez primera los problemas fundamentales del presente en cuestión.

Ahora bien, si como se ha sostenido el presente histórico se inicia cuando los problemas actuales en el mundo de hoy asumen por la primera vez una fisonomía más o menos visible, eso significa que, para poder establecer sus fronteras temporales, se impone la necesidad de emprender un análisis inverso a la cronología, a saber: a partir de las particularidades que encierra la contemporaneidad más inmediata, se deben precisar sus orígenes y se debe determinar cuándo por vez primera las características del hoy adquirieron su fisonomías más o menos clara.

Si se arranca en la contemporaneidad más inmediata, se puede observar que la fisonomía de presente histórico surgió hacia finales de la década de los años sesenta, con el 68, el *annus mirabilis,*[201] como representación simbólica que personifica el ingreso a una nueva época. ¿En qué elementos se puede sustentar esta tesis? Primero, fue en medio de tal trascendental coyuntura de finales de los sesenta e inicios de los setenta cuando se dio inicio a una de las transformaciones más radicales que ha registrado nuestra contemporaneidad: los albores en la sustitución de la modernidad clásica por una modernidad global, expresión experimental que denota el ingreso en la palestra mundial de una naciente sociedad global y el momento en el que se asiste a una radicalización de las modernidades anteriores.

En efecto, desde esa coyuntura el mundo ha empezado a experimentar un giro hacia otro tipo de estructuración social, la cual conjuga elementos diacrónicos propios a los distintos colectivos que participan de ella con otros que se derivan de la inclusión simultánea de lo "no-contemporáneo". Si la modernidad clásica constituía una aceleración del tiempo proyectado al futuro que reducía la pluralidad de historias a un "colectivo singular", al decir de Reinhart Koselleck,[202]

201. Carole Fink; Philipp Gassert y Detlef Junker (eds.), *1968 The World Transformed,* Cambridge University Press, German Historical Institute, 2003.

202. Reinhart Koselleck, *Futuro pasado,* óp. cit., 1993.

si se presentaba como ruptura con el pasado, la modernidad global corresponde a la época en la cual el mundo se ha convertido en una categoría histórica, condición que se forja a partir de una amplia gama de experiencias diacrónicas que se sincronizan y que participan en la puesta en escena de la modernidad. Es un escenario que ya no presupone rupturas, sino que reconstituye la significación de las experiencias diacrónicas.

Segundo, fue en esa radical coyuntura de finales de los sesenta cuando se asistió al tránsito de una globalización internacional bajo un formato mundializado (el guión de la Guerra Fría), esquema predominante entre las décadas de los cuarenta a finales de los sesenta del siglo pasado, a otra que comprime el espacio a través de la superposición del tiempo, que se extiende desde finales de los sesenta hasta hoy. Muchas de las tendencias que se observaban anteriormente en la aproximación en términos de la mediana duración, han sido el resultado de este desfogue que experimentó la globalización en los distintos ámbitos sociales. Es evidente que en tal transformación radical que ha experimentado la modernidad un papel muy importante le ha correspondido a la intensificación de la globalización, con la cual se aproximan y sincronizan múltiples trayectorias divergentes de modernidad, las cuales a través de los intersticios globalizantes entran en resonancia y se encadenan.

Tercero, fue en esos mismos años cuando se impuso un nuevo régimen de historicidad, presentista y global. El régimen de historicidad actual es presentista porque el mundo y su historia han empezado a ser *menos europeos y más contemporáneos* (debido a la confluencia de distintas expresiones de modernidad), y porque en las sociedades actuales el presente constituye el intervalo de realización del pasado (las experiencias) y del futuro (las expectativas).

Este presente es también global porque no es ni una estructura ni constituye un sistema de tiempo: es un entramado que se construye a partir de la superposición de numerosas capas de experiencias diacrónicas de distinta longitud. En razón de ello el presente histórico contemporáneo es un escenario que tiende poderosamente al descentramiento y a un realce de variados itinerarios a partir de las

distintas interpretaciones que puedan existir entre variadas experiencias y expectativas.

El mundo, y de suyo lo internacional, tal como se representa en nuestra actualidad más inmediata, es un conjunto de constelaciones en las que sus principales características están conformadas por una intensificada globalización en distintos ámbitos sociales; por la consolidación de una modernidad global, que se construyó según la universalización de la experiencia occidental,[203] pero que ha sido trascendida, porque se ha empezado a realizar bajo la figura de unas modernidades entramadas;[204] por el advenimiento de un nuevo régimen de historicidad que dilata el presente, en condiciones en que todos los colectivos humanos han comenzado a compartir por vez primera un mismo horizonte espaciotemporal; y por una globalidad histórica, donde confluyen experiencias diacrónicas con otras sincrónicas, lo que evidencia que nos encontramos frente a un tiempo global conformado a partir de distintas temporalidades, las cuales, en ocasiones, convergen y se sincronizan y en otras colisionan entre sí.

En síntesis, el análisis en términos de larga duración del presente histórico permite entender el lugar de 1989 en este nuevo período de la historia del presente. Fue un año importante en la medida en que contribuyó a la acentuación y a la intensificación de muchas de estas tendencias, pero sin explicar ni constituir el origen de ninguna de estas transformaciones. Si tales tendencias son las dinámicas principales que definen nuestra contemporaneidad, entonces se puede concluir que 1989 no dispone de una profundidad histórica que pueda definir nuestra actualidad, razón por la cual su impacto se irradió sólo por un cierto lapso. Otro campo donde también se puede observar su importancia consistió en que 1989 liberó al 68 en cuanto sepultó la Guerra Fría, aquel guión geopolítico que intervenía como una camisa de fuerza que constreñía la posibilidad de expansión de estas tendencias.

203. Serge Latouche, *L'occidentalisation du monde*, París, La Découverte, 2005.

204. Johann P. Arnason, "Entangled Communisms", en *European Journal of Social Theory*, vol. 6, núm. 3, 2003, pp. 307-325.

Entre ambas fechas existe otro importante vínculo. Tuvieron que transcurrir varias décadas, sobrevenir los importantes acontecimientos de 1989, para que se visibilizaran las nuevas tendencias en los más variados campos, para que se develaran algunos de los más recónditos significados del 68, para que sus claves más profundas pudieran empezar a ser reconocidas. Esta reconstrucción a posteriori del 68 ha obedecido al hecho de que, a diferencia de otras situaciones históricas que fueron elevadas rápidamente al rango de macroacontecimiento por haber sido una revolución o representar la finalización de un conflicto de grandes proporciones o una poderosa crisis económica, el 68 personificó una *silenciosa* revolución sociocultural.

En conclusión, tal análisis histórico del presente y, sobre todo, del año-acontecimiento de 1989, permite determinar que el mundo se ha convertido en una "categoría histórica" y que, por lo tanto, las relaciones internacionales constituyen sólo unos segmentos de unas relaciones sociales que se han intensificado por todo el mundo y, equivocados estaríamos nosotros, si pretendiéramos valorar el impacto del 89 sólo dentro del campo habitual de lo internacional. La historia del presente histórico mundial obliga a un cambio de mirada: las relaciones internacionales quedan incluidas en unas relaciones intramundiales, donde tiene lugar una intensa concordancia y un fuerte entrecruzamiento de un sinnúmero de temporalidades relativas, fenómeno que obviamente pluraliza el sentido último del mundo y en ningún caso lo singulariza y homogeniza.

BIBLIOGRAFÍA

Abad Faciolince, Héctor, *Traiciones de la memoria*, Bogotá, Alfaguara, 2009.

Aguirre Rojas, Carlos Antonio, *Para comprender el siglo XXI*, Madrid, El Viejo Topo, 2005.

Arnason, Johann P., "Entangled Communisms", en *European Journal of Social Theory*, vol. 6, núm. 3, 2003.

Aróstegui, Julio, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Madrid, Alianza, 2004.

— *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica, 2001.

Augé, Marc, *Chie fine ha fatto il futuro? Dai nonluoghi al nontempo*, Milán, Elèuthera, 2009.

— *Ficciones de fin de siglo*, Barcelona, Gedisa, 2001.

Aurell, Jaume, *La escritura de la memoria. De los positivismos a los posmodernismos*, Valencia, PUV, 2005.

Azéma, Jean-Pierre, "La Seconde Guerre Mondiale matrice du temps présent", en Institut d'histoire du temps present, *Écrire l'histoire du temps présent*, París, 1993.

Barraclough, Geoffrey, *Guida alla storia contemporanea*, Bari, Laterza, 2005.

Bauman, Zygmunt, *La globalización. Consecuencias humanas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999.

— *Vida de consumo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008.

Beck, Ulrich, "The Cosmopolitan Perspective: Sociology in the Second Age of Modernity", en *British Journal of Sociology*, vol. 15, núm. 1, enero-marzo del 2000.

— *La crisis de la sociedad global*, México, Siglo XXI, 2002.

— *La mirada cosmopolita o la guerra es la paz*, Barcelona, Paidós, 2005.

— *Libertad o capitalismo. Conversaciones con Johannes Willms*, Barcelona, Paidós, 2002.

—*¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo respuestas a la globalización*, Barcelona, Paidós, 1998.

— y Beck-Gersheim, Elizabeth, *Generación global*, Barcelona, Paidós, 2008.

Bedarida, François, "Le temps présent et l'historiographie contemporaine", en *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, vol. 69, 2001.

— *Histoire, critique et responsabilité*, Bruselas, Éditions Complexes, 2003.

Bernstein, Serge y Milza, Pierre, "Conclusion", en Chaveau, A. y Tetard, Ph., *Questions à l'histoire du temps présent*, Bruselas, Éditions Complexes, 1992.

Bosemberg, Luis Eduardo; Leiteriz, Ralph y Louis, Tatiana (comp.), *Alemania en el siglo XX (historia, política y sociedad)*, Bogotá, Ediciones Uniandes, 2009.

Braudel, Fernand, *Ecrits sur l'histoire*, París, Flammarion, 1969.

— *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

— *Escritos sobre la historia*, Madrid, Alianza, 1991.

— *Historia y ciencias sociales*, Madrid, Alianza, 2002.

— *Storia, misura del mondo*, Boloña, Il Mulino, 1998.

Briggs, Asa y Clavin Patricia, *Historia contemporánea de Europa 1789-1989*, Barcelona, Crítica, 2000.

Burke, Peter, *Storia culturale*, Boloña, Il Mulino, 2005.

— *Visto y no visto. Uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Crítica, 2001.

Capellán, Miguel G. de, "Orígenes y significado de la *Zeitgeschichte*: concepto, institucionalización y fuente", en Navajas Zubeldía C. (dir.), *Actas del II Simposio de Historia Actual*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2000.

Chartier, Roger, *La historia o la lectura del tiempo*, Barcelona, Gedisa, 2007.

Chaunu, Pierre, *El rechazo de la vida. Análisis histórico del presente*, Madrid, Espasa-Calpe, 1978.

Chesneaux, Jean, "Le temps et l'Histoire. Entretien", en *Genèse*, vol. 29, núm. 1, 1997.

Coutau-Bégarie, Hervé, *Le phénomène nouvelle histoire : grandeur et décadence de l'école des Annales*, París, Economica, 1989.

Croce, Benedetto, *Historia de Europa en el siglo XIX*, Barcelona, Ariel, 1996.

D'Almeida, Fabrice, "Towards a shared history of the present", http://www.ihtp.cnrs.fr/sites/ihtp/IMG/pdf_Toward_a_shared_history_of_the_present_2.pdf, [consulta: 10 de diciembre de 2009].

Delacroix, Christian, "Demande sociale et histoire du temps présent: une normalisation épistémologique?", en *EspaceTemps*, núm. 65-66, 2004.

— Dosse François y Garcia Patrick, *Historicités*, París, La Découverte, 2009.

Dirlik, Arif, "Performing the World: Reality and Representation in the making of World Histor (IES)", en *Journal of World History*, vol. 16, núm. 4, 2005.

Dosse, François, "Mai-68, les effets de l'histoire sur la Histoire" en *Politix*, vol. 2, núm. 6, 1989.

— "Michel de Certeau: un historien de l'alterité", en conferencia pronunciada en México, septiembre del 2003.

— "Reinhart Koselleck: entre semántica histórica y hermenéutica crítica", en *Revista Anthropos*, Barcelona, núm. 223, 2009.

— *L'empire du sens. L'humanisation des sciences humaines*, París, La Découverte, 1997.

— *L'histoire*, París, Armand Collins, 2000.

Duby, George y Lardreau, Guy, *Dialogues*, París, Flammarion, 1980.

Durkheim, Emile, *Les formes élémentaires de la vie religieuse*, París, PUF, 1991.

Elias, Norbert, *Sobre el tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

Fazio Vengoa, Hugo, "¿Hacia dónde va la Europa centro-oriental? Análisis comparativo de la transición en la República Checa, Polonia y Hungría", en *Análisis Político,* núm. 25, mayo-agosto de 1995.

— *El presente histórico. Una mirada panorámica (1968-2009)*, Bogotá, CESO-Ediciones Uniandes, 2009.

— *Los caracteres fundamentales del presente histórico*, Bogotá, Ediciones Uniandes, 2009.

Fejtö, François, *Histoire des démocraties populaires*, París, Seuil, 1968.

Ferrarese, Maria Rosaria, *Il diritto al presente. Globalizazzione e tempo delle istituzioni*, Boloña, Il Mulino, 2002.

Ferro, Marc, *Cine e historia*, Barcelona, Gustavo Gilli, 1980.

Fink, Carole; Gassert, Philipp y Junker, Detlef (eds.), *1968 The World Transformed*, Cambridge University Press, German Historical Institute, 2003.

Fontaine, André, *Histoire de la guerre froide*, París, Fayard, 1967.

Foucault, Michel, *L'archéologie du savoir*, París, Gallimard, 1997.

Frank, Robert, "Une histoire problematique, une histoire du temps présent", en *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, vol. 71, núm. 1, 2001.

Friedman, Thomas, *La tierra es plana. Breve historia del mundo globalizado del siglo XXI,* Madrid, Ediciones Martínez Roca, 2006.

Fukuyama, Francis, *El fin de la historia y el último hombre,* Bogotá, Planeta, 1992.

Furet, François, *Fascismo y comunismo,* Madrid, Alianza, 1999.

Galasso, Giuseppe, *Nientr'altro che storia. Saggi di teoria e metodología della storia,* Bologna, Il Mulino, 2000.

— *Prima lezione di storia moderna*, Bari, Laterza, 2008.

Galli, Carlo, *Spazi politici. L'età moderna e l'età globale*, Boloña, Il Mulino, 2001.

Garcia, Patrick, "Essor et enjeux de l'histoire du temps présent au CNRS", *La Revue pour l'histoire du CNRS*, núm. 9, noviembre de 2003. <http:/ histoirecnrs.revues.org/doxcument562.html>.

Garton, Ash Timothy, *Historia del presente. Ensayos, retratos y crónicas de la Europa de los 90*, Barcelona, Tusquets, 2000.

— *Mundo libre. Europa y Estados Unidos ante la crisis de Occidente*, Barcelona, Tusquets, 2005.

Gauchet, Marcel, *La condition historique*, París, Gallimard, 2003.

Gaüzere, Mireille, "Une histoire du temps présent en Grande-Bretagne", en *Vingtième Siècle*, 1988, vol. 18, núm. 1.

Giddens, Anthony, *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza, 1999.

— *Social Theory and Modern Sociology*, Stanford, Stanford University Press, 1987.

Ginzburg, Carlo, *Il guidice e lo storico*, Milán, Einaudi, 1991.

Giovagnoli, Agostino, *Storia e globalizazzione*, Bari, Laterza, 2005.

Goody, Jack, *Il furto della storia*, Milán, Feltrinelli, 2008.

Gruzinski, Serge, *Les quatre parties du monde*, París, La Martinière, 2004.

Guarracino, Scipione, *Le età della Storia. I concetti di Antico, Medievale, Moderno e Contemporaneo*, Milán, Bruno Mondadori, 2001.

Gurvitch, George, *Déterminismes sociaux et liberté humaine*, París, PUF, 1973.

Hartog, François, "Tiempo(s) e historia(s): de la historia universal a la historia global", en *Revista Anthropos*, Barcelona, núm. 223, 2009.

Hartog, François, "Sur la notion de régime d'historicité", en Christian Delacroix; François Dosse y Patrick Garcia, *Historicités*, París, La Découverte, 2009.

— *Évidence de l'histoire*, París, Gallimard, 2005.

— *Régimes d'historicité. Presentisme et expériences du temps*, París, Seuil, 2003.

Harvey, David, *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998.

— *París, capital de la modernidad*, Madrid, Akal, 2008.

Held, David, *La democracia y el orden global. Del Estado moderno al gobierno cosmopolita*, Barcelona, Paidós, 1996.

Heller, Agnes, *Teoría de la historia*, México, Fontamara, 1989.

Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1997.

Huizinga, Jonathan, *La mia vita e altri saggi*, Bari, Laterza, 1967.

Huntington, Samuel, *El choque de las civilizaciones*, Barcelona, Paidós, 1996.

Ianni, Octavio, *Teorías de la globalización*, México, Siglo XXI, 1996.

Iggers, George, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales: una visión panorámica y crítica del debate internacional*, Barcelona, Idea Books, 1998.

— y Wang Q., Edward (con la contribución de Murherjee, Supriya), *A global history of modern historiography*, Edinburgh, Pearson Education Limited, 2008.

Institut d'histoire du temps present, *Écrire l'histoire du temps présent*, París, 1993.

Jeanneney, Jean-Noël, *L'histoire va-t-elle plus vite? Variations sur un vertige*, París, Gallimard, 2001.

Kaldor, Mary, *La sociedad civil global*, Barcelona, Tusquets, 2004.

Kern, Stephen, *Il tempo e lo spazio. La percezione del mondo tra Otto e Novecento*, Boloña, Il Mulino, 2005.

Koselleck, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.

— *Historia/historia*, Madrid, Trotta, 2004.

— *L'expérience de l'histoire*, París, Gallimard-Seuil, 1997.

— *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós, 2001.

Lacouture, Jean, "L'histoire immédiate", en Le Golff, Jacques (dir.), *La nouvelle histoire*, Bruselas, Editions Complexes, 1988.

Laïdi, Zaki, *El mundo sin sentido*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

— *La grande perturbation*, París, Flammarion, 2004.

— *Le sacre du présent*, París, Flammarion, 2000.

— *Le temps mondial*, Bruselas, Éditions Complexes, 1997.

— *Malaise dans la mondialisation*, París, Editions Textuel, 1998.

Latouche, Serge, *L'occidentalisation du monde*, París, La Découverte, 2005.

Le Goff, Jacques y Nora, Pierre Nora (comps.), *Faire l'histoire*, París, Gallimard, 1974.

— "La vision des autres: un médiévaliste face au temps présent", Agnès Chauveau y Philippe Tétart, "Questions à l'histoire des Temps présents", en A. Chauveau y Ph. Tétar (eds.), *Questions à l'histoire des Temps présents*, Éditions Complexes, Bruselas, 1992.

Le Goff, Jacques, *El orden de la memoria*, Barcelona, Paidós, 1991.

— *Pensar la historia*, Madrid, Altaya, 1995.

— *Tiempo, trabajo y cultura en la Edad Media*, Madrid, Taurus, 1983.

Leduc, Jean, *Les historiens et le temps. Conceptions, problématiques, écritures*, París, Seuil, 1999.

Lepenies, Wolf, *¿Qué es un intelectual europeo? Los intelectuales y la política del espíritu en la historia europea*, Barcelona, Galaxia Gutemberg, 2007.

Lepetit, Bernard, *Carnet de croquis. Sur la connaissance historique*, París, Albin Michel, 1999.

Limón Duque, Margarita, "El fin de la historia en la enseñanza obligatoria", en Sánchez León, Pablo e Izquierdo Martín, Jesús (eds.), *El fin de los historiadores, pensar históricamente en el siglo XXI*, Madrid, Siglo XXI, 2008.

Lucas, Edward, *The New Cold War. How the Kremlin Menaces both Russia and the West*, Londres, Bloomsbury, 2008.

Maier, Charles S., "Secolo corto o época lunga? L'unità storica dell'età industriales e le trasformazioni della territorialità", en Pavone, Claudio, *Novecento. I tempi della storia*, Roma, Donzelli Editore, 2008.

Mammarella, Giuseppe, *L'Italia contemporanea (1943-1998)*, Boloña, Il Mulino, 2000.

Manning, Patrick, "1789-1792 and 1889-1992: Global Interactions of Social Movements", en *World History Connected*, vol. 3, núm. 1, octubre del 2005.

Moïsi, Dominique, *Geopolitica delle emozioni. La cultura della paura, dell'umiliazione e della speranza stanno cambiando il mondo*, Milán, Garzanti, 2009.

Naïr, Sami, "Guerra de identidades en Londres", *El País*, 21 de julio del 2005.
Narayana Rao, Velcheru; Shulman, David y Subrahmanyam Sanjay, *Textures du temps. Écrire l'histoire en Inde*, París, Seuil, 2004.
Noiriel, Gérard, *Les origines républicaines de Vichy*, París, Hachette, 1999.
— *Qu'est-ce que l'histoire contemporaine?*, París, Hachette, 1998.
Nolte, Ernst, *Después del comunismo: aportaciones a la interpretación de la historia del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1995.
Nora, Pierre, *Les lieux de la mémoire*, París, Gallimard, varios años.
O'Brien, Robert y William, Marc, *Global Political Economy. Evolution and Dynamics*, Nueva York, MacMillan, 2004.
Ortiz, Renato, *Lo próximo y lo distante. Japón y la modernidad mundo*, Buenos Aires, Interzona, 2003.
— *Mundialización: saberes y creencias*, Barcelona, Gedisa, 2005.
Ozouf, Mona, "Longue durée et temps présent", en *Historiens et géographes,* núm. 287, 1981.
Palti, Elías, "Introducción", en Koselleck, Reinhart, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós, 2001.
Patterson, James T., *El gigante inquieto. Estados Unidos de Nixon a Bush*, Barcelona, Crítica, 2006.
Pavone, Claudio, *Prima lezione di storia contemporanea*, Bari, Laterza, 2008.
Peemans, Jean Philippe, *Le développement des peuples face à la modernisation du monde. Les théories du développement face aux histoires du développement «réel» dans la seconde moitié du XXème siècle*, Louvain La Neuve, Academia Bruylant, 2002.
Pelieraki, Eugenia y Torrejón Carolina, "Historiadores ¿portavoces de la memoria? Reflexiones sobre los límites y usos de la memoria en las historiografías chilena y francesa", en *Actuel Marx Intervenciones,* núm. 6, primer semestre del 2008.
Pomian Krzystof, *L'ordre du temps*, París, Gallimard, 1984.
— *Sur l'histoire*, París, Gallimard, 1999.
Ragazzini, Dario (dir.), *La storia digitale*, Turín, UTET, 2004.
Rémond, René, "Le retour du politique", en Chaveau, A. y Tetard, Ph., *Questions à l'histoire du temps présent,* Bruselas, Éditions Complexes, 1992.

— "Quelques questions de portée générale en guise d'introduction", en Institut d'histoire du temps présent, *Écrire l'histoire du temps présent*, París, CNRS, 1993.

Revel, Jacques, "Retour sur l'événement: un itinéraire historiographique", en Fabiani, Jean Louis (dir.), *Le goût de l'enquête*, París, L'Harmatthan, 2001.

— (dir.), *Jeu d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*, París, Gallimard, 1996.

Ricoeur, Paul, *La memoria, la historia, el olvido*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.

Rob, Kroes, *Ciudadanía y globalización. Europa frente a Norteamérica*, Madrid, Cátedra, 2002.

Roche, Daniel, "Les historiens aujourd'hui: remarques pour un débat", en *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, 1986, núm. 12.

Roussellier, Nicolas, "L'histoire du temps présent: succès et interrogations", en *Vingtième Siècle. Revue d'histoire,* vol. 37, núm. 1, 1993.

Rousso, Henry, "L'histoire du temps présent, vingt ans après", en *Bulletin de l'IHTP*, núm. 75.

— *La hantise du passé*, París, Textuel, 1998.

Roy, Olivier, *La santa ignoranza. Religioni senza cultura*, Milán, Feltrinelli, 2009.

— *El islam en Europa ¿una religión más o una cultura diferente?*, Madrid, Editorial Complutense, 2006.

Salvati, Mauriccia, "Histoire contemporaine et analyse comparative en Italie", en *Genèse*, vol. 22, núm. 1, 1996.

— "Il novecento", en Claudio Pavone (ed.), *Novecento. I tempi della storia,* Roma, Donzelli, 2008.

Sánchez León, Pablo, "El ciudadano, el historiador y la democratización del conocimiento del pasado", en Sánchez León, Pablo e Izquierdo Martín, Jesús (eds.), *El fin de los historiadores, pensar históricamente en el siglo XXI*, Madrid, Siglo XXI, 2008.

Sarlo, Beatriz, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

Sauvage, Pierre, "Una historia del tiempo presente", en *Historia Crítica,* núm. 17, diciembre de 1998.

Schlögel, Karl, *Leggere il tempo nello spazio. Saggi di storia e geopolitica*, Milán, Mondadori, 2009.

Sen, Amartya, "Dix vérités sur la mondialisation", *Le Monde*, 19 de julio del 2001.

Service, Robert, *Comrades. Communism: a world history*, Londres, Macmillan, 2007.

Skinner, Quentin, *Machiavelli*, Boloña, Il Mulino, 1999.

Sol, Chantal del, *La république une question française*, París, PUF, 2002.

Soulet, Jean-François, *L'histoire immédiate. Historiographie, sources et methodes* París, Armand Colin, 2009.

Tabucchi, Antonio, *El tiempo envejece deprisa*, Barcelona, Anagrama, 2010.

Taleb, Nassim Nicholas, *El cisne negro. El impacto de lo altamente improbable*, Barcelona, Paidós, 2008.

Taylor, Charles, *Imaginarios sociales modernos*, Barcelona, Paidós, 2006.

Thiesse, Anne-Marie, *La création des identités nationales*, París, Seuil, 1999.

Thomann, Bernard, History and globalization, http://www.laviedesidees.fr/History-and-Globalisation.html [consulta: 24 de enero de 2010].

Tilly, Charles, *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1984.

Todorov, Tzvetan, *El nuevo desorden mundial*, Barcelona, Península, 2003.

Tomlinson, John, *Globalización y cultura*, México, Oxford University Press, 2000.

Touraine, Alain, *Un nuevo paradigma. Para comprender el mundo de hoy,* Buenos Aires, Paidós, 2005.

Trebisch, Michel, "El acontecimiento, clave para el análisis del tiempo presente", en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, núm. 20, 1998, pp. 29-40.

Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, Madrid, Akal, 1989.

Wallerstein, Immanuel, *El moderno sistema mundial 1. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, México, Siglo XXI, 1979.

— *Después del liberalismo*, México, Siglo XXI, 2005.

— *Las incertidumbres del saber*, Barcelona, Gedisa, 2005.

Werner, Michael y Zimmermann, Bénedicte, "Penser l'histoire croisée: entre empirie et réflexivité", en *Annales. Histoire et Sciences Sociales*, núm. 1, 2003.

Whitrow, G. J., *El tiempo en la historia*, Barcelona, Crítica, 1990.

Yun Casalilla, Bartolomé, 'Localism', global history and transnational history. A Reflexion from the historian of early modern Europe", en *Historisk Tidskrift,* núm. 4, 2007.

Zarifian, Philippe, *L'échelle du monde. Globalisation, altermondialisme, mondialité*, París, La Dispute/Snédit, 2004.

— *Temps et modernité. Le temps comme enjeu du monde moderne*, París, L'Harmattan, 2001.

Zimmermann, Bénédicte, "Histoire croisée and the making of global history" http://www.iue.it/HEC/ResearchTeaching/20082009-Autumn/SS-reading-Zimmermann.pdf [consulta: 8 de julio del 2009].